

El cocinero de su Majestad Vol.II

**Manuel Fernández y
González**

El cocinero de su majestad Vol.II

CAPÍTULO XVI

EL CONFESOR DEL REY

El capitán Vadillo llevó á Juan Montiño al postigo de la Campanilla, que abrieron los guardas de orden del rey, y luego le acompañó hasta el convento de Atocha.

Por el camino fueron hablando de la mala noche que hacía, de lo obscuras que estaban las calles y de las guerras de Flandes.

Cuando llegaron al convento, el mismo Vadillo tiró de la cuerda de la campana de la portería.

Pasó algún tiempo antes de que de adentro diesen señales de vida.

Al fin se abrió el ventanillo enrejado de la puerta, y una voz soñolienta dijo:

¿Qué queréis á estas horas?

Decid al confesor del rey dijo Vadillo que un hidalgo que viene en este momento de palacio, le trae una carta de su majestad.

El capitán no sabía si aquella majestad era el rey ó la reina.

¡Una carta de su majestad...!dijo con gran respeto el portero; pero es el caso, que su paternidad estará durmiendo.

Despertadledijo Vadillo, y entre tanto, como hace muy mala noche, abrid.

Voy, voy á abrirles, hermanosdijo el portero, retirándose del ventanillo y dejando notar á poco su vuelta por el ruido de sus llaves.

Abrióse la portería.

Esperen aquí ó en el claustro, como me mejor quisierendijo; yo voy á avisar á fray Luis de Aliaga.

Montiño y Vadillo se pusieron á pasear á lo largo de la portería.

¿Sabéis que estos benditos padres tienen unas casas que da gozo?dijo el capitán, por decir algo.

Sí, sí, ciertamente; en este claustro se pueden correr caballoscontestó Montañó.

Dan, sin embargo, cierto pavor esos cuadros negros, alumbrados por esas lámparas á medio morir.

La falta de costumbre.

Indudablemente. Los benditos padres no se encontrarían muy bien en un campo de batalla, como yo me encuentro aquí muy mal; corre un viento que afeita, y se hace sentir aquí mucho más que en el campo. Esas crujías... con vuestra licencia, mejor estaríamos en el aposento del portero.

¿Quién es el hidalgo portador de la carta de su majestad?dijo el frailuco desde la subida de las escaleras; adelante, hermano, y sígame.

Entráos, entráos vos en el aposento del portero, amigo, y hasta luego.

Hasta luego.

Y Juan Montañó tiró hacia las escaleras, y siguiendo al lego portero recorrió el claustro alto hasta el fondo de una obscura crujía, donde el lego abrió una puerta.

Nuestro padredijo el lego, aquí está el hidalgo que viene de palacio.

Adelantedijo desde dentro una voz dulce, pero firme y sonora.

Montañó entró.

El lego se alejó después de haber cerrado cuidadosamente la puerta.

Encontróse Montañó en una celda extensa, esterada, modestamente amueblada, y cuya suave temperatura estaba sostenida por el fuego moderado de una chimenea.

En las paredes había numerosas imágenes de santos pintados al óleo y guarnecidos por marcos negros.

En frente de la puerta de entrada había dos puertas como de balcones, y entre estas dos puertas la chimenea; á la derecha otra puerta cubierta por una cortina blanca lisa; á la

izquierda dos enormes estantes cargados de libros, entre los estantes un crucifijo de tamaño natural pintado en un enorme lienzo y con marco también negro; á los pies del Cristo un sillón de baqueta, sentado en el sillón un religioso, apoyados los brazos en una mesa de nogal cargada de papeles, entre los cuales se veía un enorme tintero de piedra, y alumbrada por un velón de cobre de cuatro mecheros, dos de los cuales estaban encendidos.

El religioso era un hombre como de treinta y cinco á cuarenta años, de semblante pálido, grandes ojos negros, nariz aguileña y afilada, y bigote y pera negrísimos.

Su espeso cerquillo era castaño oscuro, y las demás partes de su cabello y de su barba estaban cuidadosamente afeitadas.

Su mirada se posaba serena y fija en Juan Montaña, y su mano derecha tenía suspendida una pluma sobre un papel, como quien interrumpe un trabajo importante á la llegada de un extraño.

La primera impresión que Juan Montaña sintió á la vista del religioso, fué la de un profundo respeto. Había algo de grande en el reposo, en la palidez, en lo sereno y fijo de la mirada de aquel religioso.

Y al mismo tiempo el joven se sintió arrastrado por una simpatía misteriosa hacia el fraile.

Adelantó sin encogimiento, saludó, y dijo con respeto:

¿Es vuestra paternidad fray Luis de Aliaga, confesor del rey?

Yo soy, caballerodijo el fraile bajando levemente la cabeza.

Traigo para vos una carta de su majestad.

¿De qué majestad?

De su majestad la reina.

Y entregó la carta al padre Aliaga.

Sentáos, caballerodijo el fraile.

Montaña se sentó.

Entre tanto el padre Aliaga abrió sin impaciencia la carta, y á despecho de Juan Montañó, que había esperado deducir algo del contenido de aquella carta por la expresión del semblante del religioso, aquel semblante conservó durante la lectura su aspecto inalterable, grave, reposado, dulce, indiferente.

Sólo una vez durante la lectura levantó la vista de la carta y la fijó un momento en el joven.

Cuando hubo concluído de leer la carta, la dobló y la dejó sobre la mesa.

Su majestad la reina, nuestra señoradijo el padre Aliaga reposadamente á Juan Montañó, al honrarme escribiéndome de su puño y letra, me manda que interponga por vos mi influjo, y me dice que la habéis hecho un eminente servicio.

He cumplido únicamente con mi deber.

Deber es de todo buen vasallo sacrificarlo todo, hasta la vida, por sus reyes.

Sí, señor, padrereplicó Montañó, todo menos el honor.

Rey que pide á su vasallo el sacrificio de su honra ó de su conciencia es tirano, y no debe servirse á la tiranía.

Decís bien, padre.

¿Sois nuevo en la corte?

Sí, señor.

¿Os llamáis Juan Montañó?

Sí, señor..

¿Sois acaso pariente del cocinero mayor del rey?

Soy su sobrino, hijo de su hermano.

¿Qué servicio habéis prestado á su majestad?dijo de repente el padre Aliaga.

Lo ignoro, padre.

Pero...

Si esa carta de su majestad no os informa, perdonad; pero guardaré silencio.

¿Qué edad tenéis?

Veinticuatro años.

Quedóse un momento pensativo el padre Aliaga.

Habéis matado ó herido á don Rodrigo Calderón.

Han sido cuentas mías.

Algo más que asuntos vuestros han sido. Os pregunto á nombre de su majestad la reina.
¿Conoce vuestro tío el secreto?

¿Qué secreto?

El de vuestras estocadas con don Rodrigo.

Mi tío está fuera de Madrid.

Guardó otra vez silencio el padre Aliaga.

¿Cuándo habéis llegado á Madrid?

He venido á asuntos propios.

¿Guardaréis con todos la misma reserva que conmigo?

¡Padre!

Ved lo que hacéis; la vanidad es tentadora; hoy podéis ser hidalgo reservado, ser leal, de buena fe... mañana acaso...

Ningún secreto tengo que reservar.

Cómo, ¿no es un secreto el haber venido á mí en altas horas de la noche, á mí, confesor del rey, á quien todo el mundo conoce como enemigo de los que hoy á nombre del rey mandan y abusan, trayendo con vos una carta de la reina? ¿cómo ha venido esa carta á vuestras manos?

Si lo sabéis, ¿por qué me lo preguntáis? si no lo sabéis, ¿por qué pretendéis que yo haga traición á la honrada memoria de mi padre, á mi propia honra? Me han enviado con esa carta; la he traído; no me han autorizado para que hable, y callo.

Seríais buen soldado... sobre todo para guardar una consigna; en esta carta me encargan que procure se os dé un entretenimiento honroso para que podáis sustentaros. ¿Qué queréis ser? sobre todo veamos: ¿en qué habéis invertido vuestros primeros años?

En estudiar.

¿Y qué habéis estudiado?

Letras humanas, cronología, dialéctica, derecho civil y canónico y sagrada teología.

¡Ah!dijo fray Luis¿y cuál de las dos carreras queréis seguir, la civil ó la eclesiástica?

Ninguna de las dos.

¡Cómo! ¿Entonces para qué habéis estudiado?

Por estudiar.

Y bien, ¿qué queréis ser?

Soldado.

¡Soldado!

Sí; sí, señor, soldado de la guardia española, junto á la persona del rey.

He aquí, he aquí lo que son en general los españoles: quieren ser aquello para que no sirven.

Perdonad, padre; al mismo tiempo que estudiaba letras, aprendía estocadas.

Es verdad, me había olvidado; el que mata ó hiere á don Rodrigo Calderón... y bien; se hará lo posible porque seáis muy pronto capitán de la guardia española, al servicio inmediato de su majestad.

Es que no quiero tanto.

Es que no puede darse menos á un hombre como vos; contáos casi seguramente por capitán, y para que pueda enviaros la real cédula, dejadme noticia de vuestra posada.

No sé todavía cual ésta sea.

¡Ah! pues entonces, volved por acá dentro de tres días. Para que podáis verme á cualquier hora, decid cuando vengáis que os envía el rey.

Muy bien, padre. Contad con mi agradecimiento dijo Montaña levantándose.

Esperad, esperad; tengo que deciros aún: guardad un profundo secreto acerca de todo lo que habéis sabido y hecho esta noche.

Ya me lo había propuesto yo.

No os ocultéis por temor á los resultados de vuestra aventura con don Rodrigo.

Aún no sé lo que es miedo.

Y preparaos á mayores aventuras.

Venga lo que quisiere.

Buenas noches, y... contadme por vuestro amigo.

Gracias, padredijo Montaña tomando la mano que el padre Aliaga le tendía y besándosela.

¡Que Dios os bendiga! dijo el padre Aliaga.

Y aquellas fueron las únicas palabras en que Montaña notó algo de conmoción en el acento del fraile.

Saludó y se dirigió á la puerta.

Esperad: vos sois nuevo en el convento y necesitáis guía.

Y el padre Aliaga se levantó, abrió la puerta de la celda y llamó.

¡Hermano Pedro!

Abrióse una puerta en el pasillo y salió un lego con una luz.

Guíe á la portería á este caballerodijo el padre Aliaga al lego.

Juan Montaña saludó de nuevo al confesor del rey y se alejó.

El padre Aliaga cerró la puerta y adelantó en su celda, pensativo y murmurando:

Me parece que en este joven hemos encontrado un tesoro.

Pero en vez de volverse á su silla, se encaminó al balcón de la derecha y le abrió.

Venid, venid, amigo mío, y calentáosdijo; la noche está cruda, y habréis pasado un mal rato.

¡Burr!hizo tiritando un hombre envuelto en una capa y calado un ancho sombrero, que había salido del balcón; hace una noche de mil y más diablos.

El padre Aliaga cerró el balcón, acercó un sillón á la chimenea, y dijo á aquel hombre:

Sentáos, sentáos, señor Alonso, y recobraos; afortunadamente el visitante no ha sido molesto ni hablador; estos balcones dan al Norte y hubiérais pasado un mal rato.

Es que no le he pasado bueno. Pero estoy en brasas, fray Luis; si alguien viniera de improviso... tenéis una celda tan reducida... os tratáis con tanta humildad... pueden sorprendernos.

El hermano Pedro está alerta; ya habéis visto que no ha podido veros el portero, á pesar de que yo tengo siempre mi puerta franca.

¿Y quién ha venido á visitaros á estas horas?preguntó el señor Alonso.

La providencia de Dios, en la forma de un joven.

¡Ah! ¡Diablo! ¿Nos ha sacado ese joven ó nos saca de alguno de nuestros atolladeros?

Como que ha herido ó muerto á don Rodrigo Calderón...

Mirad lo que decís, amigo mío; cuenta no soñéis.

¿Qué es soñar? he aquí la prueba.

Y el padre Aliaga fué á la mesa en busca de la carta de la reina...

Entre tanto aprovechemos la ocasión, y describamos al nuevo personaje que hemos presentado en escena, que se había desenvuelto de la capa y despojado de su ancho sombrero.

Llamábase Alonso del Camino.

Era un hombre sobre poco más ó menos de la misma edad que el padre Aliaga, pero tenía el semblante más franco, menos impenetrable, más rudo.

Había en él algo de primitivo.

Era no menos que montero de Espinosa del rey.

A pesar de la ruda franqueza de su semblante, de formas pronunciadas y de grandes ojos negros, se comprendía en aquellos ojos que era astuto, perspicaz, y sobre todo arrojado y valiente, sin dejarse de notar por eso en ellos ciertas chispas de prudencia; vestía una especie de colete verde galoneado de oro; en vez de daga llevaba á la cintura un largo puñal, al costado una formidable espada de gabilanes, calzas de grana, zapatos de gamuza, y sobre todo esto, una especie de loba ó sobretodo, ancho, con honores de capa.

En la situación en que le presentamos á nuestros lectores, mientras extendía hacia el fuego sus manos y sus piernas, miraba con una gran impaciencia al padre Aliaga que, siempre inalterable, desdoblaba la carta de la reina.

Acercáos, acercáos y oíd, porque esta carta debe leerse en voz muy baja, no sea que las paredes tengan oídos.

Estiróse preliminarmente el señor Alonso del Camino, se levantó, se acercó á la mesa, se apoyó en ella y miró con el aspecto de la mayor atención al confesor del rey, que leyó lo siguiente:

«Nuestro muy respetable padre fray Luis de Aliaga: Os enviamos con la presente á un hidalgo que se llama Juan Martínez Montaña. Este joven nos ha prestado un eminente servicio, un servicio de aquellos que sólo puede recompensar Dios, á ruego de quien le ha recibido.»

¿Pero qué servicio tal y tan grande es ese?dijo Alonso del Camino.

Creo que jamás os corregiréis de vuestra impaciencia. Escuchad.

Y fray Luis siguió leyendo:

«Ese mancebo nos ha entregado, por mano de doña Clara Soldevilla, aquellos papeles, aquellos terribles papeles.»

¿Y qué papeles son esos?

A más de impaciente, curioso; son... unos papeles.

¿Y no puedo yo saber?...

No: oíd, y por Dios no me interrumpáis.

Oigo y prometo no interrumpiros.

«A más ha herido ó muerto, para apoderarse de esos papeles, á don Rodrigo Calderón.»

Pues cuento por mi amigo á ese hidalgo, por eso sólo exclamó, olvidándose de su promesa Camino.

El padre Aliaga, como si se tratase de un pecador impenitente, siguió leyendo sin hacer ninguna nueva observación:

«Pero ignoramos cómo ese hidalgo haya podido saber que los tales papeles estaban en poder de don Rodrigo Calderón, como no sea por su tío el cocinero del rey. Os lo enviamos con dos objetos: primero, para que con vuestra gran prudencia veáis si podemos fiarnos de ese joven, y después para que os encarguéis de su recompensa. A él, por ciertos asuntos de amores, según hemos podido traslucir, le conviene servir en palacio; nos conviene también, ya deba fiarse ó desconfiarse de él, tenerle á la vista. Haced como pudiéreis que se le dé una provisión de capitán de la guardia española al servicio del rey en palacio, y si no pudiéreis procurársela sin dinero, compradla: buscaremos como pudiéremos lo que costare. No somos más largos porque el tiempo urge. Haced lo que os hemos encargado, y bendecidnos. La Reina.»

¿Cuánto costará una provisión de capitán de la guardia española? dijo fray Luis quemando impasiblemente la carta de la reina á la luz del velón.

Cabalmente está vacante la tercera compañía. Pero, ¡bah! ¡hay tantos pretendientes!

¡Cuánto! ¡cuánto!

Lo menos, lo menos quinientos ducados.

Tomó el padre Aliaga un papel y escribió en él lo siguiente:

«Señor Pedro Caballero: Por la presente pagaréis ochocientos ducados al señor Alonso del Camino, los que quedan á mi cargo. Fray Luis de Aliaga.»

Y dió la libranza á Camino.

He dicho quinientos ducados, y esto tirando por largo, y aquí dice ochocientos.

¿Olvidáis que el nuevo capitán necesitará caballo y armas y preseas? añadió el fraile.

¡Ah! en todo estáis.

¿Podemos tener la provisión del rey dentro de tres días?

Sí, sí por cierto, sobradamente: el duque de Lerma es un carro que en untándole plata vuela.

No os olvidéis de comprarla para poder venderla.

¡Ah! ¿Y por qué?

¿No conocéis que tratándose de estos negocios puede el duque conocer á ese joven?

Bien, muy bien; se comprará la provisión á nombre de cualquiera, como merced para que la venda, y éste tal la venderá en el mismo día á ese hidalgo. Creo que éste sea un asunto concluído.

Que sin embargo altera notablemente nuestros proyectos, los varía.

No importa, no importa; no luchamos sólo contra don Rodrigo Calderón.

Os engañáis; el alma de Lerma es Calderón. Puesto Calderón fuera de combate, cae Lerma.

Pero quedan Olivares, Uceda, y todos los demás que se agitan en palacio, que se muerden por lo bajo, y que delante de todo el mundo se dan las manos. Creo que en vez

de aflojar en nuestro trabajo, debemos, por el contrario, apretar, aprovechando la ocasión de encontrarse Lerma desprovisto de uno de sus más fuertes auxiliares. Debemos insistir en apoderarnos de las pruebas de los tratos torcidos y traidores que Lerma sostiene en desdoro del rey y en daño del reino con la Liga. Debemos probar que las guerras de Italia y de Flandes se miran, no sólo con descuido, sino con traición...

Esperad... esperad un poco... ese es un medio extremo; el rey es muy débil...

Demasiado, por desgracia.

El rey nuestro señor, que no ve más allá de las paredes de palacio...

¡Pero si en palacio tiene los escándalos! ¿no le tiene Lerma hecho su esclavo, cercado por los suyos? ¿puede moverse su majestad, sin que el duque sepa cuántas baldosas de su cámara ha pisado? ¿No le separa de la reina? ¿No aleja de la corte á las personas que pueden hacerle sombra? ¿Vos mismo no estáis amenazado?

Creedme, el duque de Lerma no es tan terrible como parece; el duque de Lerma nada puede hacer por sí solo; no tiene de grande más que lo soberbio...

Y lo ladrón...

Su soberbia, que le impele á competir con el rey, le hace arrostrar gastos exorbitantes; en nada repara con tal de sostener su ostentación y el favor del rey, que es una parte, acaso la mayor, de su ostentación. Pero en medio de todo, el duque de Lerma es débil; se asusta de una sombra, de todo tiene miedo, procura rodear al rey de criados suyos ó de personas que le inspiran poco temor. Un día estaba yo en mi oscuro convento. Oraba por el alma del difunto rey don Felipe; se abrió la puerta de mi celda, y entró el superior; traía un papel en la mano, y en su rostro había no sé qué de particular, una alegría marcada. Venía á darme una noticia que á otro hubiera llenado de alegría y que á mí me aterró.

¿Y qué noticia era esa?

Apenas subido al trono el rey nuestro señor, me había nombrado su confesor; el papel que traía el superior en la mano, era una carta en que el mismo duque de Lerma me daba la noticia. Yo resistí...

¡Que resistísteis! ¡bah! de un confesor del rey sale un obispo, y de un obispo un arzobispo, y de un arzobispo un papa.

Yo no soy ambicioso; un día, una familia honrada me encontró llorando sobre el cadáver de mi madre; mi padre había muerto poco antes; tuvieron piedad del pobre huérfano, y me llevaron á su casa. Yo he crecido en el dolor, y el dolor continuo, lento, que no proviene de los hombres, sino de la voluntad de Dios, labra la humildad y la fortaleza del alma que siente, que ha nacido para sentir. Mis bienhechores eran pobres; me miraban como hijo suyo... partían su pan conmigo... Yo oraba á Dios por el descanso de mis padres muertos, y por la paz, por la felicidad de mis padres de adopción; murieron también el uno tras el otro; mis hermanas adoptivas se habían casado; mis hermanos habían ido por el mundo á buscar fortuna; quedé otra vez solo; pero con el corazón completamente lleno por el dolor, por el dolor completo que ningún lugar ha dejado por herir, desde el amor propio hasta el amor de la familia, hasta ese otro amor que emana de la mujer.

¡Ah! ¡habéis amado, fray Luis!

¿Y qué hombre no ha amado? exclamó profundamente el confesor del rey. Y yo he amado como han amado muy pocos hombres, como más daño hace el amor; callándole, dominándole, encerrándole dentro del alma, sin esperanzas, sin deseos, con una ansiedad desconocida, infinita, insufrible, con el vacío del alma que necesita llenarse y no puede ser llenado.

¿Tan alta era la mujer de quien os enamorásteis?

Ni me enamoré, ni era alta la mujer á quien mi pensamiento consagró mi amor. Era tan pobre y tan humilde como yo... ¡Margarita!

Fray Luis inclinó la cabeza sobre una de sus manos, y repitió con voz opaca y concentrada:

¡Margarita!

Entre la entonación con que había pronunciado el padre Aliaga la primera vez aquel nombre de mujer, y la entonación con que le había pronunciado la segunda, había la misma diferencia que puede existir entre un recuerdo dulce y tranquilo y una aspiración desesperada.

Cuando el confesor del rey levantó la cabeza de su mano, Alonso del Camino, que le contemplaba con una atención y una curiosidad intensas, vió relucir por un momento un fuego sombrío en el fondo de los ojos del fraile.

Pero aquello pasó; dilatáronse los músculos del semblante del fraile, un momento contraídos, se dulcificó la expresión de su boca, que durante un momento había reflejado una amargura infinita, y su mirada se heló; dejó de ser la mirada mundana de un hombre combatido por fuertes pasiones, para convertirse en la mirada reposada, tranquila de un religioso ascético.

Margarita continuó con la entonación propia de un relato sencillero una de mis hermanas adoptivas: cuando yo entré en su casa para partir con ella el pan de su familia, para vivir como un nuevo hijo bajo el techo común, Margarita tenía cuatro años; era rubia, blanca, pálida, con los ojos azules, y la sonrisa benévola, sonrisa en que se exhalaba un alma de ángel. Margarita creció, creció en hermosura y en pureza, creció á mi lado; yo la enseñé á leer, yo la expliqué los misterios de la religión, que el párroco nos explicaba en la iglesia... Margarita creció en años y en hermosura, y se hizo mujer. Yo seguía tratándola como hermana; la amaba con toda mi alma, pero creyendo amarla con un amor de hermano. Un día conocí que la amaba de otro modo, y la revelación de mi amor fué para mí una prueba dolorosa, infinita, cruel. Un día llegó á la casa un soldado con una cédula de aposento; fué aposentado, y vivió con nosotros algunos días: Margarita cambió; se puso triste, esquivaba mi compañía, y no sólo mi compañía, sino la de todo el mundo... Yo no sabía á qué atribuir aquella tristeza; la preguntaba y me respondía sonriendo:

No estoy triste.

Su sonrisa desmentía sus palabras.

Una noche, estaba yo desvelado pensando en la tristeza de Margarita, pensando cómo haría para volverla á su tranquilo estado anterior. Nuestros hermanos dormían. De improviso y en medio del silencio de la noche oí unas leves pisadas... las reconocí: eran las de Margarita que pasó por delante de la puerta de nuestro aposento; yo me levanté y la seguí descalzo. Margarita marchaba delante de mí como un fantasma blanco. No sé por qué no la llamé. Había dentro de mí un poder desconocido que me impedía hablar. Margarita bajó al corral, le atravesó... Llegó al postigo, sonó una llave en la cerradura. Entonces grité:

¡Margarita! ¿á dónde vas?

Pero la puerta se había abierto, un hombre había aparecido en ella, y había asido á Margarita, sacándola fuera.

Oí entonces un ruido que hizo arder mi sangre, que anegó mi alma en un mar de amargura.

El ruido de un beso, de un doble beso, y luego el llanto de Margarita, triste, apenado, como el de quien se separa de seres á quienes ama.

Yo me precipité al postigo. No sé á qué. Pero un sueño de sangre había cruzado por mi pensamiento.

Yo veía á un hombre que se llevaba á Margarita, y necesitaba matar á aquel hombre.

Era muy joven y la amaba; la amaba como... como á ella sola, porque... no he vuelto á amar.

Cuando llegué al postigo, aquel hombre, á quien reconocí á la luz de la luna y que era el mismo soldado que durante algunos días había estado de aposento en nuestra casa, había puesto á Margarita sobre el arzón de su caballo, había montado y había partido.

Y entre el sordo galope del caballo, oí la voz de dolor de Margarita, que me gritaba:

¡Adiós! ¡Luis! ¡adiós! ¡hermano mío! ¡ruega á mi padre que no me maldiga! ¡pide á mi madre que me dé su bendición!...

Y Margarita seguía hablándome, pero el caballo se había alejado, y el sonido seco, retumbante, de su carrera, envolvía las palabras de Margarita.

Al fin el ruido del galope se perdió á lo lejos, y sólo quedaron la noche, el silencio y mi desesperación.

No sé cuánto tiempo estuve en el postigo, inmóvil con el rostro vuelto á la parte por donde había desaparecido Margarita, con el llanto agolpado á los ojos y sin derramar una sola lágrima.

Al fin, volví en mí: medité... y cerré el postigo con la misma llave con que le había abierto Margarita, que había quedado puesta en la cerradura; atravesé lentamente el huerto, entré en la casa y puse la llave del postigo en la espetera de la cocina, de donde sin duda la había tomado Margarita.

Y todo esto lo hice estremecido, procurando, como un ladrón, que no me sintiesen.

Y volví en silencio al aposento en que estaba mi lecho junto al de mis hermanos, y me recogí silenciosamente.

Todos dormían.

Ninguno me había sentido entrar, como ninguno había sentido salir á Margarita.

Sufrió... ¡oh! Dios lo sabe, porque yo ya lo he olvidado; sólo recuerdo que sufrí mucho; pero tuve valor para ahogar dentro de mí mismo mi sufrimiento; le ahogué para que nadie me preguntase, para que nadie supiese por una debilidad mía el secreto de Margarita, que sólo sabíamos la noche y yo... y Dios que lo ve todo.

Al día siguiente...

Figuráos, señor Alonso, una madre que busca á su hija, y no la encuentra; un padre que no se atreve á pensar en su hija para maldecirla, ni puede pensar en su desaparición sin suponerlo todo... suponedme á mí ocultando, disimulando mi dolor, hasta que el dolor de los demás protegió al mío... yo callé... callé... porque su padre no la maldijese, y su padre no la maldijo.

Poco tiempo después, su padre murió... luego su madre, después de cuatro años de viudez: sus hermanas se habían casado, sus hermanos se habían alejado del pueblo... me habían propuesto que los siguiese... pero yo tenía otros proyectos.

¡Buscar á Margarita!dijo Alonso del Camino.

Nodijo con acento severo el padre Aliaga; buscar á Dios.

¿Os hicísteis entonces fraile?

Sí. Os he referido esa sencilla historia, para que sepáis cuáles fueron los motivos que determinaron mi vocación, y cuáles las desgracias que labraron en mí esta fuerza para los sufrimientos, este desdén con que miro las grandezas humanas. Huérfano desde mis primeros años, malgrado mi primer amor, sin que nadie lo hubiera comprendido, ni aun yo mismo hasta que le vi malgrado, pasando seis años de rudas fatigas para obtener mi alimento; combatiendo durante estos seis años de la ausencia de Margarita, mis celos... sí, mis celos... mi amor sin esperanza... mi ansiedad por la ignorada suerte de Margarita... fuí un fruto lentamente madurado para la vida triste y silenciosa del claustro; en el fondo de mi corazón vacío sólo había quedado el nombre de Dios... y tendí mis brazos á Dios... le ofrecí mi vida...

¿Y no volvísteis á ver á Margarita?

¡Oh! ¡basta! ¡basta!... os he referido lo antecedente para que comprendáis que mi nombramiento de confesor del rey me causó pena; yo estaba acostumbrado á una vida oscura y silenciosa en el fondo de mi celda; á la contemplación de las cosas divinas, que levantaba mi espíritu de las miserias humanas dándole la paz de los cielos; yo no podía ver sin dolor, que se pretendía arrojarme á un mundo nuevo para mí, y más peligroso cuanto más grande, cuanto más elevado era ese mundo; yo no podía pensar sin estremecerme, en que se me quería confiar la conciencia de un rey, hacerme partícipe de su inmensa responsabilidad ante Dios... y me negué.

¡Os negásteis!

Sí por cierto; pero de nada me sirvió mi negativa. Una nueva orden del rey me mandó presentarme en la corte, y me fué preciso obedecer.

Pero no comprendo cómo, aislado, obscurecido...

Cabalmente se quería un fraile oscuro, de pocos alcances, devoto, que estuviese en armonía con la pequeñez, con la devoción exagerada del rey. Don Baltasar de Zúñiga me había conocido por casualidad, había hablado de mí á su sobrino el conde de Olivares y éste al duque de Lerma. Creyóse que en toda la cristiandad no había un fraile más á propósito que yo para dirigir la conciencia del rey, y se me trajo, como quien dice, preso á la corte.

Cuando llegué me espanté.

Vi, á la primera ojeada, que se me había traído para ser cómplice de un crimen.

Del crimen de la suplantación de un rey.

Engañado por mi aspecto el duque de Lerma, creyó habérselas con un frailuco, que por casualidad pertenecía á la orden de Predicadores... creyó que yo sería en sus manos un instrumento ciego... hoy acaso le pesa... hoy tal vez piensa en desasirse de mí á cualquier precio... pero esto importa poco... ellos no habían comprendido cuánta firmeza ha dado el sufrimiento á mi alma; ellos no creían que había en mí tal fuerza de voluntad; al conocerme... porque la debilidad del rey me ha descubierto ante ellos... han probado todos los medios: la ambición... los honores... me han encontrado humilde siempre: han venido á mí con una mitra en la mano, y yo la he rechazado; me han enviado á mi celda ricos dones, y los dones se han ido por donde habían venido: han tentado con todas las tentaciones al frailuco, y el frailuco las ha resistido como San Antonio resistió las del diablo en el yermo. ¿Y sabéis por qué, cansado de esta lucha sorda, no he ido á buscar la

obscuridad de mi antigua celda? Porque he contraído el deber de guardar, de proteger una vida preciosa. La vida de la reina.

¡La vida de la reina!

Pero don Rodrigo Calderón, está herido ó muerto... sí herido, ganaremos tiempo... si muerto, nos hemos salvado.

Pero creéis...

Don Rodrigo es capaz de todo...

¡Regicida!

¿Pues no dicen que ha dado hechizos al rey?replicó el confesor del rey.

Os he oído decir mil veces que eso de los hechizos es una superstición.

Lo he dicho y lo repito; pero no he dicho nunca que don Rodrigo Calderón, á pesar de su buen, su demasiado ingenio, no sea supersticioso. Quien se ha atrevido á dar al rey cosas que han alterado su salud, será capaz de envenenar á la reina.

¡Pero si don Rodrigo Calderón no pasa de ser el humilde secretario del duque de Lerma!...

Don Rodrigo lo es todo. Sólo tiene un rival... rival que con el tiempo le matará, si don Rodrigo no le mata antes á él.

¿Y quién es ese rival?

Don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, caballero mayor del rey y sobrino de don Baltasar de Zúñiga, ayo del príncipe don Felipe.

¡Bah! ¡bah! creo que daremos con todos al traste; con los medios que tenemos...

Podremos, si nos anticipamos, dar un golpe; pero aunque lo demos, siempre quedará un mal en pie.

¿Y qué mal es ese?

El rey.

¡Ah!

Sí, su debilidad: la facilidad con que se plega al dictamen del más audaz que tiene al lado; á falta de Lerma, y de Calderón, y de Olivares, vendrán otros, y otros, y otros.

Que no serán malos como ellos.

¿Quién sabe? pero vengamos á lo que conviene. Suspendamos por ahora nuestros trabajos...

¡Ahora que nos dan un respiro, Dios ó el diablo!

No seáis impío, señor Alonso; no sucede nada que no proceda de Dios. Por ahora, dejémoslos á ellos solos. Lerma sin don Rodrigo Calderón es hombre al agua. Uceda y Olivares le atacarán. Lerma, entregado á sí mismo, cometerá de seguro algún grave desacierto: dejadlos, dejadlos hacer. Informáos de lo que hay de seguro acerca de don Rodrigo Calderón. No olvidéis de comprar la compañía para ese mancebo, y con lo que hubiere venid á verme mañana. Conque, que Dios os dé muy buenas noches.

Y el padre Aliaga se levantó y abrió un balcón.

Aquella era la puerta por donde debía salir Alonso del Camino, y por la que salió descolgándose por el balcón á la huerta del convento.

Apenas había cerrado el balcón el padre Aliaga, cuando se abrió la puerta de la celda, y apareció la cabeza del hermano Pedro.

Un gentilhombre que viene de palaciódijo, quiere hablar con vuestra paternidad.

¡Un gentilhombre del rey!dijo el padre Aliaga con sorpresa; que entre, que entre al momento.

Poco después un joven gentilhombre saludaba al padre Aliaga y le decía entregándole un grueso pliego:

Del rey.

¿Y esto es urgente?dijo el padre Aliaga.

Urgentísimo.

¿Y os han encargado algo además?

Sí por cierto: que vuesa merced se venga conmigo á palacio, para lo cual he traído una litera y algunos tudescosañadió el gentilhombre.

¡Cómo! ¡que vaya yo ahora mismo á palacio! ¿pues que, está enfermo su majestad?

No, señor.

¡Ah! ¿y quién os envía?

El mayordomo mayor; pero ese pliego dirá á vuestra paternidad, sin duda, lo que yo no le puedo decir.

Veamos.

El confesor del rey rompió el sobre: dentro venía una carta del duque de Lerma para el padre Aliaga sumamente afectuosa.

«Mi buen amigole decía, vuestras virtudes merecen que se os honre más que con el empleo de confesor del rey; por lo mismo he aconsejado á su majestad que os nombre inquisidor general. Temo que vuestra humildad se resista á aceptar esta alta dignidad; pero cuando meditéis que así conviene al servicio de Dios y del rey, estoy seguro que consentiréis; para asegurarme de ello, y porque urge, seguid al portador á palacio, donde os espera, vuestro amigo, El duque de Lerma.»

¡Inquisidor general!murmuró el padre Aliaga; pues bien, acepto: no supieron lo que hacían cuando me nombraron confesor del rey, y no saben ahora lo que hacen nombrándome inquisidor general. ¡Oh! ¡Margarita! ¡Margarita!

Coloreáronse febrilmente las mejillas del fraile, que tomó su manto, se caló la capucha y salió de la celda, siguiendo al gentilhombre.

Esperad, esperad un momentodijo pasando junto á una puerta de un corredor.

El gentilhombre esperó.

El padre Aliaga entró en aquella celda.

En ella velaba un religioso.

Amigo Benítezle dijo el padre Aliaga: salgo del convento de orden del rey, y acaso no vuelva tan pronto.

¿Cómo? ¿os prenden?dijo el padre Benítez, que era un religioso anciano.

No por cierto; pero me hacen inquisidor general.

¡Inquisidor general! No sé si debo alegrarme ó entristecerme.

Allá veremos. Entre tanto, y mientras yo estoy fuera del convento, quedáos á la mira.

Descuidad.

En vos confío.

Id, id con Dios y nada temáis.

Salió de nuevo el padre Aliaga, atravesó el claustro seguido del gentilhombre, salió del convento, entró en una litera, y aquella litera rodeada de soldados, tomó el camino de palacio.

CAPÍTULO XVII

EN QUE EMPIEZA EL SEGUNDO ACTO DE NUESTRO DRAMA

Francisco Martínez Montiño, esto es, el cocinero de su majestad, nuestro protagonista, en una palabra, había vuelto de Navalcarnero al anochecer del día siguiente á la noche en que había ido á recibir un secreto de la boca de su hermano moribundo.

Montiño se había traído consigo un cofre fuertemente cerrado y sellado, sobre cuya cerradura había un papel.

El receloso cocinero había tenido buen cuidado de envolver aquel cofre en un lienzo para que nadie pudiese reparar en sus señas particulares; le había hecho subir á su alto aposento del alcázar, y sin decir á su mujer y á su hija más palabras que las necesarias para darlas los buenos días, se había encerrado con el cofre en el aposento cerrado y polvoroso que ya conocemos, y en el cual tenía secuestrada, apartada de la vista de todo extraño, el arca de sus talegos.

Una vez allí Montiño, después de haber descubierto con respeto el cofre que había traído de Navalcarnero, le estuvo contemplando en éxtasis.

No cesaba de leer y releer lo siguiente, que aparecía escrito en el papel que estaba pegado y sellado sobre la cerradura del cofre:

«Yo, Gabriel Pérez, escribano público de la villa de Navalcarnero, doy fe y testimonio de cómo el señor Jerónimo Martínez Montiño, recibió cerrado y sellado, como se encuentra, este cofre.» Seguía la fecha y el signo.

¿Y qué habrá aquí? ¿qué habrá aquí? decía el cocinero levantando con trabajo pesado el cofre. ¿Dinero? no, no, más bien alhajas. El señor duque de Osuna es muy rico, muy poderoso, y tratándose de un hijo suyo... ¿quién había de pensar que aquel muchacho que se me presentaba bajo un traje tan humilde, como el humilde nombre de sobrino mío, había de ser no menos que un Girón, aunque bastardo...? ...¿y pensar que yo, por ignorancia, he estado á punto de malquistarme con él?...

Y Montiño seguía abismándose en su pensamiento y contemplando el cofre, y probando su peso, y queriendo deducir por él el valor de su contenido.

El cocinero mayor sufría el tormento de los avaros.

Pero era necesario salir de su reservado aposento.

Puso cuidadosamente el cofre en un rincón, lo cubrió con un tapiz viejo, y no contento aún, con una estera, y se dió al fin completamente á luz á su mujer y á su hija.

Después se presentó, como de costumbre, en la cocina, y dió sus órdenes para la vianda del día.

Después, y libre ya por algunas horas, tomó su capa y su espada y se fué á Santo Domingo el Real, y oyó misa, y procuró oírla, porque el cocinero mayor no tenía pensamiento más que para el cofre y para el sobrino postizo.

Apenas hubo concluído la misa, cuando tomó á buen paso el camino de la calle de Amanuel.

En aquella calle, en una casa chata y vieja, vivía la señora María Suárez, honrada esposa del escudero Melchor Argote, y honrada amiga del prendero Gabriel Cornejo.

Cuando Montaña llegó, encontró á la señora María fregoteando, como la mujer más hacendosa del mundo, en la cocina.

Buenos días, buenos días, señoradijo el cocinero; ¿y cómo va por acá?

¡Ah! ¿sois vos, señor Francisco?dijo la vieja.

Pero describámosla.

Era una mujer como de sesenta años, ó por mejor decir, una pelota con pies, cabeza y brazos: morena, encendida y basta, con la nariz gruesa, los labios gruesos, los ojos pequeños y colorados, el izquierdo bizco, y los escasos cabellos, rubios entrecanos. Vestía un hábito de jerga corto, sobre los hombros un pañuelo de lana azul, y por bajo del vestido que tenía levantado, como acostumbran las mujeres durante ciertas haciendas caseras, se veían dos piernas rechonchas con medias azules, y dos pies redondos y abotargados, metidos dentro de dos zapatos gruesos y de un color indefinible.

El ojo bizco de esta mujer era su único, pero completo rasgo fisonómicocaracterístico; era un verdadero ojo de demonio que lucía como un ascua medio apagada, y que en continua movilidad dejaba ver sucesivamente todas las expresiones de los siete pecados capitales.

Esto en ciertas situaciones especiales, que cuando aquel ojo dormía cubierto por una expresión hipócrita, la señora María tenía el aspecto de la mujer mejor del mundo.

Pero cuando asomó á la puerta de la cocina el cocinero del rey, en cuanto la señora María le vió, el ojo se puso en movimiento y expresó la cólera más concentrada y más vengativa que darse puede.

¡Buena la habéis hecho!dijo la señora María bajándose de una silla, á la que se había encaramado para fregar una vidriera, y viniendo hacia el cocinero mayor con un estropajo en la mano: ¡buena la habéis hecho, señor Francisco!

¿Pero qué he hecho yo?exclamó asustado el cocinero, porque le constaba que la señora María no hablaba nunca en balde.

¿Que qué habéis hecho? ¡nada! ¡absolutamente nada!... ¡pero ello dirá!

Sepamos.

¿Tenéis un sobrino?

Sí, señora, tengo un sobrino.

¿Y os habéis valido de este sobrino?

¿Para qué?... vamos á ver... ¿para qué me he valido yo de ese sobrino?...

¡Pues! para malherir á don Rodrigo Calderón.

¡Ah! ¡diablo!

Y ¡ya se ve!... os habéis apropiado los tres mil ducados de la reina.

Yo...

Sí, señor... y si no, ¿por qué ha dado de estocadas vuestro sobrino á don Rodrigo Calderón?

Han sido asuntos suyos...

Pues mirad, tiene muy malos asuntos vuestro sobrino.

¡Bah! ¡no tan malos como creéis! Pero en fin, ya que habéis hablado de mi sobrino, por él venía, porque supongo que habrá pasado aquí la noche.

Aquí la ha pasado, quiero decir, aquí ha pasado la madrugada, porque el galopín Aldaba le trajo á las tres.

¡Ah! ¿conque ha salido á las tres de palacio mi sobrino?

¡De palacio!

¿He dicho de palacio?... eso es... ¿habrá estado en mí casa?... sí, cierto...

En vuestra casa mientras vos habéis estado fuera, no ha estado nadie más que la justicia...

Sí, sí; ya me ha dicho mi mujer...

¿Y no os ha dicho vuestra mujer que haya estado nadie más?

No por cierto.

Señor Francisco, los hombres viejos no debían casarse... sobre todo con mujeres jóvenes y bonitas.

Señora María exclamó todo bilis y enojo Montañó: sois una bribona...

Bien, muy bien; ahora los insultos.

¿Queréis vengaros de mí porque os he echado á perder un buen negocio?...

Yo no me vengo, no os he dicho nada que merezca la pena de que me tratéis así.

Habéis querido hacerme sospechar de mi esposa.

¡Jesús María! ¡vea vuestra merced lo que es ser los hombres maliciosos!

No es necesario ser malicioso.

¿Pues yo qué os he dicho?

Pues eso es lo malo, que no habéis dicho nada.

He dicho que los hombres viejos no debían casarse teniendo hijas jóvenes y bonitas.

Habéis dicho mujer.

He dicho hija.

Y bien, ¿qué tenéis vos que decir de mi hija?...

¡Hum! inada! ipero haberse estado vuestro sobrino hasta las tres en vuestra casa, y no haber parecido cuando le buscaba la justicia!

Mi hija no conoce á su primo.

Pero como tal primo es tan hermoso y tan atrevido... replicó la señora María.

Dejemos esta conversación, señora María, que estáis equivocada de medio á medio; mi sobrino no ha estado en mi casa...

Pues si ha estado en palacio y no en vuestra casa...

Ha estado en la casa del rey dijo una voz á la puerta.

Volvióse todo hosco é incómodo el cocinero y vió al bufón del rey.

El tío Manolillo entró con las manos puestas en las caderas, miró frente á frente al cocinero de su majestad, se le rió en las barbas y se sentó en un taburete de pino.

Y bien, ¿por qué os reís? dijo Montaña amostazado, porque hacía mucho tiempo que le causaban ojeriza las bromas del bufón.

Ríome porque siempre que os veo me da gozo, señor Franciscodijo el tío Manolillo.

Es que os estáis gozando conmigo hace muchos días.

¿Qué queréis? cuando yo veo la felicidad de los demás, me perezco de alegría.

¿Y qué felicidad veis en mí, amigo bufón?

¡Bah! ¡vuestra mujer!...

¡Mi mujer! exclamó, sintiendo un sacudimiento nervioso el cocinero.

Ciertamente, vuestra mujer... os ama mucho... mucho... muchísimo... Os ayuda en todo lo que puede.

¿Sabéis que ya me incomoda el que me habléis tanto de mi mujer?

Como que estoy enamorado de ella...

Vos no amáis más que á esa comedianta que os tiene vuelto el juicio...

Puede ser, porque tratándose del juicio de los hombres, no conozco cosa que tanto se lo vuelva como las mujeres. Pero dejándonos de bromas y ya que hablábamos de vuestro sobrino, ¿cómo ha pasado la noche ese valiente joven, señora María?

¡Qué! ¿conocéis á mi sobrino, tío Manolillo?

¡Bah si le conozco! ¿pero no habéis oído, señora María, ó es que tanto os interesa tener limpias las sartenes, ya que no podéis tener limpia la conciencia?

No sé para qué los reyes han de tener gordos y ensoberbecidos á estos avechuchosdijo la vieja.

Pero el sobrino del señor Francisco... os he preguntado por él tres veces y nada me habéis respondido... y sé que ha pasado aquí la noche...

La madrugada, diréis.

En buen hora... ¿y duerme todavía?

El que se acuesta tarde, no se levanta temprano.

¿Y decís que conocéis á mi sobrino?dijo el cocinero.

Ya se ve que le conozco.

¿Dónde le habéis visto?

Anoche en palacio.

¿Pero en dónde?

Donde no entran todos.

¿Estáis seguro de lo que decís?

Vaya si lo estoy.

¿Y habéis hablado con él?

No, pero no importa; sé que anda enamorado y en aventuras.

¿Y le corresponden?

Tal creo.

Tenemos que hablar á solas... no os ofendáis, señora María.

La señora María no se ofende de otra cosa que de no ganar dineros.

Yo no puedo ofenderme de lo que me da risa.

¿Y qué os da risa en esto?

El secreto que gastáis... como si no supiéramos que en palacio es muy fácil tener amores altos.

Como es muy difícil que vos dejéis de ser una deslenguada.

Os advierto, hermano bufón, que si mi esposo os oye, que pudiera ser, os cortará una oreja.

¡Bah! ¡el escuderote! Pero dejando esto... ¿dónde tiene su aposento el señor Juan Montiño?

Ved que sale en personadito la vieja señalando una puerta que se abría, y tras la cual apareció el joven.

¡Ah! ¡mi buen sobrino! exclamó Montiño corriendo hacia él.

¿Cuánto pensará ganar con su sobrino el cocinero del rey, cuando tan bien le trata? dijo para si el bufón.

¿Y mi tío Pedro? dijo el joven con solicitud.

¡Tu tío!... ¡tu pobre tío, ha muerto! contestó apagando su sonrisa y con acento triste Francisco Montaña.

El joven se puso pálido, sus ojos se llenaron de lágrimas, y exclamó bajando tristemente la cabeza:

¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Y luego añadió dominándose:

¿Y nada os ha dicho para mí?

Nada; cuando llegué ya había perdido el habla.

¡Ah! ¡mi buen tío! la carta que me dió para vos era un pretexto para alejarme de sí; para que no lo viese morir.

No te has engañado, sobrino; no te has engañado... ¿y qué he hecho yo de esa carta? creo que la llevé al pueblo, y que la he dejado olvidada allí. ¿Pero, cómo has pasado la noche?

Muy bien, tío, muy bien.

Pues me alegro, me alegro mucho dijo el tío Manolillo, porque creo que tenéis demasiado que hacer para no necesitar estar descansado.

No os conozco, amigo dijo Montaña.

Nada tiene de extraño. Yo soy el bufón del rey; pero si no me conocéis á mí, conocéis mucho á un grande amigo mío.

¿Qué amigo?

Don Francisco de Quevedo.

¡Cómo! ¡don Francisco de Quevedo! dijo el cocinero mayor ¿y está don Francisco en la corte?

Y algo más que en la corte dijo el tío Manolillo.

¡Ah, ah! ¿Y conoces tú á don Francisco de Quevedo, sobrino? añadió el cocinero.

Estuvo hace dos años en el lugar; iba huído...

¡Ah!dijo Francisco Montiño, recordando el pasaje de la carta de su difunto hermano, en que se refería al conocimiento de Juan con Quevedo. ¡Ah, sí! ¡Es verdad!

¿Y qué es verdad?dijo Juan.

¿Qué ha de ser verdad, sino que hace dos años anduvo huído por unas estocadas don Francisco?

Pues amigo mío dijo el bufón, don Francisco os espera.

¿Que me espera? ¿Y dónde? Habíamos quedado en vernos en San Felipe.

Pero urge, urge. Así, pues, os vendréis conmigo.

¡Sin almorzar!dijo el cocinero. ¡Yo que venía con él para que almorzase!

Donde yo le llevo almorzará mejor.

¿Mejor que en mi casa?

Sí, señor; vuestro sobrino, señor Francisco, almorzará hoy mejor que el rey.

¡Algunas empanadas de hostería de esas que no se digieren!exclamó Montiño con desprecio y picado en su calidad de cocinero.

¡Yo daré de almorzar á vuestro sobrino pechugas de ángeles!

¡Ah, ah!... ¡vos tenéis á vuestra disposición pechugas de ángeles!... Pero es el caso que yo necesito á mi sobrino, aunque sólo puedo darle pechugas de ánade.

No son malas, señor Francisco, no son malas; guardadme una para más tarde; pero yo ahora me llevo conmigo al señor Juan Montiño. Como que le espera nada menos que don Francisco de Quevedo, y para asuntos muy importantes.

¡Oh! pues si don Francisco de Quevedo me espera, tío, necesario será que vaya.

Iremos todosdijo el cocinero.

No puede serreplicó el bufón: quedáos en buen hora siguiendo vuestra disputa con la señora María. En cuanto á mí, vuestro sobrino me llevo.

¿Y dónde para don Francisco?

En una casa y en una cama.

Pues quedo enteradodijo el señor Francisco.

¡Cómo! ¿Ha pasado algún mal accidente á don Francisco?dijo con cuidado Montiño.

Cosa mala nunca mueredijo desapaciblemente la vieja.

Por eso no habéis muerto vos, aunque sois vieja del alma y del cuerpodijo el tío Manolillo; pero vamos, señor Juan, y que no se diga que cuesta más trabajo sacaros de aquí que si se tratase de sacar una monja de un convento.

No; no ciertamentedijo el joven; perdonad, tío, pero cuando don Francisco me llama con tanta urgencia, asunto debe ser importante; en cuanto concluya iré á buscaros á palacio.

Ve, sobrino, vedijo el cocinero; ya sabes que yo no me meto en tus asuntos; pero mira dónde pones los pies, hijo mío, porque la corte se ha puesto para ti un poco resbaladiza.

¿Nos veremos en la calle?dijo el bufón. Venid, que el tiempo urge, y vos, compadre, dejadnos por Jesús Nazareno, y vamos, y no se hable más, que en decir y replicar llevamos una hora. Conque hasta después; muchas expresiones al señor Cornejo, señora María, y al señor escudero que se compre un peine fuerte; hasta más ver... ¡Gracias á Dios que estamos en la calle!

Y el tío Manolillo, sin detenerse á escuchar la agria réplica de la señora María, sacó á remolque á Juan.

¿Conque tan hombre sois?le dijo el bufón.

Segúndijo Juan; no sé por qué me hacéis esa pregunta.

¡Afortunado y reservadillo! haréis fortuna en la corte, joven.

Me alegraré.

¡Ah, ah!conozco á muy pocos que hayan entrado en palacio con tan buen pie.

Miró profundamente Montaña al tío Manolillo.

Vuestro amigo don Franciscodijo el bufón contestando á aquella miradame llama el mochuelo del alcázar.

Os juro que no os entiendo.

¡Bah! ¿Y cómo os va de vuestros amores?

¿De mis amores?

¡Qué! ¿No estáis enamorado?

¡Yo!

Mirad que doña Clara Soldevilla es demasiado persona para que se la engañe.

¡Doña Clara! ¡Oh, doña Clara! ¿La conocéis?

¡Vaya! ¡Pues medrados estaríamos si el tío Manolillo, el loco del rey, no conociese hasta las arañas del alcázar! Conozco á mi señora doña Clara desde que era así, tamañita.

¿Y qué se dice de esa dama en el alcázar?

¿Qué se ha de decir? La llaman la menina de nieve.

¿Por lo blanca?

Bien pudieran; pero es por lo fría.

¡Fría, y tiene dos ojos que abrasan!

Pues ahí veréis. Nadie ha podido hacer que esos ojos le miren enamorados. ¡Como no seáis vos!...

¡Yo!

¿Y qué tendría eso de extraño?

Os aseguro que...

Lo creo; doña Clara es dura como una roca.

Pero yo no pienso...

¡Vos!... ¡bah!... Vos sois capaz de saltar por esa dama por cima de la torre de Santa Cruz; y si yo fuera otro, lo sería también... y sois vos solo...

¡Cómo!

El primero que salta por doña Clara es...

¿Quién?

Un personaje muy alto...

Acabad.

Don Felipe.

¿Don Felipe de qué?

Don Felipe de Austria, mi buen amigo, mi entretenimiento, mi loco.

¡Ah! ¡El rey!

No os pongáis pálido, amigo mío, no os pongáis pálido; doña Clara hace tanto caso del rey como de mí.

¡Pero decís que hay otros!...

No hay ninguno; es decir, ninguno ha logrado hacerse amar de doña Clara... á no ser que vos...

¿Yo?

Seamos francos; ¿cuánto daríais vos por encontrar una persona que os sirviese de puente para con esa dama? ¿Por dos ojos que viesan más que los vuestros?

¿Me hacéis una proposición?

Me intereso por vos.

¿Y qué clase de interés es el vuestro?

Yo... os serviré... pero me habéis de pagar.

Contad con mi bolsillo.

Os perdono, porque los enamorados están locos... Vos me pagaréis, pero no me pagaréis en dinero... Llegará un día en que yo os diga: os he servido; servidme.

Os serviré como me hayáis servido á mí.

No hablemos más; estamos cerca de la casa donde para nuestro amigo don Francisco.

Entraban á la sazón en la calle Ancha de San Bernardo. Al poco trecho, el bufón llegó á una puerta, tiró de un cordel y la puerta se abrió; siguióle Juan Montaña, el bufón cerró la puerta y subió por unas escaleras, seguido del joven, á un hermoso recibimiento, y de allí á una sala ricamente alhajada.

Sobre los sillones había algunos trajes relumbrantes, á todas luces trajes de teatro, y sobre una mesa joyas en desorden y botes de perfumes.

En la sala no había nadie; pero saliendo de una alcoba se escuchaba una voz vibrante y acentuada que al parecer leía, y de tiempo en tiempo una voz juvenil y fresca, incitante voz de mujer, que se reía de la mejor gana del mundo.

El bufón adelantó y levantó una de las cortinas bordadas que cubrían la puerta de la alcoba.

En un magnífico lecho, que por muchas señales demostraba ser un lecho de mujer, y de mujer galante, hundido en los colchones, medio sepultado en las almohadas, revuelta la cabellera, caladas las antiparras, sosteniendo un libro en folio, leía Quevedo.

A los pies del lecho, indolentemente envuelta en una especie de bata de color de rosa con encajes, mal cogidas las anchas trenzas negras, extendidos los pies, que calzaban unos chapines de tafete blanco, apoyado un brazo en otro brazo del sillón, y sobre la mano uno de esos semblantes en que no se sabe qué admirar más, si la fuerza de la juventud, la fuerza de la hermosura ó la fuerza de la expresión, había una mujer como de veinticuatro años, sonriente, alegre, escuchando con delicia á Quevedo, que leía uno de los mejores capítulos del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha.

Quevedo al leer no se reía; su acento al leer era el de un profundo crítico, que apreciaba cada uno de los detalles, cada uno de los pensamientos, cada una de las bellezas, y las determina, las anota, por decirlo así, con la inflexión del acento, con la acentuación particular de la palabra; que admira y que acaso envidia, y que toma la lectura por lo serio.

Cervantes, leído por Quevedo, ganaba; el chiste se hacía irresistible; la joven se reía con toda su alma.

Se nos olvidaba decir que la joven tenía en la mano derecha, abandonada sobre la falda, un cuaderno de papel en que se veían escritos versos.

A la cabeza de aquellos versos se leía:

«Doña Estrella en la Estrella de Sevilla».Dorotea.

Aquel era un papel de una de las mejores comedias de Lope de Vega.

La que le tenía en la mano, era sin disputa una comedianta.

El papel revela su nombre.

Era Dorotea.

La querida pública del duque de Lerma.

La amante particular de don Rodrigo Calderón.

La mujer que tenía con el tío Manolillo unas relaciones, un punto de contacto que nadie podía calificar.

Quevedo, Cervantes y Lope de Vega, estaban allí; los dos en representación, el uno en persona, haciendo brillar el uno de los representados á Cervantes y cautivando en favor de éste la atención de Dorotea en daño del otro representado, de Lope de Vega.

Yo os daba durmiendo dijoel tío Manolillo y á ti estudiando, holgazanaañadió dirigiéndose á la joven.

Gracias á mi buen Miguel que me he encontrado por ahí, no duermo, ni Dorotea estudia. Cuando habla Cervantes es necesario no vivir sino para escucharle. ¡Qué ingenio! se

entiende, cuando no se trata del Pésiles. Parece mentira que el tan discreto... pero vamos al asunto, y perdone mi buen amigoañadió Quevedo cerrando el libro y dejándolo sobre la cama, ¿traéis con vos á ese sujeto?

Tráigole por los cabezones.

¿Cómo tal? ¿por los cabezones venís cuando yo os llamo, amigo Juan? Entrad, entrad, amigo mío, la dueña de la casa es una moza demasiado valiente para asustarse, porque vos entréis en su alcoba.

Decís bien, y tanto más, cuanto me habéis curado de espanto apoderándoos de mi lecho; ¿qué pensarían de mí, si las gentes os vieran?

Que estoy cansado. ¿Pero qué hacéis que no entráis, amigo Juan?

Entrad, entrad, caballero dijo Dorotea levantándose; esta casa es muy vuestra.

Y levantó la otra cortina que el bufón no había levantado.

Al ver á Dorotea Juan Montaña, y al ver á éste Dorotea, sucedió una cosa singular: los dos retrocedieron, los dos cambiaron de expresión. La sonrisa que vagaba en los labios de Dorotea se borró; en el semblante de Juan Montaña apareció una expresión de sorpresa, pero no más que de sorpresa.

No esperaba ver una mujer tan hermosa.

Le había dado de repente en los ojos un relámpago de hermosura.

El bufón y Quevedo habían reparado esta circunstancia: la repentina y significativa seriedad de Dorotea y el asombro de Juan Montaña.

¡Ah!dijo el bufón.

¡Oh!dijo Quevedo.

Pasad, caballero, pasaddijo Dorotea ya perfectamente serena.

Juan Montaña entró en la alcoba, enteramente repuesto ya de su sorpresa.

¿En qué nido le habéis encontrado, amigo Manolillo?dijo Quevedo.

En el nido de una corneja.

¿Y dónde tiene esa corneja su nido?

Es la manceba vieja de un tal Cornejo, galeote huído que anda haciendo milagros en la corte.

¡Ah! ¡Un ensalmador de condenados, reparador de injurias y falsificador de doncellas! Conozco al tal.

¡Pero vos conocéis á todo el mundo, don Francisco!dijo Dorotea.

Conócenme á mí todos; no es mía la culpa; el que en enredos anda, enrédase.

Yo creo haber oído hablar de ese Cornejodijo Dorotea.

¿Ha graznado á vuestra oreja? pues mal agüero, hija; si supiera esto su excelencia, juntamente con que yo...

Vos os tomáis licencia para todo; en cuanto á ese Cornejo, conózcole por haberme hablado de él mis compañeras.

Señor Juan Montiñodijo Quevedo con voz campanuda: necesito hablar con vos á solas.

Muchas gracias por la manera de echarnos, don Franciscodijo Dorotea.

Lope de Vega os espera; esta tarde á las dos debéis aparecer estrella; procurad que no os nublen los del patio... debéis, pues, agradecerme que no os distraiga. Paréceme que estaréis aquí mejor que en palacio, tío Manolillo.

Buenas noches, don Francisco, buenas noches y hasta que despertéis.

Os engañáis, hermano; aún no me duermo, ni llamo al amigo Juan para que me traiga el sueño... heme echado por descansar un poco, pero ya empiezan mis tareas cortesanas: el no dormir y el no parar. ¿Y vos habéis descansado?dijo Quevedo dirigiéndose á Montiño, y prescindiendo enteramente del bufón, que salió y se sentó en la sala frente á Dorotea, que se había puesto á estudiar su papel junto á una ventana.

No he podido dormir, Quevedodijo el joven.

Dichosa edad en que el amor desvela; ¿y no ha tenido parte en vuestro desvelo el lance de anoche?

¿Cuál de ellos?

Quevedo marcó con el brazo una estocada.

¡Ah! ¡no!

Pues sabed que Lerma lo sabe.

Me importa poco.

Que os pueden encerrar.

Me importa menos.

Que os puede suceder algo que negro sea.

Sucédame en buena hora.

No negáis la pinta.

¿Qué pinta?

La de vuestro padre.

Creo que mi padre hubiera tenido en estas circunstancias tan poco cuidado como yo.

Créelo sin dificultad y me alegro de que os parezcáis á vuestro padre. Sólo por eso os había llamado: estaba cuidadoso por vos. Y decidme, ¿si no habéis dormido, tendrá la culpa doña Clara Soldevilla?

¡Cómo! ¡pues qué! ¿Sabéis...?

Yo lo sé todo.

Tenéis sin duda un diablo familiar.

Puede ser. ¿Y los amores os han quitado el apetito?

No por cierto.

¿No? pues me alegro; ni yo tampoco. ¡Dorotea! ¡amiga Dorotea!

Decid á vuestra negra que nos dé de almorzar.

Almorzaremos todos juntosdijo Dorotea.

Que me place: almorzarán juntos el amor y las musas, una ninfa y un sátiro. ¿Y tenéis buena despensa? supóngolo.

¡Ah! me cuidan como una reina.

Créolo; como creo que agradeceréis como una reina los cuidados. Perdonad, amigo Juan, si me dejo ver de vos desencuadernadodijo Quevedo saltando del lecho en paños menores; hacedme la merced de echar esas cortinas, no se escandalize Dorotea.

¿Os levantáis?dijo la comedianta: me alegro, voy á mandar sahumar la alcoba.

Pues dudo mucho...

¿Que?...

Que haya sahumario que la quite su olor: si yo no tuviera la cabeza tan fuerte, trastornado saldría y entontecido. Huele aquí...

A hermosura...

Bien, lo creo.

Y de hoy en adelante olerá á ingenio...

¿Por qué, pues, sahumais?...

Pudiera pegársele á don Francisco...

¡Ah! ¡su excelencia! Créolo libre de tal contagio...

Dios le ayude.

Ya le ayudáis vos...

Pues yo creía que le desayudaba...

Sois un oro...

¿Os habéis vestido ya?

Atácome las calzas...

Voy á preparar el almuerzo.

¿Quién es esta mujer? dijo Montíño.

No lo sé dijo Quevedo encajándose los gregüescos.

¿Qué, no lo sabéis, y os metéis en su casa como en una posada, y la tratáis con una lisura que mete miedo?

Tratándose de esta mujer, cuanto más miro menos veo. No se lo digáis á nadie, porque no me gusta pasar por torpe: pero no la leo... no la adivino. Hacedla el amor.

¿Yo?...

Es hermosa.

Pero descarada.

Por las descaradas se conoce á las enmascaradas; un amante ve lo que no ven los demás, y nos conviene ver á esta mujer.

Enamoradla.

Ya lo he hecho.

¿Y no habéis podido leerla?

No, porque no se ha enamorado de mi.

¿Y queréis que yo embista con una mujer que os ha rechazado?replicó Montíño.

Habéis sorprendido á esta mujer.

¡Yo!

Se ha puesto pálida al veros.

Perdonad, á mí también me sorprendió...

Mejor: ella ha reparado en vuestra sorpresa y espera.

Perdonad, pero la sorpresa pasó.

Créolo: pero os repito que los amores de esta mujer interesan...

¿A quién?

A la reina.

¡Ah!

Además, no sabe aún lo de don Rodrigo. Procurad que cuando lo sepa le importe poco.

No comprendo lo que me queréis decir con lo de don Rodrigo...

La Dorotea cobra del duque de Lerma, y da á don Rodrigo Calderón.

¡Ah!

Os aseguro que si en el almuerzo ganáis terreno, cuando le llegue la noticia, que no deberá tardar, la importará poco lo sucedido...

Pero... un triunfo tan rápido...

Así se triunfa de estas mujeres... ó á primera vista ó nunca.

Me repugna...

Sois mal galán de capa y espada... no servís para una comedia.

Lo confieso.

¿No me habéis recibido por maestro?

Sí.

Pues obedecedme.

Bien quisiera, pero tengo el corazón lleno.

¡Alma de niño! ¡majadero incorregible! doña Clara Soldevilla es el corazón, esta mujer la cabeza.

¡Ah!

¿Me habéis comprendido?

¿Pero tan importante es esta mujer?

No lo sé, pero pudiera serlo.

La enamoraré.

¡Callad! ó más bien... ¿y qué tal, qué tal os fué el último año en Alcalá?

Dorotea acababa de entrar en la sala.

¡Cómo! ¿este caballero es estudiante?dijo dejando sobre una mesa dos botellas.

Y de teologíadijo Quevedo.

¡Estudiáis para clérigo!dijo haciendo un mohín de repugnancia la comedianta, á tiempo que salía Montíño de la alcoba.

Ha ahorcado los hábitosdijo Quevedo saliendo tras Montíño.

¡Ah! he ahí una justicia que me agrada; y eso que no puedo ver á un ahorcado sin tener malos sueños.

¿Y qué diablos hacéis ahí, hijo Manolillo, doblado y redoblado?dijo Quevedo.

¡Ah!exclamó el bufón, como un hombre que despierta; pensaba.

Quevedo

¿Y qué pensábais?

¡Qué sé yo! era uno de esos pensamientos, que piensan en nosotros.

Metafísico estáis.

Y que nosotros no pensamos en ellos.

Continuad.

Que se vienen... y que se van...

Una idea eterna...

Eso es...

Un combate...

No, un tirano...

Téngoos lástima...

¡Ah!

El tío Manolillo tiene unas cosas muy singularesdijo Dorotea.

¡Me voy!exclamó el tío Manolillo.

¿Y no almorzaréis con nosotros?

El loco llama al loco; es la hora de levantarse el rey. Adiós.

Y el tío Manolillo salió sombrío y cabizbajo; se le oyó bajar violentamente las escaleras y salió.

No entiendo vuestro conocimiento con mi buen amigodijo Quevedo.

Ni yoexclamó Dorotea.

¡Y os ama!

¿Pero cómo me ama?...

Sabréislo vos.

Pues no lo sé; pero aquí viene el almuerzo, señores: sentiré trataros mal; vosotros tendréis la culpa; doy lo que tengo.

¡Y como tenéis un cielo!...

¡Bah, don Francisco! cuando me requebráis, no sé si debo ofenderme, ó...

¿Es esta negra vuestra cocinera?

Sí por cierto...dijo un tanto resentida Dorotea del cambio de conversación de Quevedo.

Y bien, carbón viviente, ¿qué nos das de almorzar?

La negra, que traía una mesa ayudada por un lacayuelo, contestó sobre la pregunta de Quevedo:

Vuesamercedes almorzarán salmón fresco, pollas asadas, pastelones negros, pichones ensopados, tortas de dama...

Basta, basta, y aun diré que sobra, aunque tengo un apetito de gigante encantado.

Pues sentémonosdijo Dorotea; ¿y vos, tenéis también apetito?...

Está enamorado...

¡Ah!dijo con cierto disgusto la Dorotea.

Enamorado de vos.

¡De mí!exclamó riendo la comedianta.

¡Cosas de Quevedo!dijo Montañó terriblemente contrariado.

No, no por cierto... cosas de Dorotea.

¡Cosas mías!

Ciertamente, porque vuestras cosas son las que han quitado el apetito de todas las cosas al señor Juan Montaña.

¡Ah! ¿os llamáis Montaña?

Es sobrino del cocinero mayor del rey.

¡Oh! ¡Dios mío! ¡os va á parecer detestable mi almuerzo!

El rey no almuerza tan bien como vos, ni con tan buen servicio... apuesto á que esta plata ha venido en derecha para vos del Potosí...

Ved ahí que me importa poco el lugar de donde haya venido.

Debe importaros mucho más el lugar en donde ha parado.

Sabe Dios si para.

Mejor, porque será río si corre.

Me voy cansando...

Decís bien, debéis descansar... aunque no sois vieja.

Trabajo siempre para el público...

Decís bien... debéis trabajar para menos gente... ya quise que trabajáseis para mí... con el corazón; pero vuestro corazón anduvo reacio.

Punzáis, don Francisco.

¿Ortiga me hacéis? desgraciado ando.

No lo andáis mucho, cuando os veis en la corte.

Pues mirad: no quisiera ser cortesano.

Sóislo muy poco... y en prueba de ello cuando no estáis preso...

Me buscan... decís bien... y ahora me acuerdo... sois mi olvido de todo... ¿y de qué me había olvidado?... figuráos que anoche anduve cómplice en unas estocadas.

¡Apenas llegado!

Es mi sino. Pero como estoy ya cansado de que me echen el guante, trato de echar un guante de oro al escribano para que se le entorpezcan los dedos... y me urge... y me duele dejar á medio roer este pichón... pero os dejo...

¿Os vais?dijo Montaña poniéndose de pie.

¡Oh! ino! vos no tenéis nada que ver con la justiciadijo Dorotea: almorzad al menos, caballero... si no es ya que os sepa mi almuerzo mal.

Creo que jamás ha almorzado tan á gusto el señor Montaña, y se quedará, debe quedarseañadió Quevedo cargando su acentuación de una manera perfectamente inteligible para Montaña.

Temería abusar...

¡Oh! ¿qué es abusar?... por el contrario, no sabría á qué atribuir...

Pues me quedodijo Montaña con voz insegura.

Pues quedáosexclamó Quevedo. Os suplico que no os vayáis...

Pero si tardareis...

En ninguna parte pudiérais sentir menos la espera. ¡Ah! las diez... conqu hasta las doce. Quede con vosotros Dios.

Y Quevedo salió.

Toda esta escena, á pesar de que había sido un poco picante, había pasado delante de la negra y del lacayuelo.

Servidnos los postres y marcháos á almorzardijo Dorotea apenas salió Quevedo.

Montaña y la comedianta quedaron al fin solos.

Tenéis un amigo muy regocijadodijo Dorotea...

¡Oh! ¡sí! contestó el joven, que aunque no era novicio, sentía remordimientos por aquella especie de infidelidad que hacía á su dama, y estaba contrariado.

Si no fuese por su lengua...añadió Dorotea.

¡Oh! ¡sí! respondió Montaña.

¿Pero no coméis? dijo la joven, que empezaba á sentirse preocupada.

Perdonad, señora, pero...

¿Pero qué?...

Montaña alzó los ojos, y su mirada se encontró con la mirada negra y resplandeciente de la Dorotea.

Por culpa de la situación, aquellas dos miradas fueron terriblemente criminales, y la Dorotea se puso encarnada, no de rubor, sino de despecho, porque había conocido todo el valor aparente de su mirada.

Lo mismo y por la misma razón aconteció á Montaña.

Vamos, esto es una tontería dijo la Dorotea, sin pretender cubrir lo que no podía cubrirse. Quevedo tiene la culpa.

Yo creo, señora, que nadie tiene la culpa de nada.

Bebed dijo la joven llenando una copa de vino.

Bebed primero vos...

La Dorotea llenó su copa.

No: bebed en ésta, ó bebamos la mitad de la nuestra cada uno; cambiamos.

¿Sabéis lo que estáis haciendo? dijo con seriedad la Dorotea.

¿Os ofende?

Me estáis enamorando.

¿Y hago mal suponiendo que eso sea?

Eso lo sabréis vos.

¡Cómo! ¿que yo sabré si hago mal en enamoraros?

Sí, porque vos sabréis con cuánta lealtad, con cuánta razón podéis enamorar á una mujer á quien hace media hora que conocéis.

La soledad tiene la culpa...

Llamaré compañía...

No; más bien si os desagrada mi atrevimiento, me iré yo.

Don Francisco vendrá á buscaros...

Pues no encuentro medio...

Sí; dejar esta conversación.

Dejémosla.

Hablemos de otra cosa.

Pero ninguno de los dos habló.

Bebieron en silencio sus copas.

Pasaron algún tiempo callando.

Dorotea miró involuntariamente á Montañó.

En aquel momento Montañó miró á la comedianta.

Esta doble mirada fué más elocuente, más intensa que la anterior.

Dorotea y Montañó se turbaron mucho más.

Pero por aquella vez, Dorotea no se irritó.

Por el contrario, soltó una alegre carcajada, y dijo:

¿Quién diablos os ha traído aquí?

Y llenó la copa, bebió la mitad, y ofreció la copa á Montíño.

Montíño la tomó y buscó el sitio donde había puesto sus labios la joven.

Habladme con franquezadijo la Dorotea; ¿qué habéis visto en mí...?

Y se detuvo.

He visto en vos, señora... ¡la verdad es que no he visto nada fuera de vuestra hermosura, que es divina!

Pero... mi hermosura sola no hubiera causado en vos... en fin, no hablemos más de esto... os recibo por mi amigo.. conozco que os apreciaré... os apreció ya, no sé por qué... sobre todo, no me gusta una guerra fatigosa, un galanteo que á nada conduciría, porque es una locura.

Seamos, pues, amigos; prefiero vuestra amistad á vuestro amor.

¡Mi amor! ¿sabéis si yo he amado alguna vez? ¿sabéis si puedo amar?

Todos hemos nacido...

He aquí una cosa indudable.

Para amar...

Eso no es tan claro.

Si no habéis amado, amaréis.

¿Habéis amado vos?

Sí, y mucho dijo Montíño suspirando por doña Clara de Soldevilla.

¿Y amáis...?

¡Si amo! ¡si amo! ¡con toda mi alma! exclamó el joven refiriéndose siempre á doña Clara.

La Dorotea, sin darse á sí misma la razón, se inmutó profundamente y dejó ver claro su disgusto en su semblante.

Acaso aquello era amor propio.

Acaso una sensación involuntaria.

Montiño notó aquella conmoción, la tradujo por amor propio á su favor, y acordándose de que Quevedo le había dicho: Importa á la reina acaso, el que volváis loca á esa mujery comprendiendo que el servir á la reina, el sacrificarse por ella, era la mejor seducción que podía emplear para con doña Clara, se decidió á tomar á la comedianta por instrumento, y á destruir el mal efecto que le habían causado sus últimas palabras.

Sírepitió con acento apasionado, amo á una diosa humana, con toda mi alma, con todo mi corazón... y esa divinidad... ¡sois vos!

¡Yo! ¡imposible!

Recordad que me turbé al veros.

Eso nada prueba.

Prueba que me habéis matado.

Pero... caballero...dijo pálida y grave la Dorotea, creo que me tomáis por entretenimiento.

¿Me ofendéis...?

Porque temo ser ofendida.

¿Qué encontráis de extraño...?

No sé... porque, como, lo repito, no he amado nunca, no sé si es posible que se ame así como vos decís, tan pronto.

¿Cuánto tiempo tarda en arder la leña seca?

¡Ah!

El tiempo que tarda en acercarse á ella el fuego.

Pero la llama dura poco...

Pero cuando acaba ha consumido la leña.

¿Y vos sois... leña seca...? yo os creía leña verde.

Os engañáis. En las universidades se empieza á vivir muy pronto, y se vive muy de prisa.

¡Ah! ¡los estudiantes! ¡dicen que los estudiantes son muy embusteros!

No sé qué puedan diferenciarse en esto de los otros hombres.

Tenéis razón; pero tienen también una fama tal los estudiantes...

Injusticias, envidias... además, si fuí estudiante, ya no lo soy.

¿Pues qué sois ahora?

Pretendiente.

¿Y qué pretendéis?

Una compañía.

¿Compañía de qué?...

¿De qué ha de ser?...

Hay muchas compañías... la de Jesús, las de comediantes, las de los mercaderes...

La que yo quiero es una compañía de soldados.

¿Y habéis hablado á alguien?

La tengo casi ciertamente...

¡Ah! ¡es verdad! ¡sois sobrino del cocinero de su majestad!

¿Y creéis que mi tío puede?...

Si Francisco Martínez Montañón se empeña, seréis... no digo yo capitán... sino cuartelmaestre, general... vuestro tío, además de tener muchos doblones, tiene mucho influjo.

Me alegro de saberlo para sí el joven.

Capitándijo la Dorotea...¿y os iréis á Italia ó á Flandes?...

Me quedaré en Madrid; á más de capitán, quiero serlo de la guardia española.

Lo seréis, porque á más de vuestro tío os ayudaré yo.

¡Vos!

Sí, yo... ¿pues no sabe todo el mundo que soy la querida del duque de Lerma, y que su excelencia me quiere tanto, que hace todo lo que yo quiero?

Temería abusar de vos.

¡Bah! yo debo agradecerlos el que me hayáis mirado tan bien.

Mejor os agradecería el que no me miráseis mal.

¿Y por qué? no tengo motivo... os aprecio...

Más quiero...

¿Más que apreciaros?

¡Amadme!

Echad un memorial á Cupido...

Vos sois Venus, y le mandáis.

Ya sabéis que Cupido es un bribonzuelo, que no respeta ni aun á su madre.

Casi creo que tenéis razón.

¿Por qué?...

Porque creo que el rapazuelo me ayuda.

Son muy presumidos estos estudiantes...

Capitán, señora, capitán.

Pues peor; la gente de guerra cree que las mujeres se toman como las murallas, al asalto... mudemos de conversación...

Mudemos...

¿Hace mucho tiempo que habéis venido á Madrid?dijo la Dorotea, procurando mostrarse completamente olvidada de la conversación anterior.

Vine ayer.

¡Ayer!

Sí, señora, ayer por la tarde.

¿Y no habéis estado otra vez en Madrid?

Nunca, señora.

Es decir...

¿Qué?...

No recuerdo lo que os iba á decir.

¿Queréis que os diga una cosa?...

Decidla.

Creo que tenéis más memoria cuando habláis de amor.

¿Volvemos?

¡Ah, señora! no recuerdo haber visto en mi vida unos ojos que de tal modo me acaricien el alma.

¡Cómo! ¡pues qué!... ¡mis ojos!...

Me están diciendo...

Mienten... mienten mis ojos... vamos... será necesario que nos separemos.

¿Sabéis que es muy dichoso don Rodrigo Calderón?

La comedianta hizo un gesto indefinible, mezcla de disgusto y de desdén á un tiempo.

No me nombréis ese hombre dijo.

¡Bah! ¿pues no le amáis?

La Dorotea fijó una mirada dilatada, inocente, dolorosa, enamorada á un tiempo en Juan Montiño; extendió hacia él un magnífico y mórbido brazo, y estrechando una mano del joven, le dijo:

Os suplico que me dejéis sola; yo os disculparé con don Francisco.

¡Qué! ¿tanto os enoja que yo continúe á vuestro lado?

No, no me enoja; pero... me siento mal; estoy turbada, ¿no lo véis? estoy avergonzada.

¡Avergonzada! ¿y por qué?

¡Porque soy una mujer perdida! dijo la Dorotea, y se cubrió el rostro con las manos.

¿Pero quién ha dicho eso? replicó Montiño acercándose á ella y apartándole suavemente las manos de sobre el rostro.

Lo digo yo.

Pues decís mal, señora; yo os creo una mujer virgen.

¡Ah, explicadme... explicadme eso!

La explicación es muy sencilla: vos misma, recuerdo que hace poco lo decíais, vos misma habéis confesado que no habéis amado nunca.

¿Y lo creéis?

Lo creo.

¿Y no teméis engañaros?

No.

¿Pero qué razones, qué pruebas tenéis?...

Voy á hablaros con el alma, sin embozar mis palabras: cuando yo os vi, me mirásteis como miran las cortesanas...

¡Ah!

Pero apenas me vísteis, bajásteis los ojos como una niña que recibe la primera revelación de amor en la mirada de un hombre; os pusisteis seria y grave.

¡Ah, ah! ¿y creéisdijo con acento ardiente Dorotea, creéis que os habéis entrado en mi alma en el momento en que os he visto?

A aquella pregunta de Dorotea, pregunta hecha con sinceridad, con candor, con anhelo, Montañó sintió una especie de vértigo. Dorotea se había transfigurado; su alma, un alma entusiasta, enamorada, noble, se exhalaba de su mirada, de la expresión de su semblante, de su boca trémula, de su acento cobarde, ardiente, opaco.

Pero Montañó estaba prevenido; el involuntario poder de fascinación de la comedianta, luchaba con el amor intenso, voluntarioso, tenaz, que Montañó sentía por doña Clara, y el joven vaciló un momento, pero se rehizo y se mantuvo firme, como un buen justador después de un tremendo bote de lanza recibido en el escudo.

Yo no me atrevería á decircontestó Montañosi yo me he entrado en vuestra alma ó no, señora; pero os puedo asegurar que vos os habéis entrado en la mía.

Pero esto es una locuradijo la Dorotea como quien pretende despertar de un sueño; una locura á que no debemos dar vuelo: vamos, esto no puede ser.

¿Que no puede ser? ¿y por qué? ¿tanto amáis á don Rodrigo? ¿tanto os importa Lerma?

Miraddijo Dorotea inclinándose hacia Montañó y fijando en él sus grandes ojos; el duque me importa lo mismo que estoy tomó un pedazo de pan y le desmigajó de una manera

nerviosa. Cuando tenía hambre... deseé brillar por mi aparato, por mis trajes, por mis alhajas, le acepté con hambre... hoy... hoy me importa muy poco el duque.

¡No le necesitáis ya!

No necesito alhajas ni brocados.

¿Los tenéis?

Jamás se tienen, porque hoy se lleva uno y mañana otro. No es eso...

¿Pues qué es?...

Dejadme hablar; me habéis nombrado á don Rodrigo... don Rodrigo me da hastío, como eso.

Y señaló una copa que estaba llena de vino.

Y sin embargo, si digo que esta desdichada conversación de amores en que sin saber cómo nos hemos metido es una locura, no es por el duque ni por don Rodrigo, sino por vos.

¿Por mí?...

He dicho mal; he debido decir por mi suerte.

Explicáos, porque no os entiendo bien.

Yo no puedo ya amar.

El amor viene sin que le llamen, y no se va aunque le echen.

¡Oh! no me digáis eso... porque sería muy desdichada... dejemos, dejemos más bien este asunto... soy franca con vos; estoy aturdida; ¿queréis que os cante la canción que he estudiado para esta tarde? seréis el primero que la oiga... lo que no es poco favorable sonriéndose; así nos distraeremos los dos... vaya... ¡si esto parece una brujería!

Y Dorotea se levantó, tomó un arquilaúd que estaba sobre un sillón, se sentó junto á la ventana, templó el instrumento, preludió con maestría algunos instantes, y luego cantó con una voz fresquísima y de un timbre admirable, la siguiente seguidilla:

Como el amor es ciego
por tener ojos,
en los tuyos se esconde
dulces y hermosos:
y al esconderse,
el traidor con tus ojos
me da la muerte.

Cantáis... no sé cómo deciros...exclamó Montañó como un ruiseñor es poco, y como un
ángel... lo ha dicho todo el mundo.

¡Gracias! ¿Creéis que gustaré esta tarde?

Si los del patio sienten lo que yo he sentido...

¡Ah!

Habéis cantado como el amor... y esos ojos que cantáis, son vuestros ojos.

¿Sabéis que tarda demasiado don Francisco?

Mejor; de ese modo no estorba.

Haréis que me enoje... Sois muy poco generoso.

¡Señora!

¿Pero no comprendéis que os estoy pidiendo treguas?

Pues bien, señora mía; yo sólo puedo concederos una cosa.

¡Ah, ya me dictáis condiciones!

¡No por cierto!... Pero quiero que me tranquilicéis el alma.

¿Teméis?

Caer del cielo.

¡Pero, señor, esto es terrible! Es la primera vez que me sucede... No me conozco...

Porque me amáis, ¿no es verdad, y no comprendéis que se pueda amar tan pronto?

Yo creo que tenéis más experiencia que yo.

Os engañáis; no he amado hasta ahora, pero por lo que siento, no extraño que vos améis lo mismo que yo.

Pero, ¿qué deseáis de mí?

¿Qué deseo? Vuestro cuerpo y vuestra alma; vuestro recuerdo continuo... Quiero ser para vos el aire que respiréis.

¡Me estáis engañando!

¡Yo!

¡Os ha traído don Francisco!...

No creí yo que alguna vez fuese para mí una desgracia mi amistad con Quevedo.

¡Ah! Quevedo es tal que no sólo no puede confiarse en él, sino que tampoco de una persona con quien él haya hablado tan sólo dos veces.

Montiño estuvo á punto de decir á la comedianta que Quevedo tampoco se fiaba de ella.

Pero se contuvo á tiempo, y siguió aquel papel de enamorado que no le era difícil representar, porque además de ser hermosa Dorotea, estaba embellecida por una sobreexcitación profunda, dominada por el no sé qué misterioso que emanaba para ella de Juan Montiño.

Podía decirse que Dorotea estaba enamorada, sorprendida en eso que se llama cuarto de hora de la mujer, por el joven, dominada por él.

Montiño tenía fijas en la memoria las palabras de Quevedo: «De estas mujeres se triunfa á primera vista ó nunca». Y aquellas otras: «Interesa á la reina que enamoreis á esta mujer».

Juan Montiño desempeñaba con gusto su farsa, porque, aunque estaba locamente enamorado de doña Clara, la comedianta tenía para él, en la situación en que se encontraba, un encanto irresistible.

Montiño la veía luchar con una fascinación amorosa.

La veía sufrir.

Los ojos de Dorotea se bajaban y volvían á levantarse para mirar á Juan Montiño con más insistencia de una manera más elocuente.

La despechaba el no poder encubrir la impresión que la causaba el joven, y su semblante se encendía en rubor.

Acaso hasta entonces no se había ruborizado Dorotea.

Acaso hasta que había sentido la primera impresión de ese amor del alma que tan superior es al deseo de los sentidos, á esa otra sensación que generalmente se llama amor, no la había pesado en su vida anterior.

Acaso nunca hasta entonces se había avergonzado de ella.

Juan Montiño comprendía la lucha que agitaba el alma de Dorotea, y no la dejaba tiempo para descansar, para reponerse.

Se había levantado de junto á la mesa.

Había permanecido algún tiempo de pie.

Luego se había sentado en el taburete donde apoyaba sus pies Dorotea.

Por último, había abrazado la cintura de la joven.

Al sentir el brazo de Juan Montiño, se alzó como se hubiera alzado la mujer más pura.

Me estáis tratando maldijo, me estáis haciendo daño... daño en el alma. ¿Trataríais de este modo á la mujer á quien quisiérais para vuestra esposa?

¡Ah! exclamó Juan Montiño sorprendido.

No, no he querido decir que yo os ponga por condición para amaros que seáis mi esposo: sé demasiado que yo no puedo aspirar á ser la esposa de un hombre honrado... pero os quisiera ver tímido, respetuoso, dominado por mí como yo lo estoy por vos... Os quisiera ver sorprendido por un afecto nuevo como yo lo estoy... quisiera... yo no sé lo que quisiera... que os bastara con amarme. ¡Oh, Dios mío; pero yo estoy diciendo locuras!

Y se volvió á sentar, y el joven volvió á rodear su cintura.

Por aquella vez Dorotea se puso pálida, se estremeció, pero no se atrevió á desasirse de los brazos de Montaña.

Tengo sed dijo el joven.

¡Sed! dijo la Dorotea bajando hacia él sus grandes ojos medio velados por la sombra de sus largas pestañas y dejando caer una larga mirada en los ojos de Montaña.

¡Sí, sed de vuestra boca!

¡Oh! exclamó Dorotea.

Y de repente rechazó al joven.

Alguien se acercó; alzólos, alzólos.

En efecto, Juan Montaña oyó abrir una puerta inmediata y se levantó y fué á tomar su sombrero.

No os vayáis dijo Dorotea, quedáos; sea quien fuere, ¿qué importa?

Abrióse la puerta y apareció un hombre con traje de soldado.

Llevaba calado el sombrero, y su mirada era insolente y provocadora.

Al ver á Juan Montaña le miró de alto abajo, y su mirada se apagó en la mirada fija del joven.

Entonces se quitó el sombrero y saludó de una manera tiesa.

Montaña no se levantó de la silla donde se había sentado antes de que llegara aquel hombre.

Dorotea le miró con una de esas miradas que quieren decir:

Habéis llegado á mal tiempo: ¿Qué queréis?

Y como si el recién llegado hubiese comprendido aquella pregunta en aquella mirada, dijo:

Don Rodrigo está gravemente herido, casa del duque de Lerma.

Montiño se puso levemente pálido, y fijó con ansiedad los ojos en Dorotea.

¿Y bien?dijo ésta¿porqué me dais esa noticia como si se tratase de una persona muy allegada á mí?

¡Cómo!dijo con insolencia aquel hombreyo creía que os importaba algo.

Pues os habéis equivocado, Guzmán.

En efecto, aquel hombre era el sargento mayor don Juan de Guzmán, el mismo á quien la noche antes hemos visto al lado de la mujer del cocinero mayor.

Es singular lo que está sucediendo á don Rodrigodijo Guzmán. Todos le abandonan. El duque de Lerma, sabe quiénes son los agresores, y no manda proceder contra ellos. Vos recibís la noticia como si...

Nada me interesase, ¿no es verdad?

Lo que no deja de ser muy extraño.

Extrañad todo lo que queráis; podéis decir á don Rodrigo cómo he recibido esta noticia. Y podéis decir más: me retiro del teatro: y tal vez me vuelva al convento.

¡Ah! yo creí que fuese otra la causadijo Guzmán mirando con insolencia al joven.

Sea cual fuese la causa, nada os importa. Además, que cuando tal le ha acontecido á don Rodrigo, él lo habrá buscado.

Acaso tengáis vos la culpa.

¿Yo? ¿le ha sucedido por mí esa desdicha?

Si por cierto; mediaban ciertas cartas.

¿Cartas?...

De una noble dama... Vos habéis sido imprudente... El cocinero mayor ha llegado á saber lo de las cartas... y un sobrino del cocinero mayor...

¡Qué decís!

Que un tal Juan Montaña, que acababa de llegar á la corte, ha sido el que ayudado de don Francisco de Quevedo...

Os engañáis, señor mío; el joven; Juan Montaña, no ha necesitado de nadie para castigar á don Rodrigo Calderón, como de nadie necesitaría para castigaros á vos á la menor palabra ofensiva que os atreviéseis á pronunciar contra esta señora, ó contra su tío, ó contra él.

¡Ah! ¿sois vos, acaso?...

Sí, señor, yo soy.

¡Ah! pues comprendo, y como nada tengo que hacer aquí, me voy. Guárdeos Dios, señora. Hidalgo, hasta la vista.

Ni Dorotea ni Juan Montaña contestaron al sargento mayor, que salió.

Durante algún tiempo, Dorotea miró frente á frente y ceñuda á Juan Montaña.

Yo creí que me engañabais; dijo con acento concentrado.

¡Que os engañaba!

¡Y don Francisco! ¡ah! ¡don Francisco!

¡Pero explicáos por Dios, Dorotea!

Quevedo no os ha llamado á mi casa para veros, sino para que yo os viese.

No os entiendo.

¡Quevedo, Quevedo! ¡Ah! ¡Maldito sea!

¡Pero explicáos, Dorotea, explicáos por Dios, que no os entiendo!

Ese hombre, ese Quevedo... parece que lee en mi alma, lo que en el alma está oculto; parece que adivina.

Os suplico que os expliquéis.

¡Que me explique! Quevedo es amigo de la reina, de esa mujer á quien todos creen una santa, que á todos engaña.

Por Dios, Dorotea, ved lo que decís; no comprendo por qué os irritáis.

¿Por qué? me habéis sorprendido entre los dos... me habéis engañado... Ya se ve... es hermoso, parece tan noble, tan bueno... ella está sedienta de amor... ella no ha amado... el duque de Lerma es su esclavo... utilicemos esta mujer... ¡y el señor estudiante...! ¡Ah, don Francisco...! ¡don Francisco!

Decid que os ha llenado de dolor la desgracia de ese hombre, dijo con impaciencia Montaña.

¿Y qué me importa ese hombre? ayer acaso... hoy... hoy quien me importa sois vos... no sé por qué... pero me habéis empeñado... y nos veremos, caballero, nos veremos.

Y tras estas palabras se dirigió á la puerta de sala.

¡Casilda! gritó ¡Casilda! mi manto de terciopelo; que ponga Pedro la litera al momento.

La negra trajo á Dorotea un magnífico manto de terciopelo; la joven se puso algunas joyas, se arregló un tanto los cabellos, y salió.

Montaña se quedó solo en la sala sin saber lo que le acontecía.

Poco después asomó Quevedo á la puerta.

De seguro dijohabéis cometido alguna torpeza, amigo Juan.

No por cierto; creo que la torpeza, aunque parezca extraño, viene de vos.

¡Eh! acertádolo habéis; tenéis razón... he sido torpe, porque no he podido prever que la tal ninfa se enamorase de tal modo de vos. ¡Milagro! apuesto á que hacéis de ella una Magdalena; aunque os lo repito, estoy seguro de que habéis cometido una torpeza... seréis capaz de haberla dicho que herísteis á don Rodrigo.

Pues os habéis equivocado de medio á medio.

¿Pues quién ha sido?

Una especie de Rolando de comedia, á quien creo que ella ha llamado Guzmán.

¡Ah! ¡Don Juan de Guzmán ha estado por aquí...! pues bien, no importa... la verdad del caso es que la Dorotea está loca por vos... ¿qué habéis hecho en tan poco tiempo? Debe existir en el espíritu humano algo terrible, algo misterioso... ¡estas influencias rápidas...! ¡este unirse un alma á otra...! ¡oh! ¿quién sabe, quién sabe lo que somos?

Quevedo pronunció estas palabras como hablando consigo mismo.

¿Queréis hacer lo que yo os diga? exclamó de repente Quevedo.

¿Y qué hemos de hacer?

¡Qué! buscar postas y marcharnos á Barcelona; embarcarnos allí y plantarnos en Nápoles.

¿Tenéis miedo?

Os confieso que estoy asustado.

¿Por lo de don Rodrigo...?

No, por lo de la corte... cosas se están preparando... cosas inevitables... sería necesario ser un Dios.

Pues yo no me voy, á no ser que se viniera conmigo doña Clara.

¡Ah! maldiga Dios las mujeres... pero como estoy seguro que ni frailes capuchinos son capaces de convencer á un enamorado como vos...

¿Y la reina...?

Dios guarde á su majestad.

Seamos nosotros la mano de Dios.

Decís bien... quedémonos... pero como yo ahora no puedo acompañaros, ni vos tenéis á dónde ir, quedáos aquí... tomad posesión de la casa que, os lo aseguro, es vuestra, y empezad á ser el déspota de Dorotea. Os digo que está enamorada de vos, que resiste y

que la resistencia acabará por hacerla vuestra esclava. No olvidéis que es nuestro instrumento... y adiós.

¿Pero qué he de hacer yo aquí?

Primero quitaros la capa, la daga y la espada como si estuviérais en vuestra casa, mandar, hacer y deshacer, y que cuando venga Dorotea os encuentre apoderado de vuestro lugar de dueño.

Pero esto me repugna...

Seguid mi consejo... por veinticuatro horas.

Pero si lo sabe doña Clara.

Yo me encargo de eso. Pero adiós. Me están esperando en las Descalzas Reales.

Y Quevedo salió.

Juan Montañón permaneció algún tiempo perplejo, y después siguió el consejo de Quevedo.

Se quitó la capa y el talabarte, acercó un sillón al brasero de plata que templaba la sala y poco después dijo:

¡Casilda!

Presentóse la negra y miró con asombro á Juan, apoderado de la casa de su ama.

¿Qué me manda vuesa merced, señor?dijo.

Tráeme un vaso de sangría.

La esclava salió y poco después entró con un vaso lleno de un líquido rojo en que flotaba una rueda de limón y puesto sobre una salvilla de plata.

Montañón se quedó solo, pensando alternativamente en las cosas siguientes:

Primero en doña Clara.

Después en la reina.

Luego en su banda de capitán.

Por último, en Dorotea.

Al fin, pensando en ella y bajo la influencia de la sangría, del calor del brasero y de la soledad, se quedó dormido.

CAPÍTULO XVIII

**DE CÓMO ENTRE UNOS Y OTROS NO DEJARON PARAR EN TODA LA
MAÑANA AL COCINERO DE SU MAJESTAD**

Dejamos á Francisco Martínez Montiño en casa de la señora María.

Cuando la vieja se encontró sola con él, volvió toda su cólera contra la única víctima que le quedaba.

Os habéis perdido y perderéis á vuestro sobrinole dijo; y todo por vuestra avaricia.

Tengamos la fiesta en paz, señora María; ni yo me he perdido ni trato de perder á nadie, y con esto quedad con Dios, que yo sólo venía por mi sobrino, y no habiéndomelo llevado me voy á la cocina.

Bien haréis en estar en ella, y en no perder de vista las cacerolas, y en ver quién anda con ellas.

¿Qué queréis decir?

Nada, señor Francisco, nada... yo me entiendo, y sé lo que me digo...

Pues maldito si os entiendo, ni quiero entenderos. Quedáos con Dios, y si vuelve mi sobrino, tratadle bien, y no seáis con él parlanchina ni imprudente... ved que mi sobrino es mucho hombre y os pudiera pesar.

¿Porqué no casáis á vuestro sobrino con vuestra hija?... aunque os lo están acostumbrando mal: ¡habérsele llevado el tío Manolillo á casa de la Dorotea!...

Quedad, quedad con Dios, que vos por hablar os olvidáis de todo, y yo no puedo olvidarme de nada. Conque hasta más ver: muchas cosas al señor Melchor.

Id con Dios y abrid los ojos.

¡Oh! ¡maldiga Dios las malas lenguas! murmuró Montiño saliendo de la casa de la señora María Suárez.

Y se alejó la calle adelante.

¡Que le case con mi hija! pensaba el cocinero mayor; indudablemente que éste sería un buen negocio. ¿Pero lo tomaría á bien su padre?... el duque de Osuna es un señor terrible... ¡y aquel cofre!..., ¿qué habrá en aquel cofre?... ¿para qué se habrá llevado el tío Manolillo á Juan á casa de la Dorotea?... ¿y cómo, señor? ¿cómo se anda Juan por esas calles de Dios al descubierto, después de haber dado de estocadas á don Rodrigo?

Todos estos pensamientos incoherentes, revueltos, se agitaban de tal modo en la cabeza del cocinero mayor, que andaba maquinalmente sin ver por dónde iba.

Cuando entró en palacio por la puerta de las Meninas, sintió que le tocaban en un hombro.

Volvióse y se encontró delante de un viejo apergaminado.

¡Ah! ¡el rodrigón de doña Clara Soldevilla! exclamó.

Vuestro humilde criado, señor Franciscodijo el vejete.

¿Sois vos el que me ha tocado?

Sí, señor, yo, que buscaba á vuestra merced. He estado en las cocinas, y no hallándole allí, fuí á Santo Domingo el Real por ver si allí le encontraba.

¿Y qué me queréis?

Mi señora os llama.

¿Ahora mismo?

Ahora mismo.

Decid á vuestra señora que me es imposible; que falté ayer de la cocina, por asistir, de orden del rey, á la de su excelencia el duque de Lerma, y que de seguro tendré mucho que arreglar; si yo faltara hoy también, sabe Dios lo que sucedería.

Mi señora me ha dicho, que si os negábais á acudir, os dijese que lo mandaba la reina.

Pero señorexclamó Montañón, ¿quieren matarme?...

Señor Francisco, yo digo lo que me dicen.

Pues vamos alláexclamó Montañón con una resolución heroica.

Subieron por la escalerilla de las Meninas, atravesaron parte del alcázar, y al fin el rodrigón abrió una puerta, hizo atravesar á Francisco Montañón una antesala y le introdujo en una sala.

En ella, sentada junto á la vidriera de un balcón, estaba la hermosa doña Clara.

Su semblante aparecía pálido y triste; pero se animó cuando vió al cocinero mayor.

Béseos los pies, señoradijo éste inclinándose delante de la joven.

Dios os guarde, Montiñodijo doña Clara; icon cuánta impaciencia os he esperado! Sentáos.

¿Y á causa de qué ha sido esa impaciencia, señora?dijo Montiño sentándose.

Anoche han pasado cosas muy graves.

No sé... ignoro...contestó Montiño; indudablemente en mi familia han pasado graves cosas: como que ha muerto mi hermano mayor...

¡Qué desgracia! ¡Vaya por Dios!

Ya era anciano... Pero tuve que ir allá... á Navalcarnero.

Sí, sí; ya sé que habéis estado anoche fuera de vuestra casa... No debéis dejar vuestra casa sola, especialmente de noche, señor Montiño... idos mujeres solas!

¿Esta también?dijo para sí Montiño. Pero, señor, ¿qué pasará en mi casa?

Os esperaba con impaciencia para haceros algunas graves preguntas.

¿Puedo yo contestar á ellas?

Indudablemente.

Pues bien, escucho.

¿Tenéis un sobrino?

Sí, señora.

¿Se llama Juan Martínez Montiño?

Sí, señora.

¿A qué ha venido ese joven á la corte?

Ha venido... pues... ha venido á avisarme de que mi hermano se moría.

¿Nada más?...

Nada más.

Y decidme: ¿quién os dijo que don Rodrigo Calderón tenía ciertas cartas?

¿Qué cartas?...

Cartas que comprometían...

No os entiendo, señora.

¡Montiño, estáis comiendo el pan de su majestad!...

Eso es muy cierto, señora... pero... suceden tales cosas, que no sé qué hacer... no sé qué decir...

Pues es necesario que sepamos á qué atenernos...

Mi sobrino es muy afortunado, ¿no es verdad?

A aquella pregunta imprevista, doña Clara se puso encendida como una guinda.

Montiño se equivocó al interpretar aquel rubor.

En palacio, señoradijo, nos vemos obligados á hacer cosas que nos repugnan.

¿Qué queréis decir?

Seamos francos y no nos ocultemos nada.

¡Que no nos ocultemos!...

Yo sé que Juan tiene amores en palacio.

¿Que sabéis...? ¿Os ha dicho ese joven...?

No, por cierto; es callado y firme como una piedra; pero yo he adivinado... es más, tengo pruebas... es un secreto terrible... y si para ello me llamáis... entendámonos completamente.

Explicáos con claridad dijo doña Clara con la mayor reserva.

Su majestad tiene disculpa... ¿Nos puede escuchar alguien?

Nadie, Montaña, nadie dijo doña Clara, que estaba cada vez más encendida.

Pues el rey es el rey... siempre rezando y siempre cazando... Pero sacadme de una duda: ¿dónde ha visto su majestad á mi sobrino? Digo á mi sobrino por costumbre.

¡Cómo! ¿No es vuestro sobrino?

Doña Clara, os voy á confesar un gran secreto... Juan no es Montaña, sino Girón.

¡Dios mío! exclamó doña Clara.

Y de encendida que estaba, se puso pálida como una difunta.

Sí, sí, señora; es hijo natural del gran duque de Osuna.

¡Ah! Ahora comprendo...

¿Qué, doña Clara?...

Nada, nada; pero había encontrado algo de singular en la mirada de ese joven.

¡Ya lo creo!... Cuando se entusiasma, cuando se embravece, se asemeja á su padre.

¿Pero estáis seguro, Montaña? ¿no os engañáis?

Mirad, señora, y juzgaddijo Montaña sacando de su ropilla la carta que le había traído la noche antes Juan: os revelo un secreto de familia; pero vos le guardaréis.

Sí, sí, pero dadme.

Montaña entregó la carta á doña Clara, que la leyó con un profundo interés.

Aquí constadillo, que ese joven es hijo de un gran señor y de una noble dama; pero el nombre... el nombre de su padre no está...

Ya veis que mi hermano no se atrevió á confiarlo á un papel que puede perderse, pero cuando llegué me lo reveló.

¿Y era... el duque de Osuna?

Sí; sí, señora...

¿Y su madre?...

Faltó el habla á mi hermano para revelármelo... murió poco después de haber llegado yo.

¡Qué desgracia! un secreto á medias... ¿y sabe él ese secreto?

No; no, señora: y si os lo revelo á vos, es porque su majestad la reina...

¡La reina!...

Ya que se ha dignado favorecer á mi sobrino... á don Juan Girón, quiero decir... debe satisfacerla que alienta en sus venas la generosa sangre de los Girones.

¿Pero qué la importa á su majestad?...dijo severamente doña Clara: don Juan la ha hecho un eminente servicio... la reina se lo agradece... y nada más... ¿qué enredos son éstos?... ¿qué fatalidad puede haber para que se tome el nombre de su majestad de una manera ambigua?

Perdonad, señora; pero yo no he querido decir...

Cuando se habla de la reina, las palabras deben ser muy claras.

Vamosdijo para sí Montañón, he cometido una torpeza: doña Clara quiere todo el secreto y todo el provecho para sí.

Os he llamadodijo doña Clara, para saber cuántas personas conocen ese funesto secreto de haber tenido don Rodrigo Calderón cartas de la reina... cartas inocentes... cartas que nada tienen de vergonzosas, pero que debían ser destruídas, y que lo han sido por el valor de ese caballero... pero no basta... es necesario que no quede ni la más leve nube delante del nombre de su majestad. ¿Quién os dijo que don Rodrigo tenía esas cartas?

Un tal Gabriel Cornejodijo Montiño dominado por doña Clara.

¿Y quién es ese hombre?dijo doña Clara poseída de un terror instintivo.

Montiño se arrepintió de haber pronunciado aquel nombre, y no se atrevió á contestar.

¿Quién es ese hombre?repitió con energía doña Clara.

Es... un pobre diablo... un prendero del Rastro...contestó tartamudeando Montiño.

¡Un prendero del Rastro!... ¿y á tales gentes ha ido á parar un secreto de su majestad?

¿Qué queréis, señora? don Rodrigo...

Es un miserable, ya lo sé... ¿y ha sido don Rodrigo?...

Don Rodrigo trata con una comedianta...

¡Ah!

Y esta comedianta, que le ama...

Le ha arrancado el secreto...

¿Ha visto las cartas de su majestad?

¡Ah! pues no comprendo bien...

La comedianta fué á ver al Cornejo para pedirle un bebedizo, y le reveló el secreto de las cartas.

Más claro... más adelante... concluid... ¿cómo ha llegado á vos ese secreto?

Montiño sudaba.

Doña Clara, inflexible, con una fuerza de voluntad incontrastable, dominaba al cocinero mayor.

¿Quién me habrá metido á mí en estos enredos?decía para sí el cocinero.

¿Cómo sabéis vos lo de las cartas?repitió doña Clara.

Yo, señora... como tengo mujer... como tengo una hija...

¿Pero qué tienen que ver en esto vuestra mujer y vuestra hija?

Tienen... porque me obligan á pensar en ser rico...

¿Pero no me comprendéis? ino os pregunto eso! inada me importa eso!

Es que, señora, como quiero ser rico, trato con ese Gabriel Cornejo.

Me estáis haciendo perder la paciencia.

Estoy turbado, señora... no sé lo que me sucede... no sé lo que pasa á mi alrededor.

Pues bien, procurad tranquilizaros, y vamos en derechura al asunto.

Prometedme, señora, que alma viviente no sabrá lo que voy á deciros.

Estad seguro de ello.

Llevo toda mi vida trabajando, primero en la cocina de la señora infanta de Portugal, doña Juana; después en la del señor rey don Felipe II, luego...

¡Pero por Dios, Montíño!

Allá voy, allá voy... pues bien; á pesar de todo, he llegado casi á ser viejo sin ser rico... tenía, en verdad, algunos ahorrillos... pero esto no era bastante... propúseme aumentar mis ahorros poniendo dinero á ganancia... pero esto no es decente en un hidalgo... y si no hubiera tenido mujer é hija...

Adelante, adelante.

Pues como no era decente que yo me mezclase en cierta clase de asuntos, porque vengo de buen linaje... me valí de ese Gabriel Cornejo...

¿Y por causa de esas relacionesdijo con impaciencia doña Clarahabéis llegado á saber...?

Sí; sí, señora... anoche se me presentó el tal Gabriel y me dijo que una dama encubierta, con trazas de muy principal, había ido á casa de una tal María Suárez, mujer de un

escudero llamado Melchor, y sin descubrirse pidió mil y quinientos doblones, por los cuales se darían tres mil pasando un mes, mediando un recibo de la reina.

¡Ah!

Aquella misma tarde el tío Manolillo, el bufón, había ido á preguntar al tío Cornejo cuánto quería por matar á un hombre principal; y como el tío Manolillo es pariente, ó amante, ó no se sabe qué de la comedianta, y como la comedianta tiene celos de la reina, y como don Rodrigo Calderón es un hombre principal...

¡He aquí que ese Cornejo, que ese miserable, ha deducido!... y bien, no importa... eso nada importa, afortunadamente... ¿el nombre de esa comedianta? dijo doña Clara yendo á una mesa, buscando un papel, y tomando una pluma.

Dorotea dijo Montañón enteramente atortolado.

Dorotea, ¿de qué?

No tiene apellido.

¿Es amante de don Rodrigo Calderón?

Sí, señora... pero ocultamente...

Esas mujeres dijo con repugnancia doña Clara tienen muy mala vida; si es secretamente... querida de don Rodrigo Calderón... tendrá de seguro otro amante público.

Sí; sí, señora: el duque de Lerma.

Doña Clara escribió.

Bien, muy bien; ¿dónde vive esa mujer?

En la calle Ancha de San Bernardo.

Pasemos á la otra persona. ¿Qué antecedentes son los de este tío Cornejo?

No sé, no sé dijo verdaderamente asustado Montañón.

Tratándose de la honra de su majestad dijo severamente doña Clara, ya comprendéis, Montañón, que es necesario obrar de una manera enérgica; creo que os será preferible confesar ante mí que ante otra persona...

Por último, señor dijo Montañón sobreponiéndose á la situación, este es un asunto que no puede llevarse ante la justicia, porque su majestad media; yo me he encontrado metido en él sin saber cómo, de buena fe...

¡Pero si yo no os acuso! sólo quiero saber...

Pues bien, señora, acerca del tal Cornejo no sé nada.

Os advierto una cosa. Es cierto que este asunto no puede llevarse á una audiencia; pero en España hay un tribunal que, con el mayor secreto, por medio de sacerdotes, averigua todo cuanto necesita averiguar.

¡La Inquisición! exclamó con terror Montañón.

Hay un hombre, un santo, que defiende en esta corte tan corrompida, tan odiosa, la inocencia y la justicia; ese hombre es el confesor del rey; ya sabéis que fray Luis de Aliaga es del partido de la reina, porque de parte de la reina están la razón y la justicia. Fray Luis de Aliaga ha sido recientemente nombrado inquisidor general.

Os juro, señora, que yo no he tenido la menor parte... que cuando Cornejo se atrevió á indicarme que su majestad había escrito cartas de amores á don Rodrigo... le desmentí... le desmentí con toda mi alma, porque yo sé que su majestad es una santa...

Y, sin embargo, engañado por las apariencias, habéis creído que su majestad amaba á... ese don Juan... á ese vuestro sobrino postizo...

Yo no tengo la culpa de que se me haya mandado le enviase á palacio... hice lo que debía hacer; reprendí á Cornejo... le aterré... y sabiendo que don Rodrigo Calderón llevaba sobre sí las cartas que comprometían á su majestad... llevé á mi sobrino, quiero decir, á don Juan Girón, á un lugar donde podría encontrar á don Rodrigo, y le dije: Mátale, hijo, quítale las cartas de su majestad y llévalas á palacio, donde te llaman. Mi sobrino... perdonad, la costumbre hace equivocarme.

Equivocáos siempre; llamad siempre á ese joven vuestro sobrino.

Pues bien, mi sobrino ha obrado como un valiente, y yo como bueno y leal.

No lo dudo... y por lo mismo debéis manteneros en vuestra honrosa lealtad, diciéndome cuanto sepáis de ese Cornejo.

Por el amor de Dios, señora, que no pronunciéis después de esto mi nombre para nada. Ya sabéis que yo soy inocente.

Podéis estar seguro de ello; pero hablad.

Gabriel Cornejo, ha estado en galeras por robos y homicidios.

¡Ah!

Es galeote huído.

Más, más que eso; con eso sólo tiene que ver la justicia ordinaria, y de la justicia ordinaria no podemos valernos. ¿No decís que esa comedianta pidió un bebedizo á ese hombre?

Sí, señora.

Ese hombre tendrá, pues, algo de ensalmador, y otro tanto de brujo...

Sí; sí, señora; no tiene por donde el diablo le deseche.

Bien; ¿y creéis que puedan encontrarse pruebas en su casa?

Es probable... dientes de ahorcado, vasijas, untos... yo no lo he visto, pero lo supongo...

¡Y vos, tan cristiano, vos, criado del rey Católico, os tratáis con esa clase de gentes!...

¡Ah, señora! ¡si yo no tuviera mujer... si yo no tuviera hija!... ¡si no estuviese á punto de tener otro hijo!...

Por la familia debe un hombre arriesgar la vida; pero debe conservar la honra... y sobre todo... ¡el alma! exclamó con repugnancia, y aun podremos decir con horror, doña Clara.

Estoy arrepentido...

Bien, biendijo doña Clara, consultando el papel en que había escrito: Dorotea vive en la calle Ancha de San Bernardo; está enlazada, no se sabe cómo, con el bufón del rey; es

manceba secreta de don Rodrigo Calderón, y pública del duque de Lerma. Gabriel Cornejo es usurero, galeote huído y brujo; ¿dónde vive ese hombre?

Tiene una ropavejería en el Rastro.

Además se trata con una María Suárez... ¿dónde vive esa mujer?...

Creo, señora, que sabéis demasiado dónde vive, y quién es la señora María.

¡Yo!

Creo que vos sois la dama principal que estuvo anoche en casa de la señora María.

¡Yo! tenéis la mala cualidad de suponer absurdos. ¿Qué tenía yo que hacer en casa de tales gentes?

Esa mujerdijo desalentado Montañovive en la calle de la Priora.

Bien, muy bien. Y vuestro sobrino... ¿dónde para?

Preguntádselo al tío Manolillo.

¡Al tío Manolillo!... ¿pues qué, el tío Manolillo le conoce?

El tío Manolillo conoce á don Francisco de Quevedo, y don Francisco de Quevedo es amigo... de mi sobrino.

Habéis cumplido como yo esperaba de vuestra lealtad, Montañodijo doña Clara ya con semblante más benévolo, y nada tenéis que temer: seguid ayudándonos y nada temáis.

¿Que os ayude yo, señora?... ¡yo, inútil, enteramente inútil!

Ya sabemos lo que sois, y lo que podéis, y contamos con vos. Pero estáis inquieto, impaciente...

Como que no he ido todavía á las cocinas, y ya debe de estar almorzando el rey. Si se han descuidado... si ha ido algún plato mal servido...

Id, id, Montañó; tranquilizáos, nada temáis. Id, que os guarde Dios.

Al llegar á la puerta exterior de las habitaciones de doña Clara, oyó la fresca y sonora voz de la joven, que dijo:

Que me vayan á buscar al bufón del rey.

¿Para qué querrá doña Clara al bufón del rey?dijo Montiño alejándose rápidamente á lo largo de una galería, en dirección á unas escaleras que conducían á las cocinas. Sería chistoso que fuese doña Clara la dama de quien está enamorado mi... sobrino (es necesario que yo crea que es mi sobrino, á fin de que ni por descuido pueda írseme una palabra en contrario). ¿Si será, repito, esta doña Clara la mujer de quien mi sobrino está enamorado? ¿si será doña Clara la confidenta de sus amores con?... pero señor, ¿por dónde ha venido este enredo? ¿y ese afán de todos de hablarme de mi casa y de mi mujer?... vamos, es necesario no pensar en esto: ¿pero, y lo otro? las cartas, don Rodrigo herido, la Dorotea, Cornejo, y la Inquisición á punto de tomar cartas en el negocio. Con esto y con que me hayan echado á perder la vianda de su majestad, no nos falta más. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! y quién me ha metido á mi en estas cosas. ¿Para qué diablos ha venido mi sobrino á Madrid?

Y Montiño subía de dos en dos los peldaños de la estrecha escalera de caracol.

Cuando llegó jadeando á lo alto, atravesó, á la carrera casi, una crujía, se entró en la cocina, y sin hablar una palabra se precipitó á las hornillas, y levantó la tapa de una cacerola de una manera nerviosa.

Los ojos de Montiño brillaron de una manera particular.

¿Quién ha rellenado este capón?dijo con voz estentórea y amenazadora.

A aquella pregunta, todos detuvieron sus faenas, y todos callaron; pero las miradas de todos se fijaron en un mozangón que miraba entre turbado é insolente á Montiño.

¿Has sido tú, Aldaba del infierno, has sido tú?exclamó Montiño arrojando con cólera la tapadera, y echando mano á la espada que desenvainó.

Cosme Aldaba, que era el delincuente, cayó de rodillas en la situación más cómicamente melodramática que puede verse.

¿Quién te ha dicho, infameexclamó todo irritado el cocineroque á un capón relleno se le dejan el pescuezo y las patas? ¿No te he dicho cien veces que estos capones se rellenan entre cuero y carne, que no se les echa en el relleno carne cruda, sino cocida, y que

cuando se les pone á cocerse les echan yemas de huevo picadas? Ven acá, hereje y mal nacido; ven acá y huele, y dime si esto huele á capón relleno.

Y asió á Cosme Aldaba del cogote, le llevó á la hornilla y le hizo meter casi las narices en la cacerola.

Después le arrojó de sí y le plantó cuatro ó cinco cintarazos.

Aldaba huyó dando gritos.

¿Y quién ha sidoañadió Montiño, cuyos ojos parecían próximos á saltar de sus órbitas, quién ha sido el que ha dejado que un galopín haga un plato que es difícil para más de un oficial?

Todos se callaron.

Es que el señor Gil Pérez tenía que ir á ver á su coima, y me dijo que hiciera ese capónexclamó desde la puerta con voz quejumbrosa el galopín Aldaba.

¡Ah! ¿conque es decir que las coimas son aquí primero que las viandas de su majestad? A la calle, Cosme, á la calle, y no me vuelvas á parecer por la cocina, ni en seis leguas á la redonda, y el señor Gil Pérez, que busque otro acomodo; así escarmentarán los otros oficiales y no dejarán sus cuidados á los galopines. ¿Pero qué es esto? aquella empanada de pollos ensapados se abrasa... ¡ya se ve! ¡si os estáis todos parados, ahí mirándome como á una cosa del otro mundo!... ¿Apostamos á que hoy no tendremos un solo plato á punto que poner en la mesa de su majestad?

Del señor duque de Lermadijo una voz detrás de Montiño.

Volvióse el cocinero mayor, y vió á un lacayo que le entregaba una carta.

Tomóla con la mano temblorosa aún por cólera, la abrió y vió que decía:

«Señor Francisco: Venid al momento, necesito hablaros.El duque de Lerma.

Decid á su excelencia que no puedo separarme en este momento de la cocinadijo al lacayo.

Tengo orden de no irme sin vos.

Pues no quiero ir.

Tengo orden de presentaros, si os negáis, esta otra carta.

El cocinero la tomó y la abrió.

«De orden del reydecíay bajo vuestro cargo y riesgo, y pena de traición, seguiréis al portador.El duque de Lerma.»

Vamosdijo el cocinero de su majestad, envainando su espada, arreglándose de una manera iracunda el cuello de la capa y arrojando una mirada desesperada á la hornilla.

Poco después seguía por las calles al lacayo del duque de Lerma.

CAPÍTULO XIX

EL TÍO MANOLILLO

Llena estaba la antecámara de audiencias de palacio de pretendientes, cuando el tío Manolillo llegó al alcázar.

Su semblante, que hasta allí había ido sombrío, pálido, contraído, se dilató; su boca estereotipó su maliciosa é insolente sonrisa de bufón, sus ojos bizcos empezaron á moverse y á lanzar miradas picarescas, y su andar, sus ademanes, todo se trocó.

Sacó del bolsillo un cinturón de cascabeles y se le ciñó.

Luego atravesó dando cabriolas las galerías de palacio.

El pobre cómico había relegado su corazón á lo profundo de su pecho, y había empezado á desempeñar su eterno papel de loco á sueldo.

Cuando llegó á la antecámara de audiencias, cesó en sus cabriolas, se detuvo un momento en la puerta sonando sus cascabeles, como para llamar la atención de todo el mundo, y luego, con la mano en la cadera, la cabeza alta y la mirada desdeñosa, que parecía no querer ver á nadie, atravesó con paso lento, marcado y pretencioso, la antecámara.

Todos los que le conocían en la corte se echaron á reír.

El tío Manolillo remedaba perfectamente la prosopopeya del duque de Lerma, que poco antes acababa de salir con el mismo continente y la misma altivez de la cámara del rey.

Al llegar á la cortina, un sumiller le detuvo.

No se puede pasarle dijo.

¡Eh! ¿Qué sabéis vos?dijo el tío Manolillo; yo no paso, me quedo.

El rey...

¿Y quién hace caso del rey?... El rey sabe menos que nadie lo que se dice... déjame entrar ó te entro.

Y como el sumiller se opusiese, el tío Manolillo le asió por la pretina y se entró con él en la cámara real.

Hermano Felipedijo al rey, aquí te traigo á éste para que le castigues... Se ha atrevido á faltarme al respeto... ¡pretender que la locura no entre en la cámara del rey!

Idos, Bustamentedijo el rey al sumiller. Ven acá, Manolillo. El señor Inquisidor general tiene que hacerte algunas preguntas.

Y el rey señaló al padre Aliaga, que estaba sentado en un sillón frente á la mesa donde almorzaba el rey.

Dame primero de almorzar, porque así como tú, por haber pasado una buena noche, tienes apetito, yo por haberla pasado en vela por ti, me perezco de hambre.

Él rey empujó un plato hacia el bufón.

Este le tomó, se sentó sobre la alfombra y se puso, sin cumplimiento, á comer.

Están buenas estas lampreasdijo, se conoce que no ha estado hoy en la cocina tu buen cocinero mayor.

Calumnias al pobre Montañó. Es el cocinero más famoso de estos tiempos.

Lo era antes de tener mujer, pero su mujer le ha cambiado.

¿Y vos, no sois casado, amigo Manolillo?dijo el padre Aliaga.

No, señor; la mujer con quien pude casarme no tenía alma, y yo quiero las cosas completas. Por eso no me gusta la corona de España.

¡Oh! ¡oh!dijo el rey.

Sí, sí por cierto, porque la corona de España no tiene cabeza.

Parece que os ha escuchado la conversación, padredijo el rey.

Todo consiste en que el padre Aliaga es tan loco como yo.

¿Me queréis explicar eso, tío Manolillo?dijo el fraile.

Con mil amores, pero dame otro plato, Felipe; nunca hablo mejor que cuando tengo la boca llena.

El rey empujó otro plato hacia el bufón.

Este le tomó y dijo:

Pues es necesario agradecerte el sacrificio que haces por mí, hermano, porque los embuchados te gustan mucho, razón porque te los sirven todos los días tus dos cocineros Montaña y Lerma.

¡Ah! ¡ah! ¡a comete dor vienes hoy! dijo el rey riendo algo sucede, de seguro.

Sucede, que no sucede nada.

Pero decidme, ya que tenéis la boca llena, tíodijo el padre Aliaga: ¿por qué soy yo tan loco como vos?

Porque vos, como yo, os habéis empeñado en que un loco tenga juicio.

Y miró de una manera sesgada y maliciosa al rey.

Como veisdijo el padre Aliaga, su majestad almuerza sin gentileshombres y sin maestresalas; está solo conmigo.

Lo que demuestra que estáis haciendo el oficio de loquero.

Os ruego, señordijo el padre Aliaga, que mandéis al tío Manolillo avise al sumiller que no deje pasar á nadie, absolutamente á nadie, ni aun al mismo duque de Lerma.

Ya lo oyes, obedecedijo el rey.

¿Qué será esto?dijo el tío Manolillo yendo hacia la puertaiapoderado de ese imbécil el padre Aliaga, y en consejo conmigo!¿qué querrán? ¿sabrán algo? iveremos!

Y dió las órdenes al sumiller, cerró además la puerta de la cámara, y volvió á sentarse sobre la alfombra y á comer sus embuchados.

Os ruego dijo el padre Aliaga que por estos momentos dejéis vuestro oficio de bufón y me respondáis bien, lisa y llanamente.

Entonces reclamo mi sueldo de consejero.

El rey sacó de su portabolsa una bolsa, y la arrojó al bufón.

¡Escudos de plata! ¡el rey no se conoce por su moneda de oro!... ¡pobre Felipe!...exclamó el bufón.

Os pregunté el padre Aliagasi habíais sido casado, y me respondisteis:

Que la mujer con quien yo pudiera haberme casado no tenía alma, por lo que no quise casarme con ella.

Más claro, tío Manolillo: ¿vos no sois padre legítimo de Dorotea?

¡Ah!exclamó el bufón como sorprendido, y dejando de comer¡Dorotea! ¿qué tenéis vos que ver con Dorotea, padre?

Y los hoscos ojos del bufón dejaron ver un relámpago de amenaza.

Deseo saber, ya que no podéis ser su padre legítimo, lo que sois de esa mujer.

Soy su perro.

Os he suplicado que me contestéis con lisura.

Os he respondido la verdad: me tiendo á sus pies, lamo su mano, y velo por ella, siempre dispuesto á defenderla.

¿Pero no es vuestra hija?

Nocontestó con voz ronca el bufón. ¡Oh! ¡si fuera mi hija!

¿Ni vuestra... querida?

¡Oh! ¡si fuera mi querida!

¿Pero la amáis?

Ya os he dicho que soy su perro.

Más claro.

Soy su protector. Ella dice: amo á este hombre, y yo la digo: ámale; ella me pregunta: ¿me vengaréis si me ultrajaren? yo contesto: el que te ultraje, muere.

¿Habéis querido matar por tanto á don Rodrigo Calderón?

Sí.

El rey miraba con espanto al tío Manolillo.

No te conozcole dijo.

Tienes razón, hermano Felipedijo el bufón, porque ahora estoy loco.

Decidmedijo el padre Aliaga, ¿de quién es hija esa desgraciada?

Un díadijo el tío Manolillo, por mejor decir, una noche... estaba yo en una casa de vecindad... tenía en ella un entretenimiento: una doncella asturiana que me ayudaba á comer mi ración; era ya tarde; de repente, en el cuarto de al lado, oí gritos, gritos desesperados, arrancados por un dolor agudo; gritos de mujer acompañados de invocaciones á la Madre de Dios.

El rey había dejado de comer y escuchaba con atención.

El padre Aliaga, con la cabeza apoyada en su mano, miraba profundamente al tío Manolillo.

El bufón estaba pálido y conmovido.

Aquellos gritoscontinuó el bufón cesaron, y tras ellos oí el llanto de una criatura recién nacida.

¿Era ella? ¿Era esa Dorotea, Manolillo?dijo el rey.

Sí, era ella, señordijo el bufón tratando por la primera vez al rey con respeto, como si no hubiese querido unir nada trivial á lo solemne de aquel recuerdo; era ella, que nació, la desventurada, en las primeras horas del día de santa Dorotea.

El bufón inclinó la cabeza y se detuvo un momento.

Luego la alzó y continuó:

A poco de haber nacido esa infeliz, oí dos voces: una débil dolorida, llorosa; otra, áspera, imperativa, brutal.

Es una niña dijo el hombre.

¡Oh! exclamó la mujer llorando, ¿y no tener quien me ayude? ¡no tener un mal trapo en que envolver á este ángel!

¿Y para qué? dijo el hombre; voy á envolverla en mi capa y á llevarla á la puerta de un convento.

¡Oh! ¡no! ¡es mi hija! ¡no me robes mi hija, ya que me has robado mis padres! dijo la mujer sollozando.

Tras estas palabras oí una lucha corta pero breve, acompañada del llanto de una criatura; la lucha de un fuerte y de un débil; luego la voz de la mujer que gritaba:

¡Mi hija, la hija de mis entrañas! ¡dame mi hija!

Y sentí pasos que se alejaban y una puerta que se abría y se cerraba de golpe, y la voz de la mujer que gritaba:

¡Maldito! ¡maldito! ¡maldito seas!

Después un golpe, sordo como de un cuerpo que caía en tierra, y luego nada.

Yo así á mi manceba por la mano (ella lo había oído todo como yo; era una buena muchacha y estaba horrorizada), la saqué de la habitación al corredor, abrí la puerta de la habitación vecina. Socorre á esa infeliz! dije, empujándola dentro, y yo me lancé á la calle, y seguí á un bulto que se alejaba.

Una criatura recién nacida que lloraba bajo su capa, me indicó que era él.

De tres saltos me puse junto á su lado.

Una madre te ha maldecido, y yo soy la mano de Dios exclamé.

Y le di de puñaladas.

¡De puñaladas! dijo el rey.

Sí, sí por cierto, de puñaladas; el hombre que roba á una madre su hija, el hombre á quien una madre desventurada maldice, debe morir.

¿Y confiesas el delito delante del rey?dijo severamente Felipe III.

En primer lugar no fué delito; en segundo lugar ya lo confesé, y he cumplido la penitencia. ¿Y luego no velo yo por Dorotea? ¿no me sacrifico por ella? ¿no sufro un infierno por ella?

¿Pero aquel hombre murió?dijo profundamente el padre Aliaga.

No lo sécontestó el bufón; yo no me detuve más que á recoger la criatura, la envolvi en mi capa y me volví á la casa de vecindad.

Cuando entré en el cuarto (no lo olvidaré jamás) no había más muebles que un banco de madera, una mesa y un jergón casi deshecho; vi que la infeliz, que estaba aún desmayada, ensangrentada entre los brazos de Josefa, mi manceba, era una joven como de veinte años, rubia, muy flaca, pero muy hermosa. ¿Conocéis á Dorotea, padre?

No.

¿Pues por qué me preguntáis por ella?

Continuad.

Cuando conozcáis á Dorotea, sabréis cuán hermosa era Margarita.

¡Margarita!exclamó el padre Aliaga, poniéndose letalmente pálido.

¡Se llamaba Margarita!observó maquinalmente el rey.

Sí, se llamaba Margarita; según me dijo después en algunos intervalos de razón aquella desgraciada, porque se había vuelto loca, había salido de su casa con un soldado, había corrido con él algunas tierras, y al fin habían venido á parar á Madrid, donde el amante vivía de las estocadas á oscuras que daba por la villa, la maltrataba y, por último, la había exigido que se prostituyese para ayudarle á vivir.

El padre Aliaga temblaba de una manera poderosa y concentrada.

Algunas veces continuó el bufón, cuando yo la preguntaba el nombre de sus padres, me decía:

No, no; yo he deshonrado su nombre; yo no tengo padres; Luis, que me vió huir, se lo habrá dicho á mis padres y me habrán maldecido.

¿Y quién es Luis? le preguntaba yo.

¡Luis! Luis era mi hermano me contestaba la infeliz con dulzura; él me amaba y yo... yo amé á otro; ¡pobre Luis!

¿Y qué ha sido de esa desdichada? dijo el padre Aliaga, cubriéndose los ojos con la mano para ocultar sus lágrimas y procurando contener la revelación de aquel llanto que aparecía en su voz.

Murió: murió entre mis brazos loca, desgarrándose el alma al morir, porque yo la amaba, la amaba con toda mi alma y continuó amándola en su hija. Ahora bien; ¿crééis que yo pequé? ¿qué cometí un delito matando al infame asesino de Margarita?

¡No! ¡no! dijeron al mismo tiempo el rey y el padre Aliaga.

Yo te indulto de esa muerte, Manuel dijo el rey; yo Felipe de Austria, rey de las Españas.

¡Y yo! dijo el padre Aliaga, levantándose y extendiendo sus manos sobre el bufón, que al levantarse, al ver la acción del fraile, había quedado de rodillas: yo, ministro de Dios, te absuelvo de esa muerte en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!

¡Amén! dijo con una profunda unción religiosa Felipe III.

...yo ministro de Dios, te absuelvo de esa muerte.

¡Ah! dijo el bufón cambiando de aspecto de una manera singular: vos, padre Aliaga, sois un santo y llegaréis á mártir, y tú, hermano Felipe, aunque eres tonto, no eres malo. Dios os lo pague á los dos: á ti, por tu indulto, hermano rey, y á vos, por vuestra absolución, padre Aliaga.

Hubo un momento de silencio.

El tío Manolillo se había levantado y llenaba lentamente de vino una copa.

El padre Aliaga estaba profundamente pensativo.

El rey oraba.

El bufón se bebió de un trago la copa.

Ahora biendijo, y ya que sabéis que Dorotea no es ni mi hija, ni mi amante, ¿qué queréis de ella? ¿por qué me habéis preguntado por ella?

Basta, bastadijo el padre Aliaga; me siento malo, y con la venia de vuestra majestad me retiro.

Id con Dios, padre Aliaga, id con Diosdijo el rey.

Os espero esta tarde en el convento de Atochadijo el padre Aliaga al bufón.

Irédijo el tío Manolillo.

El padre Aliaga hincó una rodilla en tierra y besó la mano al rey.

Después salió.

¡Es muy singular la historia que nos has contado, Manolillo!dijo el rey.

Tan singular, que me ha hecho daño el contarla y me ahogo en la cámara; es demasiado fuerte ese brasero y hace aquí calor. No sé cómo puedes resistir esto, Felipe; tus gentes te cuidan muy mal; yo en lugar tuyo ya tendría consumida la sangre. Tú no quieres creermé. Echa de tu lado á Lerma, y á Olivares, y á Uceda, que son otros tantos braseros en que se abrasa la sangre de España, y que acabarán por sofocarte.

¿Sabes, Manolillo, que después de lo que me has contado, me pareces otro hombre?dijo el rey.

¡Bah! tú que has nacido para ser víctima, no conoces la venganza. ¡Peor para ti!

Un cristiano no puede, no suele ser vengativo.

¡Pobre rey! mañana te herirán en el corazón... digo, si es que tú tienes corazón.

¡Que me herirán en el corazón!

¡Si mañana te matasen á tu buena esposa!...

¡Oh! ¡si un traidor se atreviese á la reina, moriría! exclamó el rey con una llamarada de firmeza.

¡No, no querrá Dios! dijo de una manera profunda el tío Manolillo; no pensemos en eso. Me voy y te dejo solo, Felipe; pero cuidado con que te metas con mi Dorotea, porque...

¿Por qué?

Porque me volveré loco, tendrás que hacer de Lerma tu bufón, y su excelencia te divertirá muy poco: adiós.

Y el tío Manolillo salió, dejando sólo en su cámara á Felipe III.

CAPÍTULO XX

DE CÓMO EL TÍO MANOLILLO HIZO QUE DOÑA CLARA SOLDEVILLA PENSASE MUCHO Y ACABASE POR TENER CELOS

Al salir por una puerta de servicio, el tío Manolillo se vió detenido por el rodrigón de doña Clara Soldevilla.

Os buscaba, maesele dijo, y me habéis tenido cerca de una hora esperándoos en la antecámara de audiencia. Conque daos prisa y venid, que os espera la dama más hermosa que se tapa con guardainfante.

¡Ah, mal engendro! ¡injerto de dueña en cuerpo de sapo!... ¿qué me querrás tú que bueno sea?... Mas ahora recuerdo... en efecto... doña Clara Soldevilla tiene el malísimo gusto de hacerse servir por ti: si es ella quien me llama, huélgome, porque si ella no me llamara iría yo á buscarla.

Pues ved ahí, que mi señora es quien os ruega que vayáis á su aposento.

Pues tirad adelante, don rodrigón, consuelo de contrahechos.

¡Bah! tengamos la fiesta en paz, tío, que no sois vos ciertamente quien puede hablar de corcovas; y vamos adelante, que mi señora espera.

Pues adelantemos.

Y el rodrigón tiró delante del tío Manolillo y le introdujo al fin en la misma habitación donde había introducido antes al cocinero mayor.

El bufón quedó solo con doña Clara, que le salió al encuentro.

¿Conque al fin?dijo el bufón, mirando de una manera fija y burlona á doña Clara.

¿Qué queréis decir?contestó la joven.

Digo que viene el sol, y derrite la nieve que ha estado hecha una piedra durísima todo el invierno.

Venís tan hablador como siempre, Manuel, y os agradecería que me habláseis con formalidad.

Tan formal vengo, que vengo á hablaros de lo más formal del mundo.

¡Cómo! yo creía que veníais porque os llamaba.

En efecto; pero como yo he pensado buscaros á vos, antes que vos pensárais en buscarme á mi, me corresponde de derecho empezar primero. Y empiezo... pidiéndoos la mano, que el corazón no, para un amigo mío.

Si volvéis con ese enojoso asunto...dijo severamente doña Clara.

Es verdadepuso el bufón interrumpiéndolaque, olvidándome de quien soy y lo que á mi mismo me debo, vine un día á traeros de parte del rey mi señor, una gargantilla y un billete.

Por lo mal parado que entonces salísteis...

Entonces érais nieve, y como el rey no es sol ni mucho menos...

¿Venís decidido á no dejarme hablar del asunto para que os he llamado?

Me corresponde de derecho el hablar antes del asunto que me trae á buscaros. Ya os he dicho que se trata de vuestra mano.

Acabaréis por impacientarme, Manuel.

Yo creo que estáis ya bastante impacientada.

Será al fin necesario oíros, para que acabéis pronto.

Os aseguro que por interesante que sea para vos, señora, la más hermosa y más dura que conozco, lo que tenéis que decirme, os interesa más lo que yo voy á deciros. Como que se trata de vuestros amores.

Púsose la joven vivamente encarnada y excesivamente seria.

Antes, si érais fría como la nieve, teníais el alma blanca y pura como cuando érais piedra. No hay, pues, por qué avergonzarnos, porque yo amo, tú amas, aquél ama y todos, en fin, amamos.

¿Pero qué estáis diciendo, Manuel?

Digo que sois la mujer más dichosa y más desdichada que conozco.

No os entiendo.

Dichosa, porque os ama un hombre que... perdonad... no os enojéis, no voy á hablaros de mi hermano Felipe, sino de mi amigo Juan Girón y Velasco, que os adora... con toda su alma, como un loco.

¡Juan Girón y Velasco, habéis dicho! exclamó doña Clara, á quien había hecho conmoverse de una manera profunda aquel segundo apellido, añadido al nombre del joven.

Ya se ve; vos creéis que vuestro amante, el hombre con quien anoche anduvisteis de aventuras por esas calles de Dios, y á quien metisteis después en vuestro aposento...

¡Tío Manolillo! exclamó con indignación doña Clara.

Sí, lo vi yo... como he visto otras muchas cosas, y porque he visto mucho, sé que el tal enamorado no es ni por pienso sobrino del cocinero mayor, sino hijo de duques.

Nada me importa.

Y os está el corazón reventando por saber...

Si no dejamos esta conversación...

Si la dejáramos, ¿cómo habíais de saber que ese mancebo, tan hermoso, tan honrado, tan franco, tan bueno, tan valiente, es hijo del duque de Osuna y de la duquesa de Gandía?

Doña Clara se puso muy pálida, pero se dominó. Manolillo la veía sufrir con cierta feroz complacencia.

Pero si yo no os pregunto nada de eso; si no quiero saber nada de esodijo doña Clara.

Sabéis que os he visto así, doña Clara, tamañita, cuando érais de la cámara de la infanta doña Catalina. Que os he seguido paso á paso, cuando os hicisteis mozuela, y después cuando fuisteis moza, hasta ahora que sois la dama de las damas. A propósito, se murmura que os nombran dama de honor.

Pero por Dios, Manuel: yo os he llamado para un asunto importante.

Lo sé todo; sé que lo más importante para vos es mi amigo Juan Girón y Velasco.

Si os envía ese caballero yo os digo esto para concluir, decidle que le he dicho ya cuanto tenía que decirle, y que más allá de lo que le he dicho no daré un paso.

Sin embargo, le diré también que vos, que sois la dama de alma más tranquila que conozco, que dormís bien, que coméis bien, estáis un tanto ojerosa y pálida, y aun me parece que no tan gorda como ayer: habéis adelgazado algo, y si seguís así tragándoos vuestro amor...

¡Qué pesadez y qué insolencia! exclamó irritada doña Clara. ¿Será cosa de que os mande echar?

Si continuáis así, señora, os vais á poner flaca y fea.

¿Os he hecho yo algún daño, Manuel? dijo la joven, á quien no se ocultaba lo que había de agresivo é intencionado en las palabras del bufón.

¡Daño! ¡á mí! yo no me enamoro, y vos no sois mala: si alguna vez me hiciérais daño me vengaría.

¿Y á qué ese empeño de hacerme oír lo que no me agrada?

Cumplo con un encargo.

¿Con un encargo de don Juan...?

Sí, ciertamente.

¿Y un encargo para mí?

Como que sois para él toda una ambición.

Yo creí más noble y más reservado á ese hombre.

¿Qué queréis, señora? es joven, recién venido á la corte: conoce que vos le amáis...

¿Qué lo conoce...?

Y como os ha hecho un gran servicio...

¿A mí?

Lo mismo da, puesto que lo ha hecho á la reina...

¿A la reina...?

Por supuesto... las cartas de don Rodrigo...

Ese hombre es un miserable, un calumniador...

Es joven, é inexperto.

Pues decidle... decídselo, que si me ha podido interesar... algo... por circunstancias especiales, ahora por circunstancias especiales le desprecio.

Pero le vais á matar...

Quien es hablador, embustero, mal nacido, no puede amar.

Pero ved que lloráis.

De rabia.

¡Ah! ¡ah! y ello al cabo, á nadie lo ha dicho más que á mí.

Que sois el escándalo del alcázar.

Estimo vuestro favor: no creía yo ciertamente que cuando venía á hablaros del único hombre que ha podido conmoveros...

No hablemos más de ese hombre.

Como gustéis, porque os veo muy irritada.

Vengamos al asunto que me ha obligado á llamaros.

Vengamos en buen hora.

¿Qué sois de esa comedianta que se llama Dorotea: padre, amigo, amante, marido?...

Esa misma pregunta me han hecho hace poco, y he contestado: soy su perro, su perro valiente, que por lo mismo que Dorotea es desgraciada, la guarda; capaz de despedazar la mano del rey si toca á esa mujer.

¡Sois, pues, su padre!

No, pero es lo mismo.

¡Esa mujer es amante del duque de Lerma!

Sí; sí, señora.

¿Y de don Rodrigo Calderón?...

Lo fué; ahora creo que lo sea de otro.

¿Y quién es esa mujer?

Una huérfana.

Esa mujer se ha atrevido á sospechar de su majestad.

Ha tenido celos, como vos podéis tenerlos.

Resulta, puesdijo doña Clara terriblemente contrariada, que os he llamado en balde.

Creo que no.

Os veo tan decidido por esa mujer...

Yo os veo más por un hombre.

Debéis tener mucha confianza en que vuestro oficio de bufón os saque á salvo de tododijo con una cólera mal reprimida doña Clara.

Me habéis tomado ojeriza sin razón.

No tengo más que una cosa que deciros: mirad cómo tomáis mi nombre en vuestros labios.

No puedo tomarlo mal; sois honrada, y muy noble, y muy dama; si estáis enamorada, enfermedad es esa con que nacemos, y enfermedad incurable, de que no debéis avergonzaros; conque ¿qué diré á don Juan Girón y Velasco?

¿Qué le habéis de decir de mi parte? Nada. Id con Dios.

Quedad con Dios, señora.

Y el bufón salió después de pronunciar con un retintín insolente sus últimas palabras.

¿Por qué me trata así ese miserable? se quedó murmurando doña Clara.

Entre tanto decía el bufón saliendo de la sala:

Dorotea ama al señor Juan Montañón; no tengo duda de ello; la conozco demasiado, le ama con la virginidad de su amor. ¡Qué dichosos son algunos hombres! Pero ella le ama, y bien; yo he hecho cuanto he podido por emponzoñar los amores de doña Clara con él; ¿sabrá doña Clara que ese don Juan ha ido casa de Dorotea, ó indican un peligro mayor las preguntas de doña Clara acerca de ella? Las cartas de la reina.. ¡oh, oh! pues que se anden despacio, porque yo no tengo más amor ni más vida que Dorotea.

La intención del tío Manolillo, sin embargo, no había producido el efecto que se había propuesto. Doña Clara era una joven de razón fría.

Lo primero que la aconteció, fué sentirse herida en el corazón.

Porque amaba á Juan.

Las circunstancias en que le había conocido y las cualidades del joven, justificaban aquel amor, naciente, es cierto, pero arraigado ya en el alma.

Todo la había agradado en el joven.

Su figura, su entusiasmo, su franqueza, su valor, su discreción, el mismo efecto violento que su hermosura había causado en él...

Doña Clara, dentro de su pensamiento había acariciado á aquel amor.

Se había encariñado con él, es decir, se había sentido halagada, enlanguidecida, llena por su influencia, y amaba á su amor.

Era uno de esos amores que pocas mujeres consiguen.

Un amor completo.

Un amor hermoso.

Una sola cosa podía haber contrariado á doña Clara, y entonces no la contrariaba aún.

La dificultad de su enlace con Juan Montiño.

Pero el amor de doña Clara era su primer amor.

Ese amor casto, tranquilo, que no lleva consigo, que no se funda en el deseo de la posesión material del ser amado.

Doña Clara no había pensado todavía que podía pertenecer á un hombre.

Su alma dormía envuelta en un velo de pureza.

Por lo mismo, no la había contrariado en gran manera la dificultad de su enlace con Juan Montiño.

Y sin embargo, á pesar de la pureza de su amor, no había dormido aquella noche, había sentido un malestar amargo, una inquietud ardorosa.

Su alma, concentrada en el recuerdo del joven, había bebido en sus ojos, en su semblante, en su expresión, en su alma, no sabemos qué lascivia interna, misteriosa, incomprensible para doña Clara, pero ardiente, profunda, llena de voluptuosidad.

Y es que no se pasa en la naturaleza bruscamente de un estado á otro, de una forma á otra; es que todas las modificaciones, todas las transformaciones necesitan nacer, desarrollarse, hacerse, en una palabra.

Doña Clara, mujer en la razón, niña en el alma, para ser una mujer completa, necesitaba pasar por una gradación necesaria, más ó menos rápida, más ó menos violenta, según fuese la fuerza de impulsión que presidiese á aquella gradación.

En una palabra, doña Clara estaba enamorada de Juan Montiño, todo lo que podía y de la manera que debía estarlo.

Porque nada sucede ni deja de suceder, que no pueda y no deba ser ó no ser.

Doña Clara había considerado á Juan Montiño á primera vista y casi por intuición tal cual debía considerarle.

Le halló profundamente simpático, y su alma se extendió hacia él.

Renunciar á su juicio, lastimarse el corazón renunciando á él, era cosa que doña Clara no podía hacer sin discutir su resolución consigo misma.

Así es que si al principio se irritó con las confidencias del bufón, que suponía á Montiño un mozalbete lenguaraz y villano, como muchos de los que abundan en la corte, después, más serena, se dijo:

Cuando una persona se refiere á otra debemos, antes de decidir, ver si hay en la persona que refiere algún interés en favor ó en contra de quien se ocupa. Ahora bien; que el tío Manolillo ama á esa comedianta es indudable. Que su amor sea capaz de todos los sacrificios, hasta el punto de amar los caprichos y las faltas de esa mujer, es posible. Ahora bien; esa miserable tenía celos de la reina... celos de Calderón... el tío Manolillo quiso matar á don Rodrigo, y para ello pidió á la reina los mil y quinientos doblones; cierto es que prometió rescatar las cartas, pero acaso si hubiera muerto ó herido á don Rodrigo, hubiera ido á llevar esas cartas á la Dorotea en vez de llevarlas á la reina. Se cruzó ese joven de una manera providencial, rescató las cartas... esto puede ser un motivo de odio que determine una calumnia del bufón. Además, lo que me ha dicho podía saberlo, y lo sabía sin duda, sin necesidad de que ese joven se lo dijese. Es necesario no obrar de ligero... ¿Pero y si ese empeño de que yo desprecie á don Juan, fuese porque le haya visto la Dorotea y le ame?

Esta era la verdad, y al suponerla doña Clara, sintió lo que nunca había sentido: la dolorosa é insoportable sensación de los celos.

Y como los celos nunca son hidalgos, ni se detienen ante nada, tomó una pluma y escribió una larga carta en que acusaba ante el inquisidor general á Dorotea y á Gabriel Cornejo.

Poco después aquella carta entraba en la celda del padre Aliaga.

CAPÍTULO XXI

EN QUE CONTINÚAN LOS TRABAJOS DEL COCINERO MAYOR

¿Me da vuecencia venia para entrar?decía una voz poco firme y contrariada á la puerta de la cámara del duque de Lerma.

Dejad ese despacho, Santosdijo el duque de Lerma á un secretario que trabajaba con ély enviad á buscar á mi sobrino el conde de Olivares.

Levantóse el secretario, arregló los papeles, los puso en una carpeta y luego aquella carpeta en un armario.

Después salió.

Entonces el ministroduque se volvió con afectación á la puerta por donde había entrado la voz que pidió permiso, y dijo con cierta hueca benevolencia:

Entrad, Montíño, entrad.

Entró el cocinero mayor del rey, se inclinó profundamente tres veces, y luego, haciendo una mueca que parecía una sonrisa, dijo:

¿Quedó vuecencia contento del banquete de ayer, señor?

Por el dinero que os dará mi mayordomo, podréis sacar la consecuencia, buen Montíño.

¡Ah señor, excelentísimo señor!dijo Montíño poniéndose en arco y haciendo otra muecano lo decía por tanto.

Sí, sí; ya sé que mil ducados más ó menos son para vos muy poco.

No tanto, no tanto como eso, señor.

Sin embargo, hacéis muy buenos negocios; debéis estar rico, Montíño; además de que la vianda de su majestad debe dejaros buenas ganancias, siempre me estáis pidiendo oficios.

Y yo os agradezco á vuecencia...

No hago más que pagaros vuestros servicios; sois inteligente y activo; y luego... vos me servís bien... es decir, servís bien á su majestad.

Volvió á inclinarse Montaña.

¿Cómo anda el cuarto del príncipe?

Don Baltasar de Zúñiga no perdona medio de captarse la voluntad de su alteza; como que dicen que hace versos con él.

Y aun poesías eróticas...

No comprendo bien, señor.

Composiciones amorosas.

No; no, señor; eso se queda para el duque de...

Montaña se detuvo afectando la confusión de quien ha pronunciado una palabra inconveniente y peligrosa.

¿El duque de qué? dijo Lerma; vamos, concluyamos: ¿queréis sin duda decir mi hijo el duque de Uceda?

Efectivamente, señor; yo creía haber sido indiscreto...

No, no, de ningún modo; cuando se trata del servicio de su majestad, yo no tengo hijo; y á propósito de hijos... recordadme más adelante que tengo que encargáros algo acerca de la condesa de Lemos.

Muy bien, señor.

Decíamos, que de las composiciones amorosas del príncipe está encargado el duque de Uceda.

Sí, señor; eso dicen los de la cámara de su alteza.

¿Y quién es la persona destinada á juzgar del mérito de esas composiciones?

Una dama muy matronaza, muy hermosaza, á quien suele ver su alteza en la comedia y en el Buen Retiro; que recoge á su alteza entero en la mirada de sus grandes ojazos negros.

¿Y quién es esa mujer?

No se sabe. Ha aparecido de repente en la corte; vive en la calle de Amanuel con una dueña y un escudero, y la visita mucho el duque de Uceda.

¿Y no la visita nadie más?

Dicen que tarde, de noche, suele entrar en la casa un hombre.

¿Y quién es ese hombre? Me hacéis preguntar demasiado, Montíño; si no bastan los maravedises que os doy para que estéis bien servido, pedidme más. No importa lo que se gaste; necesito, para servir bien á su majestad, saber todo lo que sucede en palacio, y lo que sucediendo fuera de palacio pueda también convenir.

Ese hombre es el sargento mayor don Juan de Guzmán.

¡Don Juan de Guzmán! Don Rodrigo Calderón me habló por él; me ponderó lo útiles que podían ser servicios, y en dos años le hemos hecho capitán, y después sargento mayor. Don Rodrigo me le ha mostrado varias veces, y... veamos si le reconozco: es un hombre soldadote, buen mozo, ya maduro...

Sí; sí, señor; es un hombre de cuarenta y cuatro á cuarenta y seis años, aunque demuestra diez menos; ya en otra ocasión me mandó vucencia que me informara, y yo acudí á mi compadre Diego de Auñón, que es un escribano real, que corta un cabello en el aire. A las veinticuatro horas me dijo:

El tal por quien me preguntáis, ha vivido honradamente matando á obscuras por poco precio. Hanle puesto á la sombra más de tres veces; pero se da ó se daba tal maña para su oficio, que nada se le ha podido probar, y por no mantenerle y por hacer falta muchas veces desocupar la cárcel un tanto para que cupiesen otros presos, se le ha soltado. Ahora vive honradamente de su sueldo, y nada hay que decir de él.

¡De modo que si esa dama con quien entretienen al príncipe don Felipe tiene tales conocimientos secretos, debe ser una bribona!

No sé, no sé, excelentísimo señor; porque también hay damas y muy damas que se pierden por estos tunos.

Tomaddijo el duque abriendo un cajón y sacando de él un estuche.

¿Y qué es esto, señor?

Una gargantilla.

¡Ah! ¿Debo visitar á esa dama?

Sí.

¿Y qué la he de decir?

Que un personaje, un altísimo personaje, la conoce y la ama.

Puede creer que ese personaje es su majestad.

No importa: si ella lo supusiese...

Niego...

No, no negáis... Será bien que vayáis vos en persona: en vez de negar, afectaréis como que la hacéis una gran confianza, y la diréis: su majestad es muy grave, muy cuidadoso de su decoro; su majestad no quiere que nadie, ni vos misma, sepáis que os ama... que os visita... Su majestad vendrá á veros, y le recibiréis sin luz: debéis ser muy prudente, y en las visitas que su majestad os haga, no indicar ni por asomo que le conocéis.

¿Pero y si esa dama se negase á recibirme?

¿No decís que tiene dueña?

Sí, señor.

Pues bien; tomad para la dueña.

El duque abrió otro cajón, sacó de él algunas monedas de oro, y las puso formando una columna bastante respetable en el borde de la mesa del lado de Montiño.

El cocinero miró con codicia el oro; pero no le tocó.

Guardad esole dijo el duque, y además... me olvidaba... tomad.

Y el duque sacó una cajita de terciopelo, la abrió, y dejó ver dentro una cruz de Santiago, esmaltada en una placa de oro.

¡Ah, señor! exclamó trémulo de alegría el cocinero; ¿me da vuecencia el hábito de Santiago?

¿Y para qué le queréis vos? ¿para que no os atreváis á entrar en la cocina, por temor de que se os manche la cruz?

Cayó dolorosamente despeñado de lo alto de su vanidad Montaña.

¿Pues para quién, señor, es ese hábito? dijo con un sarcasmo mal encubierto; ¿acaso para la aventurera con quien entretiene al príncipe el duque de Uceda?

Para esa el collar de perlas, y más que fuere menester; esta cruz es para otra persona. ¿No conocéis á alguien que se haya hecho recientemente merecedor del hábito?

Confieso á vuecencia que no.

Si el servicio que pienso recompensar pudiera hacerse público, no le pagaría tan barato; sería cosa de titular á quien le ha hecho: ha salvado á su majestad.

Pues qué, ¿su majestad ha estado en peligro?

Su majestad la reina ha estado á punto de ser deshonorada contestó el duque.

Montaña supo contenerse en el momento en que vió claro que se trataba de su sobrino postizo.

Pues confieso á vuecencia, que no sabía yo que su majestad la reina...

Vamos, señor Francisco. ¿A dónde llevásteis anoche á un vuestro sobrino?

¿Yo?... á ninguna part dijo Montaña temiendo que lo de la cruz fuera un lazo.

Será necesario probaros que obro de buena fe dijo el duque y por lo tanto insisto; tomad esta cruz, llevádsela á vuestro sobrino Juan Montaña, y decidle que venga mañana á recibir la real cédula de mi mano.

Muchas mercedes, señor dijo Montaña tomando la cruz.

Pero esto no basta; vuestro sobrino será pobre.

Lo es en efecto, señor.

¿Y qué puede hacersele?

Es valiente...

¿No más que valiente?...

Es licenciado.

¿En qué?

En teología y en derecho.

¿Está ordenado?

No, señor.

No conviene que sea clérigo; un mozo que da tan buenas estocadas, no debe llevar un roquete; le está mejor un oficio de alcalde; los alcaldes bravos, que tienen letras y puños, valen más que los que sólo tienen letras; le haremos alcalde de casa y corte.

Montiño estaba espantado con lo que veía, y sobre todo de la buena suerte de su sobrino.

Conquedijo Lerma, ¿sabéis todo lo que debéis hacer?

Sí, señor. Seguir averiguando cuanto pudiere.

Eso es.

Procurar introducirme en la casa de esa dama.

Eso es.

Dar á mi sobrino esta cruz, y mandarle que venga á dar á vuecencia las gracias.

Eso es.

Además, vucencia me dijo le recordase que tenía que decirme algo acerca de la señora condesa de Lemos.

En efecto, me importa saber uno por uno los pasos que da doña Catalina.

Puedo deciros, señor, que cuando yo venía para acá, entraba vuestra hija en las Descalzas Reales.

Nada tiene eso de extraño.

Y ya que vucencia quiere que se le diga todo, bueno será también que vucencia sepa, que poco después entraba en el convento don Francisco de Quevedo.

¡Ah! ¡ah! ¿y en el convento, no en la iglesia?

La señora condesa entró por la puerta de los locutorios, y por aquella misma puerta poco después don Francisco.

El duque de Lerma escribió rápidamente una carta, la cerró, y escribió sobre la nema.

«A la madre Misericordia, abadesa de las Descalzas reales. Del duque de Lerma. En propia mano.»

Id, id, Montañodijo el duque; id, llevad esa carta al momento á su destino, y traedme la contestación.

Montiño salió casi sin despedirse del duque por obedecerle mejor, y su excelencia se quedó murmurando:

¿Qué habrán ido á hacer mi hija y Quevedo á las Descalzas reales?

CAPÍTULO XXII

DE CÓMO EN TIEMPO DE FELIPE III SE CONSPIRABA HASTA EN LOS CONVENTOS DE MONJAS

La madre Misericordia, á pesar de ser abadesa de las Descalzas Reales, no era una vieja.

Esto no tenía nada de extraño, porque á falta de edad tenía caudal.

Gastaba generosamente gran parte de él en regalos á las monjas.

Y hemos dicho mal al decir que generosamente, porque aquellos regalos habían tenido su objeto antes de ser abadesa la madre Misericordia.

Serlo.

Después de ser abadesa, los regalos servían para que todas las monjas la llevasen á su celda y misteriosamente los chismes del convento.

En el convento de las Descalzas Reales se conspiraba.

Estas conspiraciones eran hijas de la rivalidad de las monjas.

La comunidad, como toda sociedad, estaba dividida en bandos.

Cada uno de estos bandos quería influir en el ánimo de la abadesa, en aquella especie de presidenta de república.

Porque un convento de monjas es una república en que todos los cargos se obtienen por elección.

Y una república más difícil de gobernar que lo que á primera vista parece.

A más de la lucha de influencia, había otras luchas secundarias que acababan de envenenar á la comunidad.

Llegaba un día clásico.

Era necesario un sermón.

Seis meses antes empezaba una lucha sorda en el convento.

Cada madre quería que su confesor fuese el encargado de la oración sagrada.

Y como había muchas madres y muchos confesores, de aquí la lucha.

Cada confesor influía sobre su monja.

Y decimos sobre su monja, porque cada confesor no tenía ni podía tener más que una hija de confesión en el convento, y aun en los conventos de la población en que se encontraba.

¿Saben nuestros lectores lo que hubiera sucedido si un fraile ó un clérigo se hubiese atrevido á tener á su cargo más de una conciencia en la comunidad?

Esto hubiera sido una especie de adulterio sui generis.

No ha existido, ni existe, ni existirá, monja que pueda tolerar tal cosa.

Lo más, lo más que sucede es lo siguiente:

Se pone malo un confesor, y en un día de confesión se encuentra huérfana una monja.

Entonces otra, por gran favor, por una gracia especial, especialísima, cede su confesor á la monja huérfana.

Y la rivalidad llega hasta á los regalos que las buenas madres hacen á sus confesores.

Que sor Fulana envió el día de su santo una bizcochada magnífica á su director espiritual.

Que sor Fulana pretende sobreponerse, y envía al jefe de su conciencia otra bizcochada mejor.

Las dos madres se pican: la una, porque la otra ha hecho más: la otra, porque la primera ha murmurado de ella.

Entonces tercian chismes más peligrosos.

Si sor Fulana estuvo asomada á la celosía y dejó caer un billete, y si recogió el billete un estudiante.

Si sor Fulana soltó por su celosía un rosario bendito, que fué á caer en la halda de la capa de un soldado.

Porque en aquellos tiempos había enamorados y galanes de monjas.

Quevedo lo dice, y hace su aserción verdadera el que la Inquisición revisó los libros de Quevedo, como los revisaba todos, y no se opuso á lo que decía respecto á los enamorados de las monjas, ni lo tachó ni lo encontró inmoral.

Esto estaba en las costumbres de entonces; lo sabía todo el mundo, y no había por qué prohibir un libro que no decía más que lo que todo el mundo sabía.

Además, que estos eran unos amores simples.

Hoy es otra cosa.

De modo que la que en aquellos tiempos se metía en un convento para huir del mundo y de las tentaciones del demonio, se metía en otro mundo más agitado, en donde encontraba otras peores tentaciones.

Y no era solo esto lo que constituía el carácter, el modo de ver y de obrar de los conventos de monjas del siglo XVII.

El clero los utilizaba para otros negocios.

Las monjas venían á ser los intermediarios de otras conspiraciones de carácter más trascendental, puesto que tenían relación con el Estado.

¿Quién había de creer que en una carta dirigida á la abadesa de un convento, iba otra que debía entregarse por la abadesa á tal ó cual alta persona?

¿Quién podía sospechar que en aquellas cartas se agitasen las parcialidades de la corte?

En aquellos tiempos y aun en otros, los conventos de monjas venían á ser para los conspiradores lo que un arroyo ó un río para el que quiere hacer perder las huellas de su paso á quien le sigue.

De modo que una abadesa de monjas en el siglo XVII, solía ser un personaje importantísimo.

Eralo la madre Misericordia, abadesa de las Descalzas Reales de la villa y corte de Madrid.

Primero, porque su convento era el más aristocrático.

Había sido fundado en 1550 por la señora infanta de Portugal, doña Juana.

Le protegían directamente sus majestades.

Le visitaban mucho é iban con suma frecuencia á comer en él conservas.

Las monjas eran todas señoras pertenecientes á la alta nobleza.

Por lo importante de su categoría, que hacía importante su influencia, llovían sobre el convento magníficos donativos.

En el siglo XVII hubo un verdadero furor por las fundaciones religiosas y piadosas.

Solamente en Madrid, durante aquel siglo, se fundaron diez y seis conventos de frailes, diez y siete de monjas, nueve iglesias, seis hospitales y seis colegios; es decir, que se fundaron cincuenta y cuatro establecimientos piadosos, de los cuales sólo eran de beneficencia doce.

Esto sin contar un número igual de fundaciones anteriores.

De modo que en Madrid no podía darse un paso sin tropezar con una iglesia ó un oratorio.

Un número inmenso de los habitantes de la población pertenecía á la clase monástica.

Solamente el duque de Lerma fundó dos conventos de frailes y uno de monjas.

Esta manía de las fundaciones religiosas, á más de la piedad, tenía un objeto más egoísta: el de hacerse una ostentosa sepultura para sí y para su familia en una fundación.

Todo el que era bastante rico para ello fundaba un convento; el que no podía tanto, una iglesia; el que podía menos, una ermita; por último, el que no podía fundar nada, hacía donaciones á los conventos y á las iglesias, á fin de asegurar á su alma sufragios perpetuos.

De ahí la gran masa de bienes muertos en poder de las comunidades.

De ahí esa costra de frailes y de monjas que se extendió sobre España, cuya influencia fué incontrastable, que hizo decir á los extranjeros que España era un monasterio, y que no hemos podido quitarnos aún completamente de encima.

En la Edad Media España era un castillo.

Cuando los nobles no pudieron construir fortalezas, construyeron conventos.

No pudiendo tener bandera ni hombres de armas, tuvieron frailes y monjas con su guión y su cruz.

Con los hombres de armas se rebelaban contra el rey, y oprimían al pueblo en la Edad Media.

En el siglo XVII sofocaban al trono rodeándole de frailes, y con esos mismos frailes embrutecían al pueblo.

Duraba el privilegio, crecía, se desbordaba.

La clase monástica, pues, pesaba en la balanza de los negocios públicos de una manera incontrastable.

Tenía también una espada, una terrible espada cuyo poder aterraba.

Esta espada era el Santo Oficio de la general Inquisición.

El Santo Oficio tuvo poder bastante para traer á España los vergonzosos tiempos de Carlos II.

En una época tal, el convento de las Descalzas Reales tenía una gran influencia.

La abadesa era un gran personaje.

Era sobrina, aunque lejana, del duque de Lerma, noble y rica.

Había aportado un rico patrimonio procedente del dote y de las ganancias de su madre, y del tercio y quinto de su padre al convento.

En el mundo se había llamado doña Angela de Rojas.

Era rica.

Pudo haberse casado, porque todas las mujeres ricas se casan.

Pero se había enamorado de un hombre que estaba enamorado de otra tan rica como ella y además hermosa y señora de título, con la que se casó al cabo.

Doña Angela, no encontrando otro medio mejor para desahogar su cólera, se metió en las Descalzas Reales.

Duróle la rabia un año, y tuvo tiempo de profesar.

No sabemos si después de haber profesado se la pasó el despecho, y se arrepintió de haberse apartado de un mundo, para encerrarse en otro.

Ella no lo dijo á nadie.

Al profesar, por una antítesis violenta con su carácter, tomó el nombre de María de la Misericordia.

Desde que fué monja, empezó á conspirar por su cuenta y á sostener sus conspiraciones con su dinero.

A los seis años de su profesión, sor Misericordia se llamaba la madre abadesa.

Su competidora vencida enfermó de rabia, y murió desesperada bajo la presión de su vencedora.

Hay entre las armas antiguas una que se llama puñal de misericordia.

Con este puñal remataban los vencedores á los vencidos.

A esta madre, en fin, fué á visitar la joven y hermosa doña Catalina de Sandoval, condesa de Lemos.

A más de ser abadesa de las Descalzas Reales, en cuya comunidad tenía la condesa mucha familia, era parienta suya.

Cuando la condesa llegó al locutorio, la dijo la tornera:

Será necesario que vucencia espere; la madre abadesa está confesando en estos momentos.

La condesa se mordió los labios, porque aquella detención la contrariaba.

¿Quién es el confesor de mi prima, madre Ignacia?dijo á la tornera.

¡Oh! es un justo varón, un padre grave y docto de la orden del seráfico San Francisco: fray José de la Visitación.

¡Ah! ¡Fray José de la Visitación! le conozco mucho y ha sido mi confesor algún tiempo; tomé otro porque nunca acababa de confesarme; era eternizarse aquello.

Es confesor muy celoso.

Demasiado; ¿y hace mucho tiempo que mi prima está confesando?

Ya hace más de una hora.

¡Ah! pues tenemos para otra hora larga.

Tal vezdijo la tornera.

Decidme, madre Ignaciapreguntó la condesa, ¿está vacía la celda aquella tan hermosa que está sobre el huerto?

Sí, sí, señora condesa; está vacía porque las tapias son bajas, y una educanda que vivió en ella se escapó descolgándose por el balcón y saltando las tapias. Esto fué un escándalo que nadie sabe, que hemos guardado todas... pero yo lo digo á vucencia en confianza.

Gracias, amiga mía. ¿Conque las tapias son bajas y el balcón bajo?

Sí, señora; era necesario tener una gran confianza en la persona que viviese en aquella celda.

Y... ¿no hay otra desocupada?

No; no, señora: apenas tenemos convento: será necesario ensancharlo: no cabemos.

¡Bendito sea Dios!

¿Piensa vucencia traernos alguna novicia ó alguna educanda?

No, no por cierto.

La condesa, que estaba profundamente preocupada, calló.

La tornera calló también por respeto.

Madre Ignaciadijo doña Catalina, no me hagáis visita; de seguro estáis haciendo falta fuera.

En verdad, señora, que ese torno no para en todo el día; pero no importa: allí he dejado á sor Asunción.

Id, id, y por mí no faltéis á vuestra obligación, ni molestéis á nadie. Tengo además mucho en qué pensar, y no me pesaría estar sola.

La tornera se inclinó profundamente y salió.

Doña Catalina quedó sola.

Su bello semblante moreno estaba pálido; por bajo de sus ojos se veía una señal levemente morada como de quien no ha dormido; su mirada estaba fija, impregnada de no sabemos qué expresión vaga, incomprensible.

Había en su semblante un tinte de tristeza, una expresión de malestar interior.

Golpeaba impaciente con su lindo pie el pavimento.

Parecía, en fin, contrariada, por la tardanza de su prima la noble abadesa.

De repente la distrajo el rechinar de la puerta del locutorio.

Se volvió y vió á Quevedo.

Doña Catalina se puso de pie.

¿Conque hasta aquí?dijo.

Hasta donde vos vayáis, mi cielo. No quiero quedarme á obscuras, y como sois mi sol, os sigo.

¡Ah, don Francisco... don Francisco!..., ¿no me prometisteis anoche que me dejaríais venir á encastillarme contra vos?

Sí, es cierto; pero no lo prometí yo.

¿Pues quién fué?

Mi amor impaciente.

¿Pero en tan poco me estimáis, que viendo que huyo de vos queréis aún comprometerme?

Recuerdo que en la galería obscura me ofrecísteis vuestra casa.

Tenía á obscuras la razón; no sabía lo que me acontecía.

¿Pero no me amáis?

¡Ay!... isí!...exclamó doña Catalina tendiendo lánguidamente su mano y de una manera instintiva á Quevedo.

¡Ah!exclamó Quevedo, apoderándose de aquella mano; ¡y cómo me da la vida vuestro amor!

Soltad, que estas monjas son muy curiosas, y siempre están en acecho.

Decís bien; siempre andan alrededor de los del mundo, que se les acercan como el gato alrededor de las sardinas.

Por lo mismo, mirando el lugar en que nos encontramos, y sobre todo mi decoro, sed respetuoso conmigo.

¿Y cuando, señora, no os he respetado?

Dadme una prueba saliendo de aquí.

Prometedme que vos no pasaréis más adelante.

Aseguradme que seréis dócil á lo que yo quiera.

Os lo juro, siempre que no me pidáis lo que no puedo concederos.

Pues bien, no entraré.

¿Y podré yo entrar hasta vos?

¡Qué adelantáis, don Francisco, con sacrificar una mujer más!

Seríais vos la primera.

Ved por qué no puedo fiarme de vos; negáis lo que todo el mundo sabe: vuestros ruidosos galanteos.

Helos tenido con muchas hembras, pero tratándose de mujeres vos sois mi primera mujer.

Tal vez os engañáis... tal vez yo no sea más que... como vos decís, una hembra, y harto débil y desdichada.

Pues yo os creo demasiado fuerte, y en cuanto á lo desdichada, estando ausente de vos mi señor el duque de Lemos, no os podéis quejar.

Quéjome de que siempre no haya estado lejos.

¡Oh! ¡si no hubiérais sido hija de Lerma!

Ni aun delante de mí, perdonáis á mi padre.

Eso os probará que para vos, mi lengua es lengua de Dios.

No os entiendo.

Quiero decir, que para con vos mi lengua es lengua de verdad: para mejor probároslo, no sólo aborrezco, sino que desprecio á vuestro padre.

¡Ah! ¡qué desgraciada soy!

Sóislo en efecto; pero vuestra desgracia no os trae vergüenza: no se eligen padres.

Si yo fuese una cualquiera no me hubiérais amado.

Soy hombre que visto negro y liso.

¡Cómo!

Quiero decir, que no me paro en bordaduras, ni en apariencias, ni en riqueza; siendo vos lo que sois, además de ser hija de un duque y mujer de un conde, para que yo no os hubiese amado, era necesario que no os hubiera conocido.

De modo que si yo hubiese sido la hija de un mendigo...

Hubiera quitado las conchas y hubiera tomado las perlas.

Desconfío todavía de vos.

¿Todavía?...

Sois un abismo. Acaso no me enamoráis sino porque soy hija del favorito del rey.

Mal haya la fama, que más que bienes da males.

Sois gran conspirador.

¿Conspirador habéis dicho? pues conspiremos.

¿Y contra quién?

Contra la abadesa vuestra prima.

Conspirar, ¿y para qué?

Para salir del atolladero.

¿De qué atolladero?

De haberos metido vos aquí, y de haberme metido yo tras vos.

Con que vos os vayáis hemos salido del paso.

Os engañáis, porque ya me han visto.

¿Y por qué habéis dado lugar á que os vean?

Se me os escapábais.

No creo que puedan suponer...

Las monjas no suponen nada bueno...

Pero mi prima sabe...

Que sois hermosa; lo que basta para que os mire mal.

Es virtuosa...

Con la virtud de las feas.

¡Pero Dios mío, vos no perdonáis á nadie!

A nadie sentencio que él mismo no se haya ya sentenciado.

Y ya que decís que estamos en un atolladero, ¿cómo os parece que podamos salir de él?

Conspirando.

¿Pero contra quién?

¿Contra quién?... contra cualquiera... la abadesa, á trueque de conspirar, creará todo lo que queramos que crea. ¿Quién es el confesor de nuestra noble prima?...

¿De nuestra prima?...

He dicho de nuestra prima, porque hasta cierto punto vuestros parientes son mis parientes.

¿Os habéis propuesto mortificarme?

No quisiera. Pero volvamos á nuestra conspiración. ¿Quién es el confesor de nuestra prima?

Esperad; no sé por qué se me ocurrió preguntar eso mismo á la tornera, y me dijo que un fraile grave de San Francisco... fray José de la Visitación.

¿Aquel que se atrevió á decirnos un día que el infierno era negro como vuestros ojos, y que vuestros ojos quemaban sin llama como el infierno? Pues si es ese santo varón, ya sé contra quién tenemos que conspirar.

¿Contra quién?

Contra el conde de Olivares.

¡Ah! el pobre conde nos va á servir de mucho.

Pienso valerme de él para otras muchas cosas.

¡Ah! ya no tenemos tiempo de prevenirnos. Me parece que oigo la voz de mi prima.

¡Oh! pues dejadme hacer, fingíos muy turbada.

Quevedo no pudo decir más.

Acababa de entrar en el locutorio una monja como de veintiseis á veintiocho años muy morena, con un moreno impuro; casi sin cejas, con los ojos pequeños, redondos y grises, desmesuradamente larga la boca, los pómulos salientes y todas estas partes componiendo un semblante cuadrado, un conjunto desapacible, hostil, antipático; añádase á esto el hábito, la toca cerrada, el velo y la expresión monjuna, bajo la cual se encubría mal la soberbia, y se comprenderá que la madre Misericordia tenía un nombre enteramente contrario á su aspecto, eminentemente antitético con ella misma.

Sin embargo, se comprendía lo elevado de su cuna en la distinción de sus maneras.

Adelantó gravemente hasta el centro de la parte del locutorio, situado del lado allá de la doble reja, y comprendió en una reverencia su saludo para doña Catalina y Quevedo.

Ya nos une esa víboradijo para sí don Francisco, yo haré que nos desuna.

Y contestando con otra no menor reverencia á la abadesa, mientras la de Lemos callaba verdaderamente turbada por la situación, dijo:

¡Mi señora doña Angela!...

Hace mucho tiempo que sólo me llamo sor Misericordia, caballero, dijo la religiosa con acento severo y agresivo.

Perdonad, pero yo busco en vos la dama, cuando voy á hablaros del mundo, cuando voy á sacar vuestro pensamiento del claustro.

En primer lugar, caballero, yo no os conozco; en segundo lugar, no comprendo cómo acompañáis á mi parienta doña Catalina.

Sentémonosdijo Quevedo con gran calma.

Doña Catalina se sentó más turbada que nunca, y la abadesa extraordinariamente admirada, dominada por la sangre fría y la audacia de Quevedo.

Vos no me conocéisdijo, no lo extraño; vos habéis vivido siempre muy retirada del mundo, mientras que yo he vivido siempre muy metido en él, aun cuando he estado preso.

Al oír la palabra preso, la abadesa dejó ver una altiva expresión de disgusto y de contrariedad.

Y digo presocontinuó Quevedo como contestando á aquella expresión, porque los que en España nos encontramos entre cierta gente, cuando no somos prendedores somos prendidos. En fin, señora, yo me llamo, después de criado vuestro, don Francisco de Quevedo y Villegas, señor de no sé qué torre, y autor de no sé qué libros.

¡Ah!exclamó cambiando enteramente de expresión la abadesa: ¿y para qué me buscáis, caballero?

Primero he buscado á vuestra noble prima.

¿Y para qué?

Para asuntos que me tocan al alma... porque á mí me toca al alma todo lo que directa ó indirectamente atañe al servicio de su majestad.

¡Ah!

Pues he buscado á doña Catalina, cuya bondad conozco, á fin de que me sirviese para con vos de recomendación y ayuda.

Bastaba vuestro nombre.

No había necesidad de que nadie supiese que yo os buscaba; conócese mi nombre más que mi persona... y cuando se trata de conspiraciones...

¡De conspiraciones!

¡Se conspira!

¿Pero contra quién, caballero?

¿Contra quién se ha de conspirar, sino contra quien manda? Por todas partes hay conspiradores: salen de debajo de las piedras, duermen con uno debajo de la almohada. Es imposible gobernar.

¡Contra quien manda! Pero quien manda es el rey, y no sé que haya nadie que conspire en España contra su majestad.

Sí; sí, señora; conspiran contra su majestad, los que conspiran contra el duque de Lerma.

Dicen que el duque de Lerma, de quien tan justa y honrosamente habláis, os ha tenido preso.

Me tuvo, y cabalmente porque no me tiene, me intereso por su excelencia. Me ha vencido su generosidad... y no sé... no sé cómo agradecerse. Eso mismo lo he dicho á su hija, á la señora condesa de Lemos.

Es verdaddijo doña Catalina ya más repuesta.

Y se lo he dicho en la misma antecámara de su majestad la reina, donde estaba de servicio, donde nadie nos oía, donde no nos veía nadie, donde doña Catalina ha podido juzgar, por pruebas indudables, de la sinceridad de mis palabras. ¿No es verdad, señora?

Sí, sí, don Francisco, es verdaddijo la de Lemos, poniéndose ligeramente encarnada.

¿No es verdad, señora, que á pesar de las malas ideas que teníais respecto de mi, me habéis creído enteramente, habéis confiado, y que después, en razón de vuestra confianza, habéis variado vuestro propósito hacia mí y habéis consentido en que hablemos juntos á vuestra noble prima?

No, no lo puedo negar; todo esto es cierto, certísimo.

Ya veis, señora, que cuando doña Catalina, hija de quien es, confía en mí, vos también debéis confiar.

¿Pero por qué no habéis ido directamente á mi tío, caballero? dijo la abadesa.

El duque de Lerma acaba de darme la libertad; podía creer que yo... yo no puedo, no debo cambiar así, delante de las gentes, delante del mismo duque. Anoche doña Catalina me dió una carta de la duquesa de Gandía para su padre, y su excelencia quiso atraerme á su partido creyéndome su enemigo.

Se os presentó, pues, una buena ocasión de ceder.

Si hubiera cedido, el duque hubiera desconfiado de mí.

Vuestros hechos le hubieran convencido.

Pues ved ahí, señora: de tal modo hablé con el duque, que hoy me cree más enemigo suyo que ayer.

¿Y para qué eso?

Créame el duque su enemigo en buen hora. Yo nunca he cedido... me equivoco porque soy hombre, pero jamás lo confieso... al menos á la persona respecto á la cual he caído en error. Pero tratándose de vos, señora, de la señora condesa de Lemos, seguro como estoy de vuestra discreción, es distinto; á vosotras vengo para ayudar á ese grande hombre en cuyas manos está la gobernación del reino. Vosotras seréis el medio por donde llegarán á él los beneficios de mi leal y oculta amistad.

¡Ah! caballero... cuánto os agradezco... ¿y sabéis? ¿habéis descubierto...?

Una conspiración horrible.

¿Pero cómo...?

Anoche un amigo mío, un noble joven que acababa de llegar á la corte, tuvo un desagradable encuentro á causa de una dama, con don Rodrigo Calderón.

Don Rodrigo, según me ha dicho mi confesor, está herido, y esto es una desgracia.

No, no señora, esto es una fortuna; don Rodrigo es un traidor.

Don Rodrigo es un miserabledijo doña Catalina, que se acordaba de la insolente carta que don Rodrigo la había enviado el día anterior y de la que hablamos al principio de este libro.

Mi tío confiaba ciegamente en él.

El duque de Lerma es muy confiado.

Es, sin embargo, muy prudente.

Pero don Rodrigo más falso.

¿Qué decís?

Don Rodrigo quería alzarse con el santo y la limosna.

¿Pero de quién se ayudaba ese hombre?

¿De quién? del conde de Olivares.

¡Ah! verdaderamente que don Gaspar de Guzmán no tiene perdón de Dios; todo lo debe á mi tío, y, sin embargo, pretende apoderarse del ánimo del rey.

Es peor que eso: pretende apoderarse del ánimo del príncipe.

¿Qué queréis decir con eso?

Nadie pretende la privanza de un príncipe, sino cuando cree que está próximo á ser rey.

Palideció la abadesa.

¿Y serían capaces...?dijo.

Yo no he dicho tanto.

Pero tendréis algunas pruebas...

No las tengo, pero las he visto.

Seguid, don Francisco; pero explicadme.

Ya os he dicho que mi amigo es enemigo, á causa de una dama, de don Rodrigo Calderón. Pues bien, anoche mi amigo tuvo ocasión de dar de estocadas á don Rodrigo... luego, deseando saber mi amigo si el herido tenía sobre sí alguna prueba de amores, le encontró...

¿Y qué encontró?

Unas cartas... la prueba de la conspiración más páfida...

¿Cartas de quién?

De varias personas...

¿Había alguna del conde de Olivares?

Sí... ciertamente contestó Quevedo á bulto.

¿Pero qué se han hecho esas cartas?

Llevólas á palacio mi amigo.

A palacio... ¿y para qué?

¿Para qué? para entregarlas al rey.

No habrá podido... esas cartas estarán en poder de vuestro amigo: es necesario rescatarlas...

Las tiene...

¿Quién?

La reina.

¡La reina!

Que durmió anoche con el rey.

¿Qué decís, caballero?

El duque lo sabe... el duque, que estuvo anoche en palacio gran parte de la noche.

¿Pero cómo pudo vuestro amigo entregar... anoche esas cartas á la reina?

Es sobrino del cocinero del rey, y tiene amores en la servidumbre de la reina.

Me habéis maravillado, don Francisco... yo creía que lo sabíamos todo...

Pues ya habréis visto que hay muchas cosas que ignoráis.

Madre abadesadijo en aquellos momentos á la puerta del locutorio una monja, aquí han traído una carta para vos.

Dadme, dadme.

La monja adelantó y dió una carta á la madre Misericordia.

Luego salió.

Permitidme, prima mía; permitidme, caballero dijo la abadesa.

Doña Catalina y Quevedo se inclinaron.

La abadesa abrió con precipitación la carta.

¿De quién será? dijo para sí Quevedo.

La abadesa leyó la carta, la dobló, la guardó y, dirigiéndose á Quevedo, le dijo con acento reservado y glacial:

Os agradezco las revelaciones que me habéis hecho, don Francisco, y estoy segura de que mi tío el duque de Lerma os las agradecerá.

¡Oh! Pero os habéis olvidado, señoradijo con suma precipitación Quevedo. Yo deseo, quiero, os suplico, que el duque de Lerma no sepa, no pueda sospechar siquiera la situación en que me encuentro respecto á él.

¡Ah! ¡Sí, es verdad, caballero! Y puesto que así lo deseáis, respetaré vuestro deseo.

Me haréis en ello gran merced; y como supongo que necesitaréis de vuestro tiempo, me pongo á vuestros pies y os pido licencia para retirarme.

Supongo que nos volveremos á ver.

Nos volveremos á ver... ¡de seguro!

Pues adiós, don Francisco.

Que os guarde Dios, señora.

Y tomando una mano á la de Lemos y besándola cortésmente, y lanzándola rápidamente una mirada en que había todo un discurso, salió.

¿Qué significa este conocimiento que tenéis con don Francisco de Quevedo, prima? dijo severamente la abadesa.

Le conozco desde que era muy joven contestó con desdén doña Catalina.

Pero no creo que le conozcáis lo bastante para acompañaros con él.

Si don Francisco y yo tuviéramos un interés cualquiera en vernos, en andar juntos, no elegiríamos por cierto el locutorio de las Descalzas Reales para lugar de nuestras citas, ni á vos por testigo.

En lo cual haríais muy bien.

Y mucho más por la parte que me concierne, porque me excusaría de que pensárais mal de mí.

Yo no pienso mal de vos; pero quisiera saber para qué habéis venido al convento.

Únicamente para presentaros á ese caballero; pero la culpa la tengo yo, que me intereso por mi padre y por mis parientes, que tan poco se interesan por mí.

Si yo no me interesase por vos, no me importaría que diéseis pasos peligrosos.

¡Pasos peligrosos!...

¡Quien os haya visto acompañada por Quevedo... por ese hombre de tan mala fama!

Pero es que nadie me ha visto ni ha podido verme.

Tanto os han visto, que ya lo sabe vuestro padre.

¿Y qué es lo que sabe?

Leed, prima.

Y la abadesa puso en el torno que tienen todos los locutorios la carta que acababa de recibir, y dió la vuelta al torno.

La de Lemos tomó la carta y leyó.

Era de su padre.

En ella decía á la abadesa que habían visto meterse en el convento y en uno de los locutorios á su hija, y tras ella á Quevedo. Que procurase comprender lo que pudiese haber en aquello, y que le avisase.

Es necesario confesardijo la de Lemos, poniendo otra vez la carta en el torno y dándole vueltaque á veces mi padre está bien servido.

¿Seréis franca conmigo, prima?dijo la abadesa después de haber tomado la carta y de haberla guardado.

¿Y por qué no he de serlo? ¿Creéis acaso que yo tenga algún secreto?

¡Creo que amáis á don Francisco!

¡Y qué!dijo fríamente la de Lemos, que era violenta.

¡Lo confesáis!

Ahorro una disputa vergonzosa.

¿De modo que el amor...?

¿Y qué entendéis vos de amor?dijo con desprecio la de Lemos.

La abadesa se mordió los labios.

Yo creía que os justificaríais.

Yo no me justificaré jamás de acusaciones tan absurdasdijo levantándose con indignación la de Lemos y volviendo la espalda á la abadesa.

Pero escuchad, mi querida Catalinadijo la abadesa.

¡Adiós!exclamó la de Lemos, y salió dando un portazo.

Creo que he obrado de ligero, y que mi tío recela más de lo justo...murmuró la abadesa. Y dice bien ella... si se amaran, ¿á qué habían de haber venido aquí? Lo más que puede suceder es que Quevedo ame á mi prima y quiera obligarla mostrándose amigo de mi tío; pero el padre José me ha revelado cosas que están muy en relación con lo que me ha revelado Quevedo. Un sargento mayor, que es mucha cosa de don Rodrigo, tiene amores con la mujer del cocinero mayor de su majestad; el cocinero mayor de su majestad tiene un sobrino, que por una mujer da de estocadas á don Rodrigo Calderón, busca en él algunas pruebas, y encuentra cartas de Olivares á Calderón... cartas en que se hace traición á mi tío... Hay aquí algo que se toca... Alonso del Camino, montero de Espinosa del rey, estuvo anoche secretamente en el convento de Atocha, según me ha dicho el padre José, y el confesor del rey, á pesar de que es enemigo declarado de mi tío, ha sido nombrado inquisidor general. En la revelación de Quevedo hay algo de cierto. ¡Las cosas han variado... pues bien... nuestra obligación es ayudar á Lerma... si Quevedo le sirviese de buena fe!... ¡oh! ¡don Francisco vale mucho! ¡pues bien! avisemos á mi tío, y él en su prudencia, en su sabiduría, sabrá lo que debe hacer.

La abadesa salió del locutorio.

¿Quién ha traído esta carta?dijo á la tornera.

El señor Francisco Martínez Montíño.

¡Ah! ¡el cocinero del rey! ¿y espera?

Sí, señora, espera la contestación.

Hacedle entrar, madre Ignacia.

Y la abadesa se volvió al locutorio, se sentó junto á una mesa que había en él y se puso á escribir.

Entre tanto Quevedo, que había bajado á la portería, notó que un bulto se metía rápidamente tras la puerta, sin duda por temor de ser visto.

Quevedo se fué derecho á la puerta y miró detrás de ella.

Encontróse en un ángulo con el cocinero mayor, encogido y contrariado.

Quien huye, temedijo Quevedo.

Pues no, no sédijo saliendo Montañoporque deba yo temeros.

Vos debéis haber venido aquí para algo malo.

¿Yo?

Sí por cierto, y ya sé á lo malo que habéis venido. A traer una carta del duque de Lerma á la abadesa.

¡Cómo! ¡qué!

¡Una carta en que se habla mal de mí!

¡Pero don Francisco!

Me la ha leído la abadesa y sé que andáis en cuentas con ese bribón de Lerma.

Os juro que... yo... no sé ciertamente... el duque me ha llamado...

Vos acabaréis muy mal, señor Montañón.

Mi sobrino tiene la culpa.

¿Vuestro sobrino?...

Por él me están aconteciendo desde ayer desgracias. Para él es todo lo bueno, para mí todo lo malo.

Y será peor si no os confiáis completamente á mí.

Pero don Francisco...

¡Se conspira!

¿Que se conspira?

Y vuestro sobrino es uno de los primeros conspiradores.

Mi sobrino...

¡Escondéos!

¡Cómo!

Quevedo empujó á Montañó detrás de la puerta.

Había oído en las escaleras unos pasos de mujer y el crujir de una falta de seda; poco después la condesa de Lemos atravesó la portería.

Habéis mentido en vano dijo la condesa; mi prima lo ha adivinado todo.

¡Todo! pues mejor.

Mejor, sí... porque he acabado de resolverme... ¿y qué me importa? cuando se ama á un hombre que se llama Quevedo, no hay por qué avergonzarse de amarle.

Dios bendiga vuestra boca.

Os espero.

¿Cuándo?

Esta noche.

¿Por dónde?

Por el huerto.

Larguísimo va á ser para mí el día.

Y para mí insoportable; tenemos que hablar mucho.

Ahora las noches son largas.

Pues hasta la noche; ¿á qué hora?

A las ánimas.

Pues hasta las ánimas.

¡Hola!dijo la condesa á uno de sus lacayos que estaba á la puerta; que acerquen la litera.

La condesa de Lemos entró en ella, y la litera se puso en marcha.

Quevedo estaba incómodo.

No se había atrevido á cortar la palabra á la condesa, y temía que Montañó lo hubiese escuchado todo, á pesar de que doña Catalina había hablado bajo.

Salíddijo á Montañó.

Montañó salió.

Venid conmigo.

Y Quevedo asió del brazo al cocinero mayor.

Lo siento, don Francisco, pero no puedo; tengo que hacer.

Señor Francisco Montañódijo la madre Ignacia desde detrás del torno.

¿Lo veis, don Francisco? ¿Lo veis? me llaman. Allá voy, allá voy, señora mía.

Y se acercó al torno.

La señora abadesa os ruega que subáis al locutorio.

Allá voy, allá voy, madre tornera; ya lo oís, don Francisco.

Y Montañó tomó por las escaleras como quien escapa.

Andad, que aquí os osperodijo Quevedo.

Detúvose un momento Montañó como acometido por un accidente nervioso, y después siguió subiendo, aunque no tan deprisa.

Quevedo esperó con suma paciencia durante una hora.

Al fin de ella, sintió unos pasos precipitados en la escalera.

Poco después, Montañó, con la gorra aún en la mano, espeluznados los escasos cabellos, la boca entreabierta, pálido, desencajados los ojos, crispado todo, pasó por delante de Quevedo exclamando:

¡Como la otra!

Y se lanzó en la calle.

Quevedo partió tras él y le asió por la capa.

¡Ea, dejadme! exclamó el cocinero mayor.

¿Os olvidáis de que yo os esperaba?

¡Como la otra! repitió en acento ronco y cada vez más desencajado Montañó.

¿Pero estáis loco, señor Francisco? cubríos, que el aire hiela; embozáos y componéos, y venid conmigo.

Montañó se encasquetó la gorra de una manera maquinal, y repitió su extraño estribillo:

¡Como la otra!

¿Pero qué otra ni qué diablo es ese? ¡Ea, venid conmigo, que recuerdo que aquí, en la calle del Arenal, hay una hostería!

Montañó se dejó conducir.

Hostería del Ciervo Azul, leyó Quevedo en una muestra sobre una puerta.

Pues señor, aquí es; yo no he almorzado más que un tantico de pichón, y no me vendrá mal una empanada de perdiz.

Y empujó adentro á Montañó.

Entraron en un gran salón irregular, pintado de amarillo, color con el que se había combinado el humo de las candilejas de hoja de lata clavadas de trecho en trecho en la pared.

Pero nos olvidamos de que nos hemos puesto fuera del epígrafe de este capítulo, hacemos una pausa y pasamos al siguiente.

CAPÍTULO XXIII

EN LA HOSTERÍA DEL CIERVO AZUL Y LUEGO EN LA CALLE

Aquellas candilejas de hoja de lata, aunque era medio día, estaban encendidas.

Tan lóbrego era el salón donde habían entrado Quevedo y Montaña.

Quevedo había pedido un almuerzo frugal; esto es, una empanada y vino.

Montaña había guardado un profundo silencio.

Quevedo se había ocupado en estudiar la fisonomía de Montaña.

Había acabado por comprender que en aquellos momentos el cocinero mayor no estaba en el completo uso de sus facultades.

¡Había de haber sido una monja! dijo Quevedo cuando se certificó del estado mental de Francisco Montaña.

Un mozo entretanto trajo la empanada.

Quevedo sirvió la mitad de ella á Montaña.

Este cortó maquinalmente un pedazo de masa, y lo llevó á la boca.

Bastó esto para que volviese de su fascinación.

¿Qué es esto? dijo. ¿Quién es el hereje que ha hecho este pastel?

Y escupió el bocado.

¡Ah, ah! dijo Quevedo, me había olvidado de que sois el rey de los cocineros y de los reposteros. Efectivamente, es necesario todo el apetito que yo tengo para tragar este engrudo.

¿Dónde me habéis traído?

A la Hostería del Ciervo Azul.

¡A la hostería del Ciervo! exclamó con espanto Montaña. ¿Qué habéis querido darme á entender con eso?

¡Yo!

Sí, señor, vos... vos me habéis dicho no sé qué acerca de mi mujer...

¡Yo!

Sí, señor. El tío Manolillo me ha dicho también algo de eso.

¡También el tío Manolillo!

Y el duque de Lerma.

¡Cómo!

Y doña Clara Soldevilla.

¡Ah!

Y, por último, esa mujer á quien Dios confunda... ¡Oh! ¡Dios mío! ¡como la otra! ¡como la otra!

¿Como qué otra?

Como Verónica: ¿no os acordáis de mi primera mujer?

¡Ah!

Entonces érais paje del rey, y no había paje que no conociese á Verónica.

¿Pero estáis loco, Montaña?

Ahora no se trata de pajes: es más... algo... más gordo.

Ved allí por donde asoma el sargento mayor don Juan de Guzmándijo Quevedo.

¡Oh! pues vámonos de aquí, porque si no no respondo de mí mismo.

Y el cocinero se levantó.

Sentáosdijo Quevedo con voz vibrante; sentáos y no espantéis la caza: yo os vengaré.

¿Pero es cierto?dijo con angustia Montaña, que se sentó.

Certísimo; pero no habléis con ese tono compungido. Vos no sabéis nada; estáis almorzando alegremente. Comed.

¡Imposible! aunque no me ahogase la pena, me ahogaría ese pastel...

¡Mozo! ¡un real de olla podrida!dijo una voz estentórea al fondo del salón.

Ya veis, ese hombre se ha ido allá muy lejos, y sin duda no os ha visto, estáis de espaldas á él; á mí sí me ve de frente, pero nada importa; si se atreve á mirarme un tanto tieso, mejor para vos, porque aquí mismo os vengo.

¿Pero estáis seguro de que es verdad, don Francisco?

Verdad; vuestra esposa Luisa de Robles es querida del sargento mayor don Juan de Guzmán, y aun sospecho que lo que lleva en sí la Luisa, sea cosa de ese mayor sargento, como no me cabe duda de que Inesita, á la que llamáis vuestra hija, es cosa, cosa indudable, de un paje tallado. Os aconsejo que dotéis bien á la Inesita, porque es hija de buen padre.

Pues mirad, ya lo había yo sospechado. Había olvidado con desprecio á aquella detestable Verónica... ¡pero Luisa!... ¡una muchacha que era moza de retrete, y á la que he hecho casi una dama!

Pero no la habéis dado marido, y ella se ha provisto de galán.

¡Pero qué galán!

Cosas de las mujeres.

¿Y qué debo hacer?

Quevedo, que había aprovechado aquella ocasión y había sido cruel con Montaña solamente por apartar un peligro de la reina, contestó:

¿Qué debéis hacer? separaros de Luisa.

Decís bien.

No os faltarán mujeres.

Decís bien.

Pero de repente, en una reacción del sentimiento, exclamó:

¡Y lo que nazca!

Podéis contar que no es vuestro.

La separaré de mí.

Haréis bien.

La enviaré á Navalcarnero.

Haréis mal; es demasiado cerca, enviadla á su país.

¿A Asturias?

Eso es.

No hablemos más de esto.

Hablemos de lo otro. ¿Qué os ha dicho la madre abadesa?

¡Oh! ¡oh! me ha preguntado quién es la dama á quien ama en palacio mi sobrino.

¿Y vos qué le habéis dicho?

Yo... nada.

¿Y qué ha replicado la abadesa?

Me ha llamado ciego.

¿Y qué más?

Para probármelo me ha dicho que anoche estuvo en mi casa, encerrado con mi mujer, el sargento mayor don Juan de Guzmán. ¡Como si uno pudiera saber lo que pasa en su casa estando á cinco leguas de distancia!

Pero supongo que habréis tenido prudencia.

Prudencia ¿acerca de qué?

Acerca de lo que sabéis relativamente á vuestro sobrino.

Para prudencia estaba yo.

¿Pero qué habéis hecho?

Cuando vi que la abadesa trataba con desprecio á mi mujer, la dije: pues dama hay en palacio mucho más alta...

¡Diablo!

Sí, señor, mucho más alta, que no es mejor que mi mujer...

La abadesa os preguntaría quién era esa dama.

Cierto que sí.

¿Y vos?

Yo... dije la verdad... la verdad pura, porque ha llegado la hora de decir las verdades.

Diríais que doña Clara Soldevilla...

¿Qué tengo yo que ver con doña Clara Soldevilla? dije que la reina...

¡Desdichado!

Era querida de mi sobrino.

Pues habéis mentido como un bellaco exclamó Quevedo; y ya que no tiene remedio lo que habéis dicho á la abadesa, guardáos, guardáos de volver á pronunciar esa calumnia.

¡Ah, don Francisco! exclamó Montañón, cuya alma se encogió de miedo, bajo la mirada terrible, incontrastable de Quevedo.

De seguro la abadesa os ha dado una carta.

Es verdad.

Una carta para el duque de Lerma.

Es verdad.

Dadme esa carta.

Pero tengo que llevarla á su excelencia.

Dadme esa carta.

Montañón la sacó del bolsillo interior de su ropilla, y la dió á Quevedo.

Quevedo rompió la nema.

¿Pero qué hacéis? dijo Montañón.

Esta carta, puesto que está en mi mano, es para mí.

Y la leyó.

Ya lo sabía yodijo.

Y llamó á grandes golpes sobre la mesa.

Cuando acudió el mozo arrojó un ducado, y salió dejando solo á Montañón.

Apenas había salido de la hostería Quevedo, cuando vió venir por la parte de palacio una tapada ancha y magnífica, que se levantaba el manto para no coger lodos, y dejaba ver una magnífica pierna y un pequeño pie, calzado con un chapín dorado.

Confúndame Dios dijo Quevedo si yo no conozco á esa. Detengámonos, que de seguro al pasar junto á mí la saco por el olor.

Detúvose, y al emparejar con él la tapada, se detuvo delante de él, y se asió á su brazo.

¿Tendremos buscona? dijo para sí Quevedo.

Vamos, seguid, y no os hagáis de rogar, don Franciscodijo una voz irritada y breve, á pesar de lo cual Quevedo conoció por aquella voz á la Dorotea.

¡Ah, reina mía! ¿y á dónde bueno por aquí?

No lo sé.

¿Que no lo sabéis?

No. Llevo la cabeza hecha un horno.

Más bien creo la lleváis hecha una olla de grillos.

He tenido que dejar la litera; me mareaba dentro, me moría.

¿Pero qué os ha sucedido?

Se me ha subido el almuerzo á la cabeza.

¡Ah! diablos; ¿y os habéis salido á tomar por estas calles un baño de pies?

No; no, señor: me he ido al alcázar.

¿Y qué teníais vos que hacer en el alcázar?

¡Qué! ¿qué se yo? buscaba al cocinero de su majestad.

¿Y le habéis habido?

Sólo he habido á su mujer. El cocinero se ha perdido.

Pobre Montño: le ha salido un sobrino que le trae de cabeza.

¡El sobrino del cocinero mayor! ¡el señor estudiante! ¡el señor capitán! ¡el embustero! ¡el mal nacido!

¿Pero qué granizada es esa, amiga mía?

Debéis saberlo vos. Vos, que habéis formado la tormenta. ¡Pero yo me tengo la culpa! ¡Yo no debí recibiros! ¡yo debí conoceros! el que se atrevió á enamorarme en el convento cuando yo pensaba ser monja...

No me recordéis eso... No me abráis la llaga,.. ¡Qué hermosa estábais, Dorotea!

¿Qué, ahora lo estoy menos?dijo con acento singular la comedianta.

No, no por cierto. Ahora estáis más hermosa, pero sois también más mujer.

Entrémonos aquídijo la Dorotea; empieza á llover.

Y se detuvo delante de una puerta, tras la cual se veía un fondo largo y negro.

Pero ved, hija mía, que esto es una taberna.

¿Y qué se me da?

¡Ah! pues si á vos no os da, á mí menos. Entremos. Se van á maravillar cuando vean en esa caverna un manto de terciopelo y una encomienda de Santiago. Nos echamos á rodar.

Hace mucho tiempo que entrambos rodamos.

Pues rodemos. Y el sitio es tal, que ni hecho de encargo. ¿Se puede entrar en este aposento?añadió Quevedo, parándose en el fondo de la taberna delante de una puerta cerrada, y dirigiéndose á un hombre que desde el primer recinto de la taberna les había seguido admirado.

Sí; sí, señor, con mil amoresdijo aquel hombre. ¡Nicolasa! ¡la llave del cuarto oscuro! ¡tráete una luz! Esperen un momento vuestras mercedes.

¿Qué hora es?dijo Dorotea.

Acaban de dar las doce en Santo Tomás. Pronto, Nicolasa, pronto, que estos señores esperan.

Acudió una manchegota casi cuadrada, con una llave y una vela de sebo puesta en una palmatoria de barro cocido.

Abrió la puerta, entró y puso la palmatoria sobre una mesa.

Dos sillas, Nicolasadijo aquel hombre.

La Maritornes entró toda apresurada y solícita con dos sillas de pino.

¿Qué quieren vuesas mercedes?dijo el hombre, que se había quitado la gorra.

Vino, mucho vinodijo la Dorotea.

Sólo tengo blanquillo de Yepes.

Sea el que quiera.

El hombre salió.

No os conozco, Doroteadijo Quevedo.

Tampoco yo me conozco á mí misma.

Mirad que el blanquillo de Yepes es muy predicador.

No importa.

Que tenéis que ser esta tarde estrella.

Me nublo.

El autor de la compañía os obligará.

No puede.

Estáis anunciada, y el corregidor os meterá en la cárcel.

Si me encuentra.

¡Ah! ¡os perdéis!

Me he perdido ya.

¡Mirad no perdáis á alguien!

Una vez perdida yo, que se pierda el universo.

Traigo un azumbredijo el tabernero poniendo sobre la mesa un enorme jarro vidriado y dos vasos.

¡Fuego de Dios! exclamó Quevedo.

Idosdijo con impaciencia Dorotea.

El tabernero se encaminó á la puerta.

Volved lo de afuera adentro dijo Quevedo.

El tabernero le comprendió, puesto que quitó la llave del lado de afuera y la puso por el lado de adentro.

Quevedo se levantó y echó la llave.

Luego colgó de ella su ferreruelo, á fin de que no pudiera verse nada desde afuera, y miró si había alguna rendija.

La puerta era nueva y encajaba bien.

Henos aquí metidos en un paréntesis dijo don Francisco.

Lo que es yo, me encuentro en un paréntesis de mi vida.

Que me parece muy significativo, en un tan hermoso discurso como vos; pero dadme el manto, que es muy rico y será gran lástima que se manche.

Dorotea se desprendió la joya que sujetaba el manto sobre su cabeza, se le quitó con un hechicero descuido y le entregó á Quevedo.

Quedó admirablemente vestida, un tanto escotada, y dejando ver en su incomparable garganta una ancha gargantilla de perlas, con un pequeño relicario cubierto de brillantes.

Deslumbráis, Dorotea dijo Quevedo, doblando cuidadosamente el manto y poniéndole sobre su ferreruelo en la llave. Se me os vais subiendo á la cabeza.

Sentáos y ponedme vino.

No seáis loca. No os parezcáis á los tontos, que cuando les viene mal un negocio se emborrachan.

Ponedme vino.

Beberéis vos sola.

¡Queréis tener sobre mí ventaja!

Ando delicadillo y no me atrevo con Yepes; bastante tengo con vos.

Decís bien... pero yo necesito hacer algo.

¿Y os embriagáis?

Dicen que un clavo saca á otro clavo; quiero ver si una embriaguez me quita otra.

Y levantó el vaso.

Quevedo se lo arrancó y tiró su contenido.

Luego tomó el jarro y lo arrojó:

Soy vuestra madreijo; dejémonos de locuras, y ya que os tengo aquí sola y encerrada, ya que me tenéis á mi, hablemos juiciosamente, hija mía. ¿Creéis que yo soy malo?

¿Quién sabe lo que vos sois?

Yo soy un hombre que busca aire que respirar y no le encuentra.

¡Vos venís á buscar aire de vida á la corte!

No vengo por mi gusto.

Decid, don Francisco, ¿no sois secretario del duque de Osuna?

Por secretos del duque, mi amigo, ando en la corte.

¡Malhayan los tales secretos!

¿Por qué decís eso?

Porque creo que me habéis sacrificado á ellos.

Pues mirad, ignoraba que pudiérais ser víctima. ¿Y á qué dios creéis que os sacrifico?

No es dios, es diosa.

¿Diosa?

Sí, la diosa ambición.

Conócese que tratáis con el duque de Lerma.

Porque me pesa de haberle tratado y porque quiero olvidarme de ello, de este año y medio que he pasado en el mundo, os he preguntado si sois secretario del duque de Osuna.

Confiésome torpe; no os entiendo.

Llevadme con vos á Nápoles; recomendádme al duque y que su excelencia me abra las puertas de un convento.

¿Magdalena os tenemos?

Si me dais medios de que lo sea, os perdono.

Rechazo vuestro perdón, y me asombro de que me lo ofrezcáis; ¿pues en qué os he ofendido yo?

¡Ay, triste de mí! ¡Qué desgraciada soy!

Inclinó la comedianta la hermosa cabeza, y luego la levantó en un movimiento sublime.

Su mirada resplandecía.

Quevedo la miraba con asombro.

No, no soy desgraciadadijo la Dorotea, sino muy feliz, felicísima. Y tenéis razón, don Francisco; no merecéis mi perdón, sino mi agradecimiento.

¡Qué lástima! dijo Quevedo.

¿Y de qué?

¿Pues no queréis que me lastime, si os veo loca?

¡Loca! ¿creéis en los hechizos? ¿es verdad que se puede hacer mal de ojo?

Desembozáos, hija, á fin de que yo pueda veros. Porque me estáis maravillando, vais creciendo, creciendo delante de mí, y ya no encuentro en vos á la educanda de las Descalzas Reales, ni á la comedianta de esta mañana.

Seguid, seguid; veamos cómo me visteis en el convento, cómo me habéis visto esta mañana y cómo me véis ahora.

Son las doce dijo Quevedo; á las dos empieza la comedia y necesitáis media hora para vestiros. ¿Tenéis la ropa en el coliseo?

Sí; ¿pero eso qué importa?

Tenemos tiempo. He conseguido que no os emborrachéis, y conseguiré del mismo modo que no hagáis una locura. ¡Diablo! y debéis valer mucho, porque yo, que por nadie me intereso, empiezo á interesarme por vos.

Creo que empezáis á engañarme.

Suponed que no me llamo Quevedo.

Eso no es posible.

Suponed que soy un hombre de bien, que me encuentro con una pobre loca y que deseo curarla.

Dudo que lo consigáis. Pero vamos al asunto; contestadme á lo que os he preguntado: decid lo que habéis pensado de mí en las tres distintas situaciones en que os he visto.

Empecemos por lo del convento. Yo he sido palaciego ó palacismo, ó hijo de palacio, como mejor queráis.

Bien, bien, ¿pero qué tiene que ver eso?

Las cosas deben tomarse en su origen. Vóime, pues, al punto, desde donde llegué á conocerlos. Os conocí por medio del tío Manolillo.

¡Ah! ¡el misterioso tío Manolillo!

Tenéis razón. No sé si es pícaro ó tonto, si cuerdo ó loco. Lo que sé es que os ama con toda su alma, pero no sé cómo. ¿Lo sabéis vos?

No por cierto: á veces me mira como un amante, á veces como un padre; á veces hay cólera en sus ojos, á veces odio.

¡Misterios siempre! Un día, hace tres años, me encontré al tío Manolillo acurrucado como un gato que se encuentra huído y receloso, y hambriento en desván ajeno, en una galería oscura de palacio. El tío Manolillo y yo somos muy antiguos conocidos y tenemos declarada una guerra de chistes. No sé lo que le dije ni recuerdo qué me contestó; pero es el caso que nuestra conversación se hizo formal.

Yo no gasto, como vos, antiparrasme dijo; pero es el caso, hermano don Francisco, que veis más claro que yo. ¿Queréis mirar una cosa que yo os muestre, y decirme qué habéis visto en ella?

¿Y de qué cosa se trata, tío?le pregunté.

De una mujer.

Pues si vos, tratándose de mujeres, no veis, estoy seguro de que yo me quedo á oscuras.

No tanto, hermano Quevedo, no tanto; yo amo á esa mujer y tengo, naturalmente, una venda sobre los ojos.

¡Os dijo... que me amaba el tío Manolillo!exclamó Dorotea.

Pero no me dijo de qué modo; ¡no me lo ha dicho nunca! ni yo he podido adivinarlo; pero continuemos. El tío me llevó al convento de las Descalzas Reales, tocó al torno, y dijo:

Madre tornera, tened la bondad de decir á Dorotea que aquí estoy yo con otro caballero.

Entramos en el locutorio.

Vos tardásteis.

Entonces me dije, yo no sé si con fundamento:

Esa mujer se está componiendo para parecer mejor.

¡Ah, y qué mal pensador sois!dijo la Dorotea.

En efecto, cuando os presentásteis veníais tan compuesta, como podíais estarlo en el convento.

Había en aquel sencillo hábito, en aquella toquilla, en aquel escapulario azul, en aquella cruz de oro que pendía de vuestro cuello, una cosa que decía: «Ved que con lana y lino puede parecer una mujer mejor ataviada que otra con ropas, encajes y brocados.»

Era, además, vuestra mirada ardiente, grave, fija; vuestra palabra, sonora; vuestro discurso, apasionado.

Yo me enamoré de vos.

Cuando salí del convento, dije al tío Manolillo:

Esa paloma volará en cuanto halle una mano que la abra la jaula, y no me pesará que esa mano sea la mía.

Si ella os amadijo el tío Manolillo, por mi parte nada tengo que oponer. Me he propuesto darla gusto en todo.

Pero, ¿qué es vuestra Dorotea?le pregunté.

Es una historiame dijo.

Comprendí que el bufón del rey no me diría una palabra más acerca de vos, y no volví á preguntarle.

Pero me habíais llenado, el alma no, ni el corazón, sino los sentidos; ardía por vos, Dorotea.

Por lo mismo que sabía que yo no podía contar con vos, que vos no podíais ser para mí más que el primer amante...

¡Oh!exclamó Quevedo.

Me reí de vos.

Y á mí, que no me gusta divertir de balde, me bastó con que vos os riérais.

Ya sé que sois altivo.

No es eso; es que no me gusta malgastar el tiempo.

Aconteció, además, que un día en que por costumbre, no curado aún bien de la locura que me habíais pegado, estaba yo en la iglesia de las Descalzas Reales... sólo por oír vuestra voz, que la teníais excelente y me enamoraba, un mal nacido ofendió á una dama. Volví por ella, mediaron palabras y aun más; salimos á la calle, y maté á aquel hombre. Como las pragmáticas en esto de duelo son rigurosas, y como á mí me querían mal en la corte, creí prudente huir, y me amparé en Navalcarnero. Allí conocí á Juan Montañó... excelente muchacho... corazón de perlas, alma de ángel en cuerpo de hombre.

Pero tan burlador como vos.

¡Bah! Después hablaremos de eso. Estuve algún tiempo en Navalcarnero, se arregló lo de la muerte, volví á la corte. Poco después se le indigestó un romance mío con algunas otras cosas al duque de Lerma, y me cogió, y me enjauló en San Marcos. Allí he estado dos años; allí os he recordado más de una vez...

En resumen, lo que vos pensásteis de mí en aquel tiempo...

Fué que érais una mujer ansiosa del mundo, de las disipaciones, de los placeres, de los amores galantes; una hermosísima criatura, poca alma y muchos sentidos; poco corazón, poca cabeza, y mucha vanidad; desde mi encierro escribí por vos... dijeronme que habíais huído del convento.

Vióme un comediante en ocasión de ensayar una farsa á las monjas.

¿Comediante fué?

Galán.

¿Se llama?

Gutiérrez.

¡Ah! La presunción con ropilla; la vanidad ambulante...

Me miró, le miré. Elogió mi ingenio y mi voz, y me engreí. Me escribió proponiéndome cambiar la vida del claustro por la del teatro... y... mi celda daba á un huerto que tenía las tapias muy bajas, los balcones eran muy bajos... me escapé... caí loca en los brazos de aquel hombre... perdí la virginidad de mi cuerpo, pero conservé la virginidad de mi alma. Gutiérrez no había sabido despertarla... Gutiérrez no me había dado la ardiente vida que yo necesitaba... El público entretanto me aplaudía... los poetas me dedicaban madrigales... yo era Filis, Venus... sol... luna... lucero ya era la incomparable Dorotea... la diosa del teatro. Esto halagaba mi vanidad, pero no llenaba mi corazón. ¡A! ¡no! en él resonaban huecos los aplausos; le aturdían, pero no le conmovían. Y me faltaba algo; yo era pobre; trabajando á partido ganaba poco; me veía obligada á alquilar trajes, en que todo era falso y muchas veces viejo; otras llevaban sedas y brocados, y perlas y diamantes... eran queridas de algún gran señor. Gutiérrez no podía darme nada de esto. Los galanes que me enamoraban no podían dármele tampoco. Yo sufría, yo estaba humillada: yo soñaba en el gran señor que debía cubrirme de oro. Me importaba poco que fuese viejo y feo, con tal de que fuese rico y generoso. Yo necesitaba humillar á mis compañeras. Una tarde vi en un aposento á un señor muy grave y muy tieso, y al parecer muy rico. Detrás de él había un hidalgo, altivo también, joven y buen mozo. Los dos me miraban, los dos me aplaudían... yo me enamoré de los dos. Del uno por vanidad, del otro... por amor, no... yo creía que era por amor... pero hoy me he desengañado.

¡Eran Lerma y Calderón! ¡El amo y el perro!

Ellos eran. Después de la función, encontré en mi casa, esperándome, á uno de ellos. Se había entrado por fuero propio, pagando á mi doncella. Era don Rodrigo Calderón. Me traía un mensaje y un regalo del duque de Lerma. Yo acepté. Después de haberme hablado por el duque, don Rodrigo me habló por sí mismo.

Eso sucede casi siempre: el corredor de un gran señor goza antes que él, y es muy justodijo Quevedo; el agua moja antes el cauce que el pilón. Vuestra historia es muy conocida.

He sido la sanguijuela de Lerma, y la loca de don Rodrigo.

Os leí, pues, en el convento.

¿Y qué habéis leído hoy en mí?

Vamos á vuestra segunda época. Salía yo esta mañana de palacio y andaba por esas calles de Dios, pensando en dónde encontraría posada, cuando al buscar en un balcón una cédula, os vi á vos tras de la vidriera. He aquí mi posada, me dije, y me entré.

Y como éramos antiguos conocidos...

Tomé posesión de vuestra casa, y os leí en una mirada. Erais la buscona más perfecta en su época peligrosa.

¡La buscona!

Ese es el nombre.

Es decir, la mujer...

Que ahorra sangrador, y deja á un prójimo de tal modo, que no puede valerse contra el aire. Gastadora de bolsillos, destructora de saludes, envenenadora de almas y perdimientos de cuerpos. Acostumbrada á la vida alegre, desvergonzada y serena, haciendo gala del sambenito y pregonándose á voces.

¡Oh! ¡es verdad! ¡qué vergüenza!

Pasando á vuestro tercer estado, al en que os encontráis en este momento, os confieso que no os conozco: que os habéis transformado; que os ha sido vergüenza, y habéis criado pudor; cuando érais virgen os vi cortesana, y ahora que sois cortesana os veo virgen.

Dorotea bajó la cabeza avergonzada por única contestación.

¡Vos amáis! ¡amáis por la primera vez! dijo Quevedo con acento sonoro, seco, vibrante, solemne.

¡Oh! ¡sí! ¡yo creo que sí! ¡yo estoy loca! exclamó Dorotea.

¡Misterios del espíritu! murmuró Quevedo; ¡no nos comprendemos! ¡la ciencia escrita! ¡mentira! ¡la ciencia permanece oculta! ¡yo adivino, yo presiento... porque veo... observo... y me asombro!

¿De qué os asombráis?

De mí mismo.

Sois un pozo oscuro.

Porque me hundo en mi alma.

¡Ah! ¿no es verdad, don Francisco, que esto es terrible?

¿Y qué es lo terrible?

Yo no lo he visto nunca: cuando le vi á él... ya sabéis quién es él...

Sí, sí; mi amigo Juan.

Cuando lo vi... cuando me miró, parecióme que mi alma describía un velo misterioso, que se entraba en ella aquella mirada, que la llenaba, que la besaba, que la acariciaba, que la encendía... sentí... un placer doloroso... debí ponerme pálida.

Y sería como una difunta.

Yo creo que él también vaciló.

Pues ya lo creo.

¡Ah! ¡don Francisco! ¿por qué habéis llevado á ese hombre á mi casa? yo creo que iba provisto de un hechizo.

Su hechizo consiste en haber nacido para vos. Yo lo ignoraba... le llamé porque estaba cuidadoso por él... como que había dado de estocadas á Calderón y le había quitado unas cartas de la reina.

¡De la reina! ¡las cartas de la reina! ¡que le habrá pagado poniéndole en el lugar de Calderón!

¿Qué estáis diciendo?

He tenido celos de una mujer cuando creí amar á don Rodrigo... ahora... ¡ahora le aborrezco!

Hacéis mal.

¿Que hago mal?

¿Sabéis para qué llamaba la reina á Calderón en aquellas cartas?

Quevedo hablaba á bulto, porque como saben nuestros lectores, no las conocía.

¿Para qué llama una mujer á un hombre?

Margarita de Austria, más que mujer es reina.

Las reinas tienen corazón y caprichos.

La reina llamaba á don Rodrigo para conspirar.

¡Para conspirar!

Sí, contra el duque de Lerma.

¡Ah!exclamó Dorotea como quien recibe una revelación. Acaso... aquellas cartas no contenían ni una sola palabra de amor... ¿es verdad?

Eran, sin embargo, ambiguasdijo Quevedo, que seguía hablando á bulto.

Sí, sí... bien puede ser... pero si eso es verdad, don Rodrigo es un miserable.

¿Y qué otra cosa puede ser un hombre que parte su querida con otro? Vos érais un instrumento de don Rodrigo Calderón. Estáis, pues, en el caso de volver en vos.

¿Me juráis, don Francisco, que no me habéis tomado por instrumento?

No, no os lo juro, porque quiero que me sirváis.

¿Y por eso me habéis presentado á ese joven para que me enamore?

No he tenido esa intención; pero ya que mi amigo Juan os ha enamorado, me alegro.

No os alegréis mucho, porque me ha empeñado.

Mi amigo Juan os ama.

¡Jurádmelo!

Os lo juro por mi encomienda, y por mi honra y por mi alma. ¡Si cuando me quedé solo con él no hablamos de otra cosa que de vos!

Pues mirad, yo me había irritado con vos y con él... en el momento que supe que habíais herido á don Rodrigo.

¿Por amor á don Rodrigo?

No, porque vi... porque adiviné la verdad. Que don Rodrigo había caído á causa de la reina... y me dije: me han tomado por juguete. Entonces quise vengarme, y para vengarme salí, y me fuí á casa del cocinero del rey, cargada de joyas; Montaña es avaro, y estaba segura de averiguar...

Bueno es saberlo para sí Quevedo.

Pero no le encontré y me abrasaba en el tabuco donde vive... me ahogaba allí, al lado de aquella carne con ojos de mujer. Entonces salí, bajé, y seguí á pie.

¿Y á dónde íbais cuando os encontré?

A la ventura, á tomar el aire.

Habéis, pues, tenido un buen encuentro, porque os he curado dijo Quevedo.

Aún no del todo.

Mi amigo os espera en vuestra casa.

¡Ah! ¡pero vuestro amigo me da miedo...! ¡no os digo que estoy asombrada!... ¡yo, que me he burlado del amor!

El amor se venga.

Ya se ve; ¡es tan hermoso...! ¡más que hermoso...! ¡tiene para mí tal paz, tal dulzura su mirada...! su voz resuena en mi corazón de un modo tal... he hecho una promesa á la virgen de la Almudena... como mañana me despierte curada de esta locura, la doy mis joyas, que son muchas y muy buenas.

Si vos no amáis mañana á mi amigo, le mataréis.

¡Oh! no lo creó Dorotea con una anhelante candidez.

¡Si habéis causado en él una impresión terrible! Qué hermosa es esa joven, me decía mientras vos estábais fuera; no puedo mirarla sin enternecerme... sus miradas me vuelven loco... necesito que esa mujer... esa diosa, no viva más que para mí.

Os lo repito, don Francisco. Vámonos á Napóles... ó si no queréis venir, dadme una carta para el duque de Osuna; entraré en un convento... vuestro amigo me ha hecho mucho daño... me ha hecho insoportable el duque de Lerma, odioso Calderón.

Tal vez la vida de mi amigo consiste en que os apoderéis más que nunca del ánimo de Lerma.

¡Cómo!

¿Creéis que Lerma dejará sin castigo á quien le ha estropeado á su favorito? no os hablo de mí, que importa poco... pero él... él, que ha alcanzado gracia á vuestros ojos.

Me pedís un martirio.

Sed mártir, si queréis la gloria.

¡Me pedís que, amando á un hombre, sea querida de otro! exclamó profundamente la Dorotea.

Necesitáis reparar el daño que habéis hecho.

¡Yo!

Sí, vos; habéis calumniado á una santa...

¿Creéis que la reina?...

Es digna de que una mujer de corazón como vos, la ame en vez de odiarla.

¿Y qué puedo yo hacer?

Sed más que la querida pagada de Lerma.

¡Ah!

Enloquecedle; hacedle creer que le amáis.

Eso no es fácil; don Juan de Guzmán ha visto en mi casa á vuestro amigo.

¿Y qué importa?

Lo sabrá Calderón... lo sabrá Lerma.

Bien: decid á Lerma que mi amigo quiere casarse con vos...

¡Deshonrarle yo!...

Cuando median altos intereses, por todo se atropella.

¿Puedo fiarme de vos, don Francisco?

¡Fuego de Dios! ¿y para qué había yo de engañaros?

A vos me entrego.

¿Veis como he hecho muy bien en que no trabáseis conocimiento con el blanquillo de Yepes? Ea, vamos, que ya es hora. Os habéis enlodado; id á mudaros á vuestra casa. Allí encontraréis á Juan Montañón... id con él acompañada á la comedia.

¡A la comedia! ¡Trabajar, fingir, con el corazón lleno de lágrimas! ¡y mostrarme serena y reír!

Esa es la vida: sed una vez cómica... aprended á serlo, qué os importa. Este es vuestro manto... cubríos bien, hija. Este mi ferreruelo. ¿Os habéis cubierto?

Sí.

¡Ah de casa! dijo Quevedo abriendo la puerta.

Cuando acudió el tabernero, le dió un ducado.

Cobrad y guardáos lo que os sobredijo.

Y salió con Dorotea.

Ahoraañadió cuando estuvieron en la calleidos sola. Todo el mundo me conoce; á vos podrían conoceros, y no conviene que nos vean juntos. Conque adiós; voy á dormir, que ya es hora.

¿Y hasta cuándo?

Yo pareceré.

Adiós, don Francisco; estaba irritada contra vos y dolorida en el alma, y me separo contenta de vos y consolada. Adiós.

Dorotea se separó de Quevedo y se alejó á buen paso.

Llovía, y más de un transeunte se detuvo á mirar con asombro á aquella dama que parecía tan principal, y que en tal día andaba sin litera, pisando lodos.

Dorotea llegó al fin á su casa y se detuvo á la puerta, dominada por un vago temor.

Sabía que en su casa estaba Juan Montaña.

Su irresolución duró un momento.

Llamó, la abrieron y entró.

¡Señora!la dijo Casilda; ¡ah, señora! ¡no sabéis lo que sucede!

¿Qué?

Aquel caballero que almorzó con vos...

¿Qué ha sucedido á ese caballero...dijo con cuidado Dorotea.

¡Nada! ¡nada! se quedó aquí...

Y bien...

Me pidió sangría...

¿Y qué?

Se la serví... y luego... como no le conocía, como nada sé... por ver lo que hacía, volví quedito... estaba dormido al lado de la chimenea en vuestro sillón.

¿Y qué hay de malo en eso?...

Nada, pero... cuando volví otra vez... ya no estaba en la sala.

¿Que no estaba?

No, sino en la alcoba, acostado en vuestro lecho y durmiendo.

¡Ah! ¡Dios mío!dijo para sí Dorotea, entrando precipitadamente en la sala, y llegando á la alcoba; ¡conoce que le amo... y se apodera de mí!

Montiño dormía á pierna suelta.

Dorotea levantaba el pabellón del lecho.

¡Qué hermoso es! ¡y qué alma tan noble asoma á su semblante dormido! ¡Oh Dios mío! ¡y es ya la una y media!dijo oyendo á lo lejos un reloj.

Dejó caer la cortina y salió á la sala.

Vístemedijo á Casilda: tráeme ropa blanca; me he puesto perdida.

¿Y le dejáis así?dijo Casilda señalando á la alcoba.

Habla bajo, que no despierte; se conoce que ha pasado mala noche.

Pero señora...

Mira, Casilda, ese caballero es tu amo y el mío dijo Dorotea.

La negra se calló y vistió á su señora.

Esta eligió un magnífico traje de brocado, alto, cerrado como los de las damas de la corte y cubierto sobre el pecho de joyas, se llenó las manos de anillos y derramó sobre sí agua de olor.

Vete, y que Pedro ponga la literadijo cuando estuvo vestida.

Casilda salió, y Dorotea entró de nuevo en la alcoba, y levantó la cortina.

Siento despertar! dijo; ¡duerme tan bien, y está tan hermoso durmiendo! ¡oh! ¡si no me esperara el público! ¡esta es una esclavitud insoportable!

Estuvo un momento contemplando al joven.

Al fin se resolvió.

¡Caballero! dijo dulcemente ¡caballero!

Montiño abrió los ojos.

¡Ah! ¡dichoso el que despierta y se encuentra con un ángel! dijo después de haber lanzado de sí la última influencia del sueño.

¿Y no se os ocurre disculparos?

¿De qué?... ¡ah! ¡me ha traído aquí mi corazón!... ¡soy digno de lástima!... no os enojéis, pues.

¿Estáis muy cansado?

¡Ah! ¡no! es cierto que esta noche, por las estocadas, anduve huído y no dormí; pero... he descansado ya... os fuisteis irritada, y yo no me resignaba á no volveros á ver si no me volvíais á vuestra gracia. Me dió sueño; en el sillón dormía mal... como ya Quevedo había dormido aquí, me dije: ¿Qué importa que yo duerma también? pero he sido más respetuoso que Quevedo, yo al menos no me he desnudado; con ponerme las botas estoy corriente.

¿Y os vais?

Sí, pero contando con que vos...

¿Qué?...

¿Me volveréis á recibir?

¿Pero no estáis ya recibido? dijo la Dorotea.

¡Cómo, señora!

Sí; ¿no estáis en vuestra casa?

¡En mi casa!

Vais á juzgar. ¡Casilda!

Apareció la negra.

¿Qué te he dicho hace un momento acerca de este caballero?

Que era vuestro...

Dí lo que yo te dije.

Que era vuestro amo y el mío.

Vete.

¡Ah, señora! dijo Montaña, turbado á su pesar por la expresión y el acento de Dorotea.

Yo no os conozco, pero me siento unida á vos por un poder invencible; conozco que al separarme de vos, mi alma se rompería; no he amado nunca; vos sois el primer hombre á quien amo: ¿queréis mi amor?

¡Vuestro amor! exclamó asustado Montaña.

¡Qué! ¿le desprecias?

¡Ah! ¡señora! vuestro amor es la gloria.

Dorotea se arrojó en los brazos de Montaña.

¡Oh! ¡qué delirio! ¡qué sueño! exclamó después de algún tiempo. ¡Que no despierte yo nunca, amor mío! porque si no me amases... me vengaría... y mi venganza... ¡oh! no hablemos de esto... ¡las dos! ¡ya es tarde, Dios mío! ¡y el coliseo!... ¡malditas sean las comedias! ¡pero es preciso! ¡vamos, acompáñame!

¿Así, con este traje de viaje, pobre y enlodado, y tú tan resplandeciente, reina de mi vida?

¡Y qué importa! me basta con tu hermosura. Estoy segura de que me van á tener envidia... mi litera es grande, cabemos los dos, ven.

Y Dorotea se llevó de su casa á Juan Montiño como robado.

CAPÍTULO XXIV

DE LO QUE QUISO HACER EL COCINERO DE SU MAJESTAD, DE LO QUE NO HIZO Y DE LO QUE HIZO AL FIN

Montiño se había quedado aturdido en la hostería de Ciervo Azul, después de la salida de Quevedo.

Tenía tanto en que pensar el triste del cocinero mayor, que su cabeza estaba hecha una devanadera.

Iba y venía con sus cavilaciones, y de todas ellas no sacaba más que una cosa en claro: lo referente á los amores de su mujer con el sargento mayor don Juan de Guzmán.

Este pensamiento se formulaba en la frase que Francisco Montiño pronunciaba con los nervios crispados:

¡Como la otra!

Montiño era, pues, un hombre predestinado.

Pero como todos los predestinados, dudaba de su predestinación.

Y luego decía: aunque todos lo dicen, es muy posible que todos se hayan engañado. Mi mujer puede haber cometido inocentemente alguna imprudencia... ¡y ese sargento mayor ó ese demonio, está allí detrás de mí, en el fondo de la sala! le oigo coscurrar entre sus mandíbulas de lobo las cortezas de pan, ¡si yo me atreviera!... si yo me presentara á él de improviso... ¡si le preguntara!...

Pero acordábase Montiño del semblante de bandido del sargento mayor, de su mirada sesgada, de sus largos mostachos y de su inconmensurable tizona, se desplomaba y renunciaba á su resolución.

Y era el caso que tampoco se atrevía á levantarse y á salir, por temor de ser visto por don Juan de Guzmán.

Permanecía, pues, acurrucado en su silla, vuelto de espaldas al sargento mayor, y haciendo como que comía; pero en realidad, aterrado, reducido á la menor expresión, anonadado.

Pero de repente, sacóle de su anonadamiento una voz que conocía demasiado.

Aquella voz había saludado al sargento mayor.

Aquella voz era la del galopín Cosme Aldaba.

¡Maldígate Dios, racimo de horca!dijo el sargento mayor á Aldaba; hace una hora que me tienes esperando.

Vuesa merced sabe que hay cosas que no se hacen por el aire; después que vi á vuesa merced y me dió el recado, he tenido que comprar el pañuelo. Por cierto que he tenido que poner algunos maravedises.

No hay que hablar de ello. ¿Y le has hallado como convenía?

Ya lo creo: encarnado, encarnado, sin pinta de otro color.

¿Y lo has llevado á la señora Luisa?

Volvióse todo oídos el cocinero.

He tenido que esperar á que saliera el señor Montaña, porque si después de haberme despedido me hubiera encontrado, no sé lo que hubiera sido de mí.

¡Buen temor el tuyo! si no fuera porque Luisa no quiere escándalos, ya le hubiera yo acostumbrado á que se saliese humildemente de su casa cuando yo entrase, sólo con haberle hecho huir á puntapiés la primera vez. ¿Pero qué te ha dicho la señora Luisa?

Nada; ha tomado el pañuelo, se ha puesto muy pálida y ha exclamado: ¡me quiere perder!

Si fuera viuda, no temblaría así.

Estremeciése Montaña.

¡Viuda!dijo Aldaba; el cocinero mayor está tan apegaminado y enjuto, que me parece que tiene vida para muchos años.

El día menos pensado... es rico, ¿no es verdad?

¡Vaya!... ¡si dicen que revende empleos!

Luisa dice que en un cuarto obscuro tiene un arcón que debe estar lleno de talegos.

Es muy avaro.

Y muy ciego: dicen que su primera mujer era peor que ésta.

Ya se ve; y que le gustaban los pajes.

Y que Inés no es su hija.

No, pues la Inés, que es un pimpollo, ha sacado las mismas aficiones que la madre; ya ha tenido tres novios pajes de su majestad.

¿Y cuál es el paje de ahora?

Un muchachote rubio, paje de la reina; un chico rubicundo, que la echa de valiente, y á quien tengo ojeriza.

¿Y cómo se llama ese paje?

Valentín Pedraja.

¡Ah, ah, el hijo del palafrenero mayor!

Eso es.

Pues mira, Aldaba, no te metas con ese paje, le protejo yo.

Si la Inés me quisiera, sería bastante; pero no queriéndome, á qué buscar ruidos.

Haces bien; toma un ducado por lo que has hecho, y puesto que el cocinero mayor te ha despedido, te tomo por mi criado; tú me guisarás, y me excusaré de venir á este figón del infierno. Conque, vámonos, hijo, y te enseñaré mi casa, que tengo mucho que hacer.

El sargento mayor pagó y salió con Aldaba sin reparar en Montiño.

¿Conque es decir exclamó Montiño levantándose con la fuerza de un muelle, que mi honra anda ya por los figones, y no solamente por un lado sino por los dos? ¡mi mujer y mi hija! ¡y que no sepa yo lo que pasa en mi casa! ¡y que temiera yo llevar á ella á mi sobrino! ¡mi sobrino! ¡será necesario decírselo todo! ¡mi sobrino que es tan valiente!

¿pero cómo decirle: tu tía y tu prima son dos mujeres perdidas? ¡y yo que había pensado en ver el medio de casarle con mi hija!

El cocinero mayor estaba tan desencajado que daba miedo verle.

Permanecía, pues, acurrucado en su silla.

Y póngase cualquiera en su situación, en aquella situación anormal, aflictiva, deshonrosa, interesados el corazón y la vanidad, todo herido, todo magullado en su alma; encontrábase de repente solo en el mundo, porque todo lo que constituía su familia era ficticio: su mujer no era su mujer, su hija no era su hija, su sobrino no era su sobrino.

Hacía casi veinticuatro horas que estaba sonando para él la trompeta del juicio final.

Su hermano muerto, su corazón amargado; su cocina, que constituía para él la mitad de su alma, abandonada.

Y además de esto, metido en enredos trascendentales, de los cuales no sabía cómo salir; amenazado casi con la Inquisición...

La cabeza de Francisco Martínez Montiño era un hervidero.

Y en este hervidero se le olvidó una cosa importantísima: esto es, la carta que la madre Misericordia le había dado para el duque de Lerma, y que se había llevado Quevedo.

Pero necesariamente, ó permanecía de una manera indefinida en la hostería del Ciervo Azul, ó tomaba un partido.

Montiño tomó el de acudir á donde le llamaba su pensamiento dominante.

A su casa.

Por el camino fué pensando que lo que debía hacer era encerrarse con su mujer, hablarla decididamente como hombre que lo sabía todo, presentarla como prueba lo del pañuelo encarnado, y después hacerla abrir los cofres, apoderarse del pañuelo, apoyarse en él como en una prueba concluyente, y después de esto, confesado el crimen, como no podía menos de suceder, por su mujer, montarla en un macho de los de palacio, y con un mozo de mulas enviarla á su país natal.

Luego metería á su hija en un convento.

Una vez libre, haría dejación de la cocina del rey, se retiraría de intrigas y de enredos, y se iría pacíficamente á comerse sus doblones á Navalcarnero, llevándose consigo la misteriosa arca, donde se encerraba indudablemente el destino del bastardo de Osuna.

Hay proyectos que se piensan, se redondean, se concluyen, que parecen ya conseguidos, pero que al quererlos poner en práctica se desvanecen como humo.

Habíase atravesado además una circunstancia puramente casual, un suceso que debía embrollar más al cocinero mayor.

Poco después de la desaparición de Montaña, una litera llevada por dos ganapanes, y seguida á paso lento por un criado, se detuvo á poca distancia del alcázar, se abrió la portezuela y salió de una manera violenta una mujer.

Era Dorotea.

Hemos retrocedido algún tiempo.

Al punto en que Dorotea, antes de encontrar á Quevedo, había ido al alcázar en busca del cocinero mayor.

Cuando estuvo fuera de la litera, dijo al criado:

Vete.

¿Con la litera, señora?

Sí, con la litera.

Pero llueve y hace lodos.

No importa; me mareo, me muero dentro de ese armatoste. Vuélvete con la litera á casa.

Y se entró violentamente en el alcázar.

Llebadme al cuarto del cocinero mayordijo á un lacayo de palacio dándole un ducado.

El lacayo tiró el patio adelante y llevó á la comedianta á las altas regiones donde vivía el cocinero mayor.

Allí es, señoradijo señalando una puerta á Dorotea.

Bien, idos; gracias.

El lacayo se fué.

Dorotea se quedó sola en una galería estrecha, larga y tortuosa y delante de una puerta.

Llamó á ella con impaciencia.

Abrióla una mujer joven y bella.

Era Luisa.

¿Sois la hija del cocinero mayor?dijo Dorotea.

Soy su mujercontestó con cierta mortificación Luisa. ¿Para qué queréis á mi marido?

Para hablarle.

Acaba de salir.

No importadijo Dorotea entrándose en el cuarto. Le esperaré.

Pero yo, señora, no os conozco.

No le hace; vengo á preguntarle una cosa importante.

Pero es muy natural que una mujer honrada, cuando ve que otra busca en su misma casa á su marido... piense...

Pensad lo que queráis.

Y Dorotea se sentó sin ceremonia.

Y bien, mejor...dijo Luisa sentándose á coserya sé lo que debo decir á mi marido cuando tenga un nuevo disgusto con él.

Ninguna de las dos mujeres habló más.

Al cabo de cierto tiempo Dorotea hizo un movimiento de impaciencia.

¿Dónde estará ese hombre?exclamó.

Si lo deseáisdijo Luisale enviaré á buscar.

¡Para largas esperas estoy yo!...dijo la Dorotea. Me ahogo aquí en este chiribitil... y me voy... decid cuando venga á vuestro marido que le espera en su casa la querida del duque de Lerma.

¡Ah!

Sí, del duque de Lerma, á quien sirve de correo vuestro buen marido, como le sirve de otras muchas cosas. Conque adiós.

Y la Dorotea salió primero del cuarto de Montañó y luego del alcázar, tomó por la calle del Arenal, y en ella fué donde encontró á Quevedo.

Cuando llegó Montañó á su casa, se encontró á su mujer y su hija cantando y cosiendo.

Están juntasse dijo, y esto me contraría.

Montañó debía haber supuesto que las encontraría de aquel modo, porque siempre las había encontrado así.

Dió dos ó tres vueltas por la sala.

Vió dos ó tres veces á su mujer.

Cada vez le pareció más hermosa y más inocente.

Pero, señor, ¿y lo que yo mismo he oído?se dijo.

Y volvió á dar otras dos ó tres vueltas.

¡Luisa!dijo al fin.

¿Qué queréis?respondió tranquilamente su mujer.

¿Ha estado alguien aquí?

Ha estado Cosme Aldaba.

¡Ah! ha estado ese bribón de Aldaba. ¿Y qué quería?

Quería hablarme á solas.

¿Y le hablaste?

Sí.

¿Y qué te dijo?

Que le habías despedido.

Me ha echado á perder un capón relleno. Es un infame.

En tratándose de la cocina, ciegas.

No ciego mucho cuando no he hecho ya una atrocidad.

La muerte de tu hermano te tiene de muy mal humor.

Sí, sí, la muerte de mi hermano, eso es. ¿Y no te dijo más Aldaba?

Sí, que me empeñase por él contigo.

¡Pues hombre, no faltaba más! ¡habrá insolencia!

Yo le he dicho...

¡Qué!

Que ya se te pasará; que tú al principio, tomas las cosas muy á lo vivo y por donde queman; pero que eres muy buen hombre, y todo al fin se te pasa.

¡Conque soy yo muy buen hombre!

Ya lo creo.

¡Pues no señor! ¡soy un hombre muy malo!

Como quieras, Francisco; cuando estás así, es necesario dejarte en paz y luego tienes razón.

¡Que si la tengo! ¡que si tengo razón! ¡tanta tengo, que se me sale por la tapa de los sesos!

Pues mira, primero eres tú.

Ya lo creo que primero soy yo.

Ello pasará; los primeros momentos son crueles; pero cuando te acostumbres...

¿Y á qué me he de acostumbrar?

A pasarte sin tu hermano...

Pues qué, ¿no me pasaba sin él?

Sí, pero no es lo mismo decir tenía un hermano, á decir ya no le tengo.

Tienes razón, es muy doloroso perder una cosa que se ama.

Montiño se calló, y Luisa, por no irritarle más, se calló también.

Está delante Inesitadijo para sí Montíño, y no me atrevo... será necesario quedarme solo con ella.

Y siguió paseándose en silencio durante ocho ó diez minutos.

Su mujer y su hija no cantaban, pero cosían.

Pues señordijo para sí el cocinero mayor, deteniéndose de repente, ello es preciso.

Y luego dijo alto:

¡Luisa!

¿Qué quieres? contestó la joven.

Tengo que hablarte á solas de un asunto muy importante.

Púsose levemente pálida Luisa.

Vete Inés, hija míadijo á la niña.

Inesita se levantó, miró con cuidado á su padre, y dijo para sí saliendo:

Me quedaré tras de la puerta, y escucharé lo que hablen.

Montiño fué á sentarse en la silla que había dejado desocupada su hija.

Vamos, Franciscodijo Luisa, viendo que su marido guardaba silencio, ya estamos solos.

¡Es que!... isí!... iyo!... itú!tartamudeó Montiño, á quien faltó de todo punto el valor.

Estaba viendo por completo sin gorguera el cuello blanco y redondito de su mujer.

¿Pero qué es ello?dijo Luisa.

Me encuentro en un gran compromisdijo Montiño renunciando de todo punto á hacer cargos á su mujer, y rompiendo para salir de la situación por donde primero se le ocurrió.

¡Un compromiso!

Sí, por cierto, tengo un sobrino.

Pues no comprendo...

Ese sobrino ha venido á Madrid.

¿Y bien?

Necesito traerle á vivir aquí.

¡Aquí, como quieras!

Pero hay un obstáculo.

¿Cuál?

Inesita.

¡Ah!

Sí, Inesita está ya alta y hermosa, y mi sobrino...

Es su primo.

No, no; no estaría bien. Es necesario que Inés salga de casa replicó Montañó.

¿Y á dónde ha de ir esa pobre niña?

¿Dónde? A un convento.

¡A un convento! ¡Pero si ella no tiene vocación de monja!

A un convento mientras esté aquí su primo.

De modo que si lo haces porque Inés es joven, yo soy también joven, pocos años mayor que ella.

También he pensado en eso.

¡Cómo! ¿Quieres echarme de casa por causa de tu sobrino?

Escucha, Luisa, hija mía; tu embarazo está muy adelantado, las montañas de Asturias son muy sanas...

Declaro que no me muevo de aquí dijo Luisa levantándose y arrojando su costura. Yo no te dejo solo. Tú quieres echarnos de la casa, no para meter á tu sobrino, sino á una perdida.

¡Cómo á una perdida! exclamó Montañó, que se estremeció, porque veía una nueva complicación.

Sí... yo no había querido decirte nada, pero además del galopín Cosme Aldaba ha estado aquí una mujer.

¡Una mujer!

¡Buscándote!

¡Eso es mentira!

¡La querida del duque de Lerma!

Montiño puso asustado su mano sobre la boca de su mujer.

Yo me he callado dijo Luisa...y tú te alborotas, yo tengo evidencias y sufro... y me resigno... ¡Qué desgraciada soy!

Yo no quiero ir á un convento, padre exclamó Inesita entrándose de repente y colgándose al cuello de Montiño.

Yo me moriré si me encuentro en este trance cruel lejos de mi esposo y señor...

Yo no puedo vivir sino al lado de mi buen padre.

Y las dos jóvenes lloraban desconsoladas, y se comían á besos al pobre hombre.

A Montiño se le partía el corazón.

¡Pues señor! exclamó ¡no puedo! ¡yo me acostumbraré!

Yo no me voy sino hecha pedazos dijo Luisa.

Ni yo saldré si no me llevan atada exclamó Inés.

Bien, bien dijo el cocinero mayor rindiéndose á discreción; mi sobrino no vendrá aquí, le buscaré una posada... esto me costará el dinero...

Dinero os hubiera costado, padre, el tenerme en el convento dijo Inés.

Dinero te hubiera costado, Francisco mío, el enviarme á Asturias y el mantenerme allí dijo Luisa.

A estas palabras, dictadas por una lógica rigurosa, no había nada que contestar.

Además, las dos jóvenes lloraban que era un desconsuelo.

Sucedíole á Montiño lo que á muchos que se creen invencibles antes del combate: huyó á la vista del enemigo.

Y huyó, literalmente hablando.

Luisa, al verle huir, sintió una especie de perverso consuelo.

Había adivinado algo aterrador en Montíño.

Se había visto descubierta.

Había temblado.

Pero al huir Montíño se tranquilizó.

Había comprendido, con la perspicacia peculiar á todas las mujeres, que su marido estaba domesticado.

Pero si Luisa hubiera podido leer por completo en el alma de su marido, no se hubiera tranquilizado tan completamente.

Montíño era uno de esos hombres cobardes para obrar por sí mismos, pero capaces de todo de una manera indirecta.

No podía tener duda de que su mujer le engañaba.

De que amaba á otro.

No tenía duda tampoco, puesto que acababa de experimentarlo, de que jamás se atrevería á hacer nada contra su mujer.

Pero no se encontraba en las mismas disposiciones de debilidad respecto al amante de su mujer.

Esto ya era distinto.

Montíño necesitaba vengarse de aquel hombre.

Cierto es que el cocinero mayor carecía de todo punto del valor suficiente para ponerse delante de Guzmán y decirle:

Os voy á matar porque me habéis herido el alma.

Montíño se estremecía de miedo al pensar solamente que podía verse en un lance singular con el sargento mayor.

Pero Montaña tenía medios indirectos.

El primer medio que se le ocurrió, fué el señor Gabriel Cornejo.

Esto es, una puñalada dada por detrás.

Pero aquella puñalada debía costarle dinero.

Además, podía envolverle en un proceso.

Montaña desechó aquella idea, dos veces peligrosa.

Ocurriósele valerse de su sobrino.

Valiente, audaz, generoso, no vacilaría ni un punto en ponerse delante del sargento mayor, tirar de la espada y despacharle en regla.

¿Pero cómo decir á su sobrino que su tía?...

Montaña desechó este pensamiento como había desechado el anterior.

Pero se puso en busca de otro medio de vengarse.

Quevedo se presentó á su imaginación; Quevedo, capaz de plantar una estocada al mismo diablo; Quevedo, enemigo de Lerma, y de Calderón no muy amigo, según las palabras que el mismo Montaña recordaba haberle oído en la hostería del Ciervo Azul, del sargento mayor, don Juan de Guzmán.

Pero al acordarse de Quevedo, se acordó del duque de Lerma; al acordarse del duque de Lerma, recordó que para él le había dado una carta la abadesa de las Descalzas Reales, y que se la había dado de una manera urgente.

Entonces hizo un paréntesis en sus imaginaciones, y dijo suspirando:

Puesto que necesitamos vengarnos, es necesario servir á quien vengarnos puede. Vamos á llevar esta carta á su excelencia.

Y la buscó en el bolsillo interior de su ropilla.

Sólo encontró dos estuches.

Aquellos dos estuches le recordaron que debía entregar á su sobrino, de parte del duque de Lerma, una cruz de Santiago, y que para servir al duque, debía entregar una gargantilla á la dama con quien pretendía entretener al príncipe de Asturias el duque de Uceda, y que se entretenía particularmente con don Juan de Guzmán.

El amante de su mujer se le ponía otra vez delante.

¡Dios mío! exclamó el desdichado ¡me van á matar! ¡Pero señor! ¡la carta que me dió la abadesa de las Descalzas Reales! ¿qué he hecho yo de esa carta?... ¡tengo la cabeza hecha una grillera! ¡todo me anda alrededor! ¡todo me zumba, todo me chilla, todo me ruge! ¡pero esta carta!... ¡esta carta!

Y se registraba de una manera temblorosa los bolsillos, los gregüescos, hasta la gorra.

Y la carta no parecía.

Empezó á sentir ese escalofrío, ese entorpecimiento que acompaña al pánico.

Aquello era muy grave.

Porque sin duda la madre Misericordia decía cosas gravísimas en su carta al duque de Lerma.

¿Y cómo decir al duque que he perdido esa carta? ¿Cómo atreverse ni siquiera á presentarse sin ella ante él?

Y volvió á la rebusca; se palpó, y volvió á buscar.

Y la carta no parecía, y su terror crecía.

Por la primera vez de su vida blasfemó.

Por la primera vez de su vida se creyó el más desgraciado de los hombres.

Y por la primera vez se olvidó de su cocina.

Esto era lo más grave que podía acontecer á un hombre como el cocinero mayor.

Volvió de nuevo á su inútil pesquisa.

Y todo esto le acontecía parado, siendo objeto de la curiosidad de los que pasaban y cruzaban, que no podían menos de decirse:

¿Qué acontecerá al cocinero mayor?

Y Montaña no se acordaba de que había dado á Quevedo la carta y de que Quevedo no se la había devuelto.

Entonces, aturdido enteramente, vacilante, asustado, semimuerto, salió del patio del alcázar, en donde se encontraba, y escapando por la puerta de las Meninas, tiró hacia el laberinto de callejas del cuartel situado frente al alcázar, y se perdió en él.

CAPÍTULO XXV

DE CÓMO LOS SUCESOS SE IBAN ENREDANDO, HASTA EL PUNTO DE ATURDIR AL INQUISIDOR GENERAL

Por aquel mismo tiempo el padre Aliaga se paseaba en su celda.

A juzgar por el semblante sombrío, pálido, inmóvil del confesor del rey, debía suponerse que gravísimos pensamientos le ocupaban.

De tiempo en tiempo se detenía, leía una carta arrugada que tenía en la mano, crecía su palidez al leerla, temblaba, y volvía á arrugar la carta en un movimiento de despecho.

Aquella carta era la que le había escrito doña Clara Soldevilla, acusando ante la Inquisición á Dorotea y á Gabriel Cornejo.

Aquella acusación era gravísima.

La carta contenía lo siguiente:

«Respetable padre y señor fray Luis de Aliaga: El celo por la religión de Jesucristo, y mi amor á la reina nuestra señora, me obligan á revelaros lo que por fortuna he podido averiguar y que interesa al servicio de Dios y al de su majestad. Se trata de dos miserables, de un hombre y una mujer: el hombre es un galeote huído, un hereje hechicero que vende untos, y hace ensalmos y presta á usura. Se llama Gabriel Cornejo y tiene una ropavejería en el Rastro. La mujer es comedianta, hermosa y joven, y se llama Dorotea. Vive en la calle Ancha de San Bernardo. Es mujer de mala vida, y de malas costumbres, y de malos hechos, y tiene entretenidos á un tiempo al duque de Lerma y á don Rodrigo Calderón. Es hija de padres desconocidos, según he podido averiguar, y para asegurarse del amor de esos dos hombres, se vale de bebedizos y otras artes reprobadas. He sabido esto procurando aclarar un misterio que interesa sobre manera á la honra y acaso á la vida de su majestad la reina. Yo sé cuánto os interesáis por su majestad, fray Luis; lo sé tanto, que no dudo que siendo vos inquisidor general, y aun cuando no lo fuérais, haríais cuanto fuese necesario hacer para sellar los labios de esos dos miserables, que, os lo repito, pueden comprometer gravemente á su majestad. Si queréis informaros mejor, decidme dónde podremos vernos, pero entre tanto asegurad, os lo ruego, á esas dos personas, y haced de modo que no puedan hablar con nadie. Es cuanto tengo que deciros. Vuestra humilde servidora, doña Clara Soldevilla.»

Esta carta había sido dictada á doña Clara, por su lealtad, por su amor á Margarita de Austria, que más que su señora era su amiga; pero además de esto, había en doña Clara

otro empeño íntimo de que no podía darse cuenta, pero que la impulsaba á hablar de una manera hostil contra Dorotea: su sospecha de que la comedianta hubiese visto al joven, de que le amase, de que el bufón tuviese empeño de favorecer los amores de Dorotea.

Doña Clara, en fin, no había escrito aquella carta sin un secreto placer, el placer de la venganza; porque una intuición misteriosa, una conciencia íntima, la decía que Dorotea amaba á aquel joven que era tan hermoso, tan leal, tan noble, tan valiente.

La carta de doña Clara había aturdido al padre Aliaga.

Aquella carta era para él gravísima.

En el momento que la leyó, la arrugó con cólera entre sus manos.

Porque cuando el padre Aliaga estaba solo, era un hombre distinto del que conocían las gentes.

Entonces no era humilde, ni su semblante conservaba la inmovilidad glacial que el mundo veía en él.

Por el contrario, su frente se levantaba con altivez, ceñuda, pálida, como cargada de tempestades.

Sus negros ojos brillaban, relucían, chispeaban, parecía que llevaban en sí una expresión de reto continua, persistente, indomable.

Su paso no era lento, grave y acompasado, sino vago, indeciso, maquinal, nervioso, por decirlo así.

Estaba abandonado á sí mismo, y se reflejaban en su semblante, en su ademán, en sus movimientos, pasiones enérgicas, tanto más violentas cuanto estaban de continuo más dominadas, más subordinadas á la conveniencia delante del mundo.

¿Conque comprendecía con voz ronca, consultando un pasaje de la carta, cuánto me intereso por su majestad la reina? ¿Conque es decir, que en vano he pasado días y noches de afán y de delirio, luchando conmigo mismo? ¿veinticuatro años de esfuerzos inútiles, puesto que esa mujer comprende?... sí, sí; lo dice con seguridad, lo afirma: con esas palabras se dirige á mi conciencia. ¿Lo habrá notado también la reina? No; su orgullo la defiende, la ciega. ¿La habrá dicho doña Clara?... ¿La habrá avisado? No, no; esa mujer no se habrá atrevido... Yo lo sabré, yo lo comprenderé, y doña Clara no

volverá á leer en mi alma, porque me ha avisado. ¡Y Dorotea!... ¡Dorotea! ¡la hija de aquella otra Margarita, infeliz!... ¡la acusan aquí!... ¡en esta carta! ¡ella y ese Gabriel Cornejo pueden comprometer á la reina!... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y esta última exclamación del inquisidor general, más que una humilde invocación á Dios, era la impaciente queja de un alma exasperada por el sufrimiento, saturada de dolor, violentada, enferma, desesperada.

Los ojos del padre Aliaga resplandecían con un fuego febril.

Su cuerpo temblaba de una manera poderosa.

¡El mundo! ¡la tentación! ¡siempre combatiéndome, siempre poniéndome á punto de ser vencido! exclamó con acento desesperado; ¡siempre fijo en mí el recuerdo doloroso de la una, la aspiración desesperada, oculta, comprimida, hacia la otra! Dos imposibles, porque sólo Dios podría levantar de la tumba á la Margarita humilde; sólo Dios podría llenar el abismo que me separa de la Margarita altiva; ¡y esa coincidencia en el nombre!... y luego... la hija de la una, enemiga, ó yo no sé qué de la otra! ¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y esta segunda invocación del padre Aliaga fué más rugiente, más desesperada, en una palabra, más blasfema que la primera.

Y volvió á leer la carta palabra por palabra, sílaba por sílaba, letra por letra; la devoró con una mirada hambrienta, como pretendiendo traslucir el misterio que bajo aquellas letras se revolvía, grave, misterioso, aterrador, y volvió á arrugar con cólera la carta entre sus manos.

De tiempo en tiempo consultaba con impaciencia la muestra de un enorme reloj de pared.

Ya es la tardedijo; el bufón vendrá... vendrá... de seguro... no puede tardar... el tío Manolillo tiene un gran interés por Dorotea; acaso la ama... acaso es por ella tan desgraciado como yo... por él... él puede mostrar al mundo su desesperación; él no está adherido al claustro; él no está ligado por ningún voto, por ningún juramento; él puede decir sin temor al mundo: yo soy hombre; ¡yo!... yo me veo obligado á hacer creer que soy un cadáver vivo, un cuerpo sin corazón, un alma sin pasiones... ¡Mentira! ¡mentira repugnante!... Hay momentos en que lo intenso de nuestra desesperación, que se concentra en un ser que no pertenece al mundo, nos hace mirar con desprecio todo lo que al mundo pertenece; hay momentos en que creemos que nuestro corazón ha muerto, que no existe nada que pueda hacerle latir; necesitamos la soledad y el silencio

y las tinieblas, todo aquello en que hay menos vida, todo aquello que habla más al alma, entonces nos arrojamus al pie de un altar, pronunciamos un voto; después... ¡oh! después, cuando el tiempo, que si todo no lo cura, lo gasta todo, ha cubierto con una capa más ó menos densa de olvido, de ese polvo que cae sobre el alma, nuestros dolores... ¡oh! entonces... entonces... podemos ver otro ser... una mujer, por ejemplo... y entonces volvemos con desesperación los ojos en derredor de la prisión que encierra, no nuestro cuerpo, sino nuestra alma... de ese claustro que nos dice con su silencio: soy tu sepulcro ó tu infierno.

El padre Aliaga calló y siguió paseándose lento y solemne por la celda con la carta de doña Clara arrugada entre las manos...

Pasó algún tiempo.

Oyéronse al fin pasos en el corredor.

Pasos tardos y acompasados.

Se abrió la puerta de la celda y apareció el hermano Pedro.

Aquel lego en quien el padre Aliaga tenía tanta confianza.

Sin embargo, al sentir sus pasos, el padre Aliaga se había dirigido á uno de los balcones y permanecido de espaldas á la puerta como si se ocupase en mirar algo en la huerta del convento.

El lego no podía ver su semblante.

Nuestro padredijo, un hombre pide hablaros con urgencia.

¡Que entre, que entre!dijo el padre Aliaga suponiendo que aquel hombre era el tío Manolillo.

Poco después el padre Aliaga sintió pasos en la celda.

Aún estaba de espaldas; aún no estaba seguro de que hubiesen desaparecido de su semblante las huellas de la lucha anterior, y quería evitar que nadie lo adivinase.

El hombre que había entrado se había detenido y no hablaba.

El confesor del rey se volvió. Su semblante estaba completamente sereno. Al volverse vió que quien había entrado en su celda no era el bufón, sino el cocinero del rey.

Francisco Martínez Montiño venía mojado completamente.

Su capa goteaba, ó por mejor decir, chorreaba la lluvia que había empapado sobre la estera de la celda.

Era una de esas tardes lóbregas, en que parece que la Naturaleza, sobrecogida por un dolor silencioso, se cubre con un velo y llora.

Una tarde de luz fría y débil, melancólica y opaca, en que al gotear continuo y múltiple de la lluvia se unía de tiempo en tiempo el silbido seco y sonoro del viento del Norte.

Nada, pues, tenía de extraño el estado en que se encontraban la gorra, la capa y los zapatos de Francisco Martínez Montiño.

Pero lo que era verdaderamente alarmante era el estado moral en que, á juzgar por el estado de su fisonomía, se encontraba el cocinero mayor.

Había algo de insensatez en su mirada, en la contracción de su boca, en la actitud de su cabeza, y la chispa de razón que en aquel semblante se revelaba aún era una razón desesperada.

Temblaba además el mísero, y de una manera tal, que se comprendía harto claro que no era el frío lo que le hacía temblar.

¿Para qué me querrá este hombre y en este estado?dijo para sí el padre Aliaga al ver á Montiño.

A pesar de ser el dominico un padre muy respetado en Atocha, confesor del rey, y además recientemente inquisidor general, era un hombre de costumbres sencillas, humildes, hasta el cual todo el mundo tenía acceso.

En cuanto se comunicó á la Inquisición su nombramiento, el Consejo de la Suprema le invitó á que ocupase la casa, casi palacio, que el inquisidor general tenía en Madrid.

El padre Aliaga lo agradeció mucho; pero á pretexto de que tenía amor á su celda, declaró que permanecería en ella.

Enviáronle pajes, familiares y servidores, y como el padre Aliaga no quería ser espiado, y temía que para sólo eso se le hubiese nombrado inquisidor general, despidió aquella servidumbre.

Enviaron algunos alguaciles, para que sin pasar de la portería del convento estuvieran á la disposición de su señoría el señor inquisidor general, y se deshizo también de los alguaciles.

Mandáronle una magnífica carroza, y el padre Aliaga lo agradeció mucho, y dijo que le bastaba con su silla de manos de baqueta negra.

Pusiéronle por delante el decoro inquisitorial, y contestó que cuando con la Inquisición fuese á alguna ceremonia, iría como al decoro de la Inquisición conviniera.

Todas estas contestaciones pasaron en dos horas después de que el padre Aliaga volvió aquella mañana de palacio.

El Consejo de la Suprema le dejó en paz esperando á ver por dónde saldría el fraile dominico, á quien todos, exceptuándose muy pocos, creían un pobre hombre.

Así es que á Montaña no le costó el ver á aquel personaje, terrible por su posición, más trabajo que el de ir al convento de Atocha.

El padre Aliaga le conocía personalmente y le habló con suma afabilidad.

Sentáos, sentáos, señor Francisco Montaña le dijó sobre todo quitáos esa capa que debe helaros.

¡Ah, señor! no es la capa la que me hieladijo el cocinero mayor.

Pues hace frío repuso con su impasibilidad delante de las gentes el padre Aliaga; el invierno es muy crudo...

Y avivaba los tizones de la chimenea.

Pero más cruda mi fortunadijo Montaña.

¿Pues qué desgracia os ha sucedido? dijo el confesor del rey, dejando de ocuparse de los tizones y mirando de hito en hito á Montaña.

¡Oh! ¡si sólo fuese una desgracia!

¡Qué! ¿es más que una desgracia?

Sí; sí, señor, porque son muchas desgracias.

¡Válgame Dios!dijo el padre Aliaga; la vida es una prueba...

Sí; sí, señor, una prueba muy amarga.

Pedid fuerzas á Dios, y Dios os las dará.

¡Dios me castiga!exclamó Montañó en una tremenda salida de tono, chillona, desesperada y rompiendo al mismo tiempo á llorar.

¡Vamos!dijo el padre Aliaga; confiad en que Dios es infinitamente misericordioso, y que si os castiga hoy os perdonará mañana.

Soy muy pecador... y lo que á mí me sucede...

Me parecéis muy desesperado...

¡Sí; sí, señor! ¡terriblemente desesperado!

Montañó se calló esperando á que el padre Aliaga le preguntase, pero el padre Aliaga se redujo á dejarle oír una de esas frases generales de consuelo, que toda persona buena dirige á un semejante suyo á quien ve atribulado.

Después el padre Aliaga se calló también.

Hubo algunos momentos de silencio.

¡Perdonadme, señor!dijo tartamudeando Montañó.

¿Y de qué os he de perdonar?contestó con dulzura el padre Aliaga.

Vos, señor, sois un gran personaje.

No lo creáis; yo soy un siervo de Dios, aunque indigno, y vuestro hermano.

Sois confesor del rey.

Lo que no me hace ni más ni menos sacerdote que otro.

Sois inquisidor general...

El rey me lo manda.

Y yo soy un cocinero, no más que un cocinero, que aunque lo es del rey...

No dejáis por eso de ser cristiano y hermano mío.

¡Ah, señor! ¡qué bondadoso sois!

No tal; pero dejáos de señorías y llamadme padre.

Pues bien, padre Aliaga, ya que me dais valor, voy á deciros... me atrevo á deciros...

Montiño se detuvo.

Fray Luis siguió arreglando sus tizones.

Pues... me atrevo á deciros, aunque os parezca impertinencia, que vengo á confesarme con vos.

Vos no sois impertinente por eso; todos los días abro el tribunal de la penitencia á desdichados que son tan pobres que me veo obligado á recomendarlos al limosnero de su majestad.

Nadie hay tan pobre como yo...dijo Montíño saliéndose de nuevo de tono.

¿Venís preparado?dijo el padre Aliaga.

¿Preparado para qué...?dijo el cocinero, que se alarmaba por todo.

Para hacer una buena confesiónrepuso el padre Aliaga; he querido preguntaros si habéis hecho examen de conciencia.

Os diré, padre Aliaga: yo no había pensado hasta hace algunos momentos en hacer confesión general.

Resulta, pues, que no venís preparado y no puedo confesaros hoy.

El padre Aliaga esperaba con impaciencia al tío Manolillo, y quería quitarse de encima de la mejor manera posible al cocinero mayor.

Tenéis razón, señordijo Montaña, pero como se trata de hacer una confesión general, yo me atrevería á suplicaros...

Montaña se detuvo; fray Luis no dijo una sola palabra.

Pues... yo me atrevería á suplicaros... que... me dirigiéseis... me ayudáseis en mi examen de conciencia... y como se trata de una confesión general... y como yo he sido muy malo!

Y para pronunciar esta última frase, salió de nuevo de tono y más ruidosamente que las veces anteriores, el cocinero mayor.

El padre Aliaga sintió un poderoso impulso de impaciencia, casi de despecho.

Su pensamiento estaba fijo en el bufón del rey, que según él, debía llegar de un momento á otro.

Montaña había llegado á ponerse en la situación de uno de esos grandes estorbos que contrarían al más paciente.

Sin embargo, el impenetrable semblante del padre Aliaga no se alteró.

Montaña se le había venido encima con una petición á que no podía negarse como sacerdote.

Además, no quiso alegar ninguna ocupación.

Y, por último, á pesar de la contrariedad que le causaba aquel incidente, tenía un interés vago en conocer la conciencia del cocinero mayor, que por su estado febril, por lo exagerado de su expresión, por otros mil indicios patentes, daba á conocer claro que se hallaba en una situación grave.

Y todo el mundo sabía, y en particular el padre Aliaga, que Francisco Martínez Montaña era en la corte algo más que cocinero del rey.

¡Tratáis de hacer una confesión general!dijo el padre Aliaga; esto es grave.

¡Oh! sí; lo que me sucede es muy gravedijo Montañón; desde ayer han pasado por mí tantas desdichas que con ellas se puede llenar un libro, y por grande que fuese no sobraría mucho. ¡Ayer era yo tan feliz!

¡Erais feliz y os confesáis malo!

¡Ah, padre! todo me venía bien y tenía dormida la conciencia.

El que aduerme su conciencia puede despertar condenado.

Cuando la desgracia me ha herido, he dicho para mí: esto es que Dios me avisa. Había salido del alcázar loco y desesperado sin saber qué hacer, sin saber dónde ir, y me acordé de vos, padre.

Hicisteis bien, pero nos vamos olvidando del asunto principal.

Sí, ciertamente; de mi examen de conciencia.

Veamos: recorramos el decálogo. ¿Habéis amado á Dios sobre todas las cosas?

Quedóse Montañón mirando de una manera perpleja á fray Luis.

Luego suspiró profundamente y dijo:

Lo que yo he amado más sobre todas las cosas ha sido...

Y se detuvo.

Ved que estáis hablando con vuestra concienciaobservó el padre Aliaga.

Montañón hizo un poderoso esfuerzo y contestó:

Lo que yo he amado sobre todas las cosas ha sido... el dinero.

Me dais cuidado por vuestra alma, Montañón dijo fray Luis; el amor al dinero trae consigo muchos y grandes pecados.

En efecto, he pecado mucho.

¿Y os habéis hecho rico...?

Vaciló Montaña entre su codicia, que le impulsaba á ocultar su riqueza, y su temor á un terrible castigo de Dios, que creía ya empezado en las desgracias que una tras otra se le habían venido encima y seguían viniéndosele desde la noche anterior.

Al fin triunfó el miedo.

Sí; sí, señor dijoso... muy rico.

¿Qué medios habéis empleado para adquirir esa riqueza?

Púsose notablemente encarnado Francisco Montaña y guardó silencio.

¿A qué queréis, pues, que yo os auxilie para prepararos dignamente á una confesión general? dijo con dulzura el padre Aliaga.

A los quince años me huí de la casa de mis padres, robándolos.

¿Considerablemente?

Les hurté veinticinco ducados y una mula, que vendí en llegando á Madrid en otros diez ducados. Con aquel dinero viví ocioso algún tiempo. Cuando se me acabó el dinero, cuando sentí el hambre, quise buscarme la vida, y logré entrar de galopín en la cocina de la señora infanta doña Juana. Allí me apliqué al oficio...

En el que habéis adelantado. Sois un cocinero famoso... según dicen.

Cuando me tranquilice, yo mismo, por mi misma mano, os haré una merienda que os convencerá de que sé cumplir con mi obligación.

Gracias, seguid; hablábamos de vuestros pecados por el desordenado amor que tenéis al dinero.

Padre fray Luis, yo creía que con el dinero se conseguía todo.

Sí, en la tierra; pero no en el cielo.

Ni en el cielo ni en la tierra. Por rico que sea un hombre no puede librarse de que se la pegue su mujer... y á mí me han engañado dos. Soy muy desgraciado.

Acaso seáis, más que desgraciado, mal pensador.

¡Tan buena la una como la otra!

Ya llegaremos á eso, ya llegaremos. Estamos en que entrásteis de galopín en la cocina de la infanta doña Juana.

Sí; sí, señor; y como el salario era corto, hurté.

¡Hurtásteis!

Cuanto pude; hasta las especias.

Hicísteis muy mal.

¡El amor al dinero!...

El padre Aliaga iba ya fastidiándose.

Reduzcámonos, reduzcámonos, porque no es necesario que me contéis vuestra vida. ¿De cuántas maneras habéis pecado por el dinero?

Hurtando sagazmente, y procurando que la culpa de mis hurtos no cayese sobre mí.

Eso es ya un grave delito. ¿Y de qué otro modo más?

Cuando fuí cocinero mayor del rey, poniendo en las cuentas otro tanto del gasto.

¿Y de qué otro modo?

¡Ah, sirviendo á todo el que me ha pagado bien!

Entendámonos; más claro: ¿qué clases de servicios han sido esos?

Siendo espía de los unos y de los otros.

¿De qué unos y de qué otros?

Del padre y del hijo, del tío y del sobrino.

Más claro.

Se comprende fácilmente: el padre es el duque de Lerma; el hijo, el de Uceda; el otro, don Baltasar de Zúñiga, y el sobrino, el conde de Olivares, esto sin contar el de Lemos y otros...

¿De modo que habéis vivido engañando á todo el mundo?

El amor al dinero... Porque sin el dinero...

¿Habéis llegado al punto de matar por el dinero?

¡Ah, no, señor; no, señor! exclamó todo horrorizado Montañón.

¿Y si os pagaran por envenenar á una persona que hubiese de comer de vuestros manjares?

He sido y soy codicioso exclamó, levantándose el cocinero mayor, lo confieso; pero matar... ¡eso no, no, no!

Y había verdadero horror, verdadera repugnancia en el aspecto, en la mirada, en el acento de Montañón.

El padre Aliaga se tranquilizó.

No podía dudarse de aquella situación del cocinero mayor.

Sin embargo, dijo:

Es pública voz y fama que se han dado bebedizos al rey.

Mientras se hace la comida de su majestad, nadie levanta una cobertera que yo no lo vea, nadie echa una especia que yo no examine; tengo hasta la sal guardada bajo llave. Pero su majestad come y bebe con mucha frecuencia en las Descalzas Reales.

¡Religiosas!

Religiosas, sí; pero la madre Misericordia es sobrina del duque de Lerma.

¿Y bien?...

¡Si yo tuviera una carta que me dió para el duque la madre Misericordia! Es verdad que si yo no hubiera perdido esa carta, no me hubiera desesperado hasta el punto de pensar en hacer confesión general.

Pero ¿tan importante creéis que era esa carta?

¿Y qué sé yo?

¿Y no recordáis cómo la habéis perdido?

¡Que si lo recuerdo!... Cuando la eché de menos no lo recordaba... pero cuando salí de palacio... el frío, la lluvia me refrescaron de tal modo, que me acordé de que se me ha quedado con esa carta don Francisco de Quevedo.

Veo con disgusto que andáis en muy malos pasos, señor Francisco.

Sí; sí, señor; el amor al dinero.

Veo, además, que habéis pecado tanto por el dinero, que desde ahora, sin que os confeséis, puedo deciros...

¡Qué! ¡señor!

Que si no reparáis el mal que habéis hecho, os condenáis.

Estremecióse todo Montañó.

¡Que me condeno! exclamó.

Irremisiblemente.

¿Y qué he de hacer, qué he de hacer, padre?

Fray Luis miró profundamente al cocinero mayor.

Había creído que le echaban aquel hombre para explorarle, y le había tratado con la mayor reserva. Pero muy pronto se convenció de que el cocinero obraba de buena fe, que estaba desesperado, que tenía miedo.

Comprendió, además, que siendo como era avaro y de una manera exagerada Montañó, no había que pensar en imponerle reparaciones respecto á su dinero.

Consideró también que por esa misma avaricia, además de darle buenos consejos, se le debía dar dinero para que sirviese mejor.

En una palabra, el padre Aliaga determinó utilizar al cocinero mayor.

La manera de reparar en cierto modo el mal que habéis hechole dijo, es decidiros á servir fielmente á una sola persona.

¿A quién, señor?

Al rey.

¡Al rey! ¿pues qué, acaso no le sirvo?

No por cierto: servís á sus enemigos.

Yo creía que esos caballeros podían muy bien ser enemigos entre sí, pero al mismo tiempo leales servidores del rey.

Os engañáis; todos los que hoy se agitan alrededor del rey, piensan antes en su provecho que en lo que conviene á su majestad. Y ciertamente que no podéis decir vos que no sabéis las traiciones de esos hombres, cuando anoche un vuestro sobrino tuvo ocasión de prestar un eminente servicio á la reina.

He ahí un muchacho que tiene muy buena suertedijo Montíño con envidia; todos me hablan bien de él, todos le protejen: hasta el duque de Lerma.

¡El duque de Lerma!

¿Qué creéis que me ha dado para él el duque de Lerma?

¡Oro!

No por cierto: una encomienda. Mirad, padre.

Y Montíño sacó un estuche y le abrió.

Pero eso es un collar de perlasdijo el padre Aliaga.

Montiño, que no se había repuesto de su turbación, había tomado un estuche por otro, y había mostrado al fraile la alhaja que el duque de Lerma le había dado para seducir á la aventurera con quien se pensaba entretener al príncipe don Felipe.

Esto es otra cosadijo precipitadamente Montiño.

El padre Aliaga no contestó.

Montiño se encontraba terriblemente predispuesto á la confesión y continuó:

Esta alhaja me la ha dado el duque para una dama.

Hizo un gesto de repugnancia el padre Aliaga.

Se trata de una dama á quien conoce el duque de Uceda.

¡Qué vergüenza! ¡qué corrupción! ¡qué escándalos! exclamó el padre Aliaga.

Es una dama muy hermosa, de quien pretenden se aficionó el príncipe de Asturias.

¡Ah!

Una perdida, aunque no lo parece.

Importa al servicio del rey que averigüéis quién es esa mujer.

Esa mujer se ha presentado en la corte hace un año.

¿De dónde ha venido?

No sé más.

¿Cómo se llama?

Doña Ana.

¿Doña Ana de qué?

Doña Ana de Acuña.

El apellido es noble.

Ciertamente: se llama viuda de un caballero de la montaña.

¡Ah! todas estas son viudas ó tienen su marido ausente.

Y presente el amante.

¿Y quién es el amante de esa mujer?

El amante de esa dama es el amante de mi mujer.

¡El amante... de vuestra mujer!...

Sí, señor; he sido muy desgraciado en el matrimonio; me he casado dos veces: mi primera mujer era muy aficionada á los pajes; llevósela Dios y quedéme en la gloria; pero como me había quedado una hija, necesité casarme de nuevo; mi segunda mujer ha salido muy aficionada á los soldados, y como es soldado el amante de doña Ana de Acuña...

Mirad, no levantéis un falso testimonio á vuestra esposa.

¡Un falso testimonio! si yo no supiera de seguro que mi mujer es amante del sargento mayor don Juan de Guzmán ¿por qué había de estar desesperado?

¡Don Juan de Guzmán! exclamó el padre Aliaga, poniéndose pálido; yo conocí á un Juan de Guzmán, soldado de á caballo; ¿qué edad tiene ese hombre?

Más de cuarenta años, pero aparenta menos.

Quedóse profundamente abismado en su pensamiento el padre Aliaga.

Guardó por un largo espacio silencio.

¡Juan de Guzmándijo al fin, es amante de una aventurera de quien se valen ellos! ¡y además es amante de vuestra mujer!

Sí, señor.

¿Habéis dado algún escándalo en vuestra casa?

¡No; no, señor! intenciones de más que eso he tenido... ¡pero quiero tanto á mi mujer!... á la pobre han debido darla algún bebedizo.

¿Ha podido sospechar vuestra mujer que conocéis su falta?

No; no, señor.

Pues bien, seguid obrando en vuestra casa como si nada supiérais.

Sí; sí, señor.

¿Qué pretende el duque de Lerma de esa doña Ana?

Montiño contó al padre Aliaga lo que respecto á aquella mujer le había encargado el duque de Lerma.

Es hasta donde puede llegar la degradación dijo el inquisidor general; de todo se echa mano. Oíd, Montaña: estáis hablando al mismo tiempo que con el sacerdote, con el confesor del rey y con el inquisidor general.

Estremecióse Montaña.

El padre Aliaga había cambiado de expresión y de acento.

Yo, señor dijo balbuceando, he venido á buscar en vos amparo y consuelo.

Y yo no os lo niego; pero habéis pecado mucho, y es necesario que reparéis el mal que habéis hecho sirviendo de medio para que el crimen no triunfe de la virtud.

Os serviré, señor.

Hablábamos de vuestro sobrino. ¿Quién es ese joven?

Ese joven, señor, no es mi sobrino dijo Montaña, que temblaba como un azogado.

¿Que no es vuestro sobrino?

No, señor.

¿Pues por qué se nombra vuestro sobrino?

El cree que lo es.

Decidme lo que sabéis acerca de ese joven.

Os voy á confesar un terrible secreto de familiadijo Montaña sacando con miedo la carta de su hermano Pedro, que había traído para él la noche anterior el joven.

Yo guardaré ese secreto bajo confesión dijo el fraile.

Montaña entregó la carta al padre Aliaga, que se levantó y fué á leerla junto á la vidriera de un balcón.

El padre Aliaga leyó y releyó aquella carta.

Luego volvió junto al cocinero mayor.

¿Sabe esto alguien? dijo guardando la carta del difunto Pedro Montaña, con gran cuidado el cocinero.

Sí, señorexclamó Montaña; lo sabe una mujer.

¿Qué mujer es esa?

Doña Clara Soldevilla.

¿Ha estado alguna otra vez ese joven en la corte?

No, señor.

¿Y entonces cómo conoce á doña Clara?

Yo no lo sé, pero en palacio le conocen y mucho.

Hablad, hablad.

Yo creo, señor, y casi tengo pruebas, que doña Clara sólo es la cortina de ciertos amores.

Explicáos.

La reina...

¡Qué decís de la reina!...

La reina ama á mi sobrino.

Pasó algo siniestro por el semblante del fraile.

¿Decís exclamó que su majestad ama á ese joven?

Estoy casi cierto de ello.

¡La prueba! ¡la prueba!

No puedo dárosela ahora, pero os la daré.

Si me la dais, os hago doblemente rico.

Montiño miró de una manera extraviada al fraile. Su corazón se embrolló más y más, los grandes ojos negros del padre Aliaga le devoraban; no era ya la mirada indiferente y tranquila de antes la suya; había en ella inquietud, ansiedad, cólera... un mundo entero de pasiones.

¡Habéis dicho exclamó roncamente que la reina ama á ese caballero!

Sí; sí, señor, y creo... creo tener pruebas... en fin... yo... averiguaré...

Sí... sí... averiguad... pero esto es imposible, imposible de todo punto añadió como hablando consigo mismo el confesor del rey; y sin embargo, las mujeres...

Son muy caprichosas, señor; ya veis, mi mujer...

¡Vuestra mujer!... ¡vuestra mujer!... ¿decís que es querida del sargento mayor don Juan de Guzmán?

¡Sí, señor!

¿Cómo ha llegado ese hombre al empleo que tiene?

Le favorece don Rodrigo Calderón.

¿Y favoreciéndole don Rodrigo Calderón, ese hombre ha enamorado á vuestra mujer?...

¿Qué pensáis de eso?

Vigilad á vuestra mujer.

¿Y no sería mejor que vos, señor, que sois inquisidor general, encerráseis á ese hombre?...

Haced lo que os mando.

Lo haré, señor.

Además, en esta carta de vuestro difunto hermano que me habéis dado, se dice que existe un cofre sellado.

Sí; sí, señor.

¿Dónde está ese cofre?

Le tengo yo.

Traedme ese cofre esta misma noche.

¡Ese cofre, señor! ¿pero no sabéis que es un secreto?

Para la Inquisición no hay secretos.

¡La Inquisición! exclamó aterrado Montañón.

Lo que me habéis revelado es muy grave, para que la Inquisición deje de ocuparse de ello.

Pero yo os lo he revelado en confesión.

No importa. Si no queréis exponeros vos mismo, obedeced.

Obedeceré, señor.

Esta noche, tarde... á las doce, por ejemplo...

El cofre es muy pesado, señor.

Emplead para traerle cuantos hombres fuesen necesarios.

¡Ah!

Ahora oíd. No escandalicéis en vuestra casa.

¡Si no me atrevo á ello, señor!

¿Habéis dado ocasión para que vuestra mujer vea en vos desconfianza?

No; no, señor.

Pues bien, no la deis. Seguid tratando á vuestra mujer como de costumbre.

Es, señor... que... no sé en lo que consiste, pero ahora la quiero más que antes.

Seguid, seguid sin novedad alguna.

Muy bien, señor.

Respecto al duque de Lerma, seguid sirviéndole de la misma manera que le habéis servido hasta aquí.

¿Pero no me habéis dicho que peco sirviéndole de ese modo?

Si antes pecásteis obrando así, ahora que persistiendo en esas obras serviréis al rey, hacéis una obra meritoria.

¡Ah!

Para que lo entendáis más claro: antes obrábais por codicia, por interés vuestro; ahora sois en cuerpo y en alma un hombre que sirve al Santo Oficio, para servir al rey.

¡Ah! ¡es decir, yo!...

Vos me daréis parte de cuanto sepáis, de cuanto veáis, de cuanto oigáis...

Pero yo acaso no sirva para eso.

Servís demasiado para servir al duque de Lerma.

¿Y es preciso absolutamente que yo?...

Si os negáis á ello, será prudente prenderos: sabéis secretos demasiado graves.

Contad enteramente conmigo, señor.

No, no soy yo quien cuento con vos, sino la Inquisición, siempre justa, siempre previsora. Por ejemplo: habéis descubierto que su majestad la reina ama á... vuestro sobrino postizo... observad... observad... vos por vuestro empleo en palacio, podéis...

No sé si puedo mucho.

Procuradlo... y no dejéis de avisarme... de lo más mínimo que descubráis acerca de esos amores.

¡Oh, Dios mio!

¡Quién pudiera creerlo!... ¡quién pudiera siquiera sospecharlo!... ¡la reina!...

Es en verdad muy extraño... pero ello en fin... y yo he podido equivocarme.

¡Oh! ¡si os hubiérais equivocado!

Montiño no pudo comprender el verdadero sentido de la exclamación del padre Aliaga: si era una amenaza para él, ó un deseo íntimo del fraile.

¿Conque decís dijo al fin que yo debo seguir en mi oficio de espía y de corredor para ciertos asuntos del duque de Lerma?

Sí.

¿Debo, pues, llevar este collar á doña Ana de Acuña?

Indudablemente.

¿Y después debo decirlo lo que me haya dicho esa dama?

Sí.

Una cosa hay, sin embargo, que yo no puedo hacer.

¿Cuál?

Llevar al duque de Lerma la carta que me ha dado para su excelencia la abadesa de las Descalzas Reales... porque... ¡como don Francisco de Quevedo me ha quitado esa carta!

No se la llevéis.

Es que todo está entonces echado á perder... porque... de seguro... al no recibir contestación de su excelencia la madre abadesa... le escribirá de nuevo... se descubrirá... ó se creará descubrir que yo he hecho mal uso de su carta... desconfiará de mí el duque...

Esperaddijo el padre Aliaga.

Y se fué á la mesa, se sentó y escribió lentamente una carta que cerró y selló, con el sello del uso privado del inquisidor general, sobre una especie de lacre verde.

Tomaddijo: llevad esta carta á la madre Misericordia y os dará otra, que llevaréis al duque de Lerma.

¡Ah! Dios os lo pague, señor; porque la pérdida de esa carta era una de las cosas que me tenían desesperado exclamó con alegría el cocinero mayor.

Ahora, idosdijo el padre Aliaga, y no os olvidéis de volver esta noche á la hora que os he dicho, con ese cofre y con las noticias que hayáis podido adquirir.

Francisco Martínez Montaña saludó profundamente al inquisidor general, salió de la celda, y se alejó aturdido, con el pensamiento embrollado y en paso vacilante como el de un ebrio.

En tanto el padre Aliaga había quedado inmóvil, pálido, sombrío, con los brazos fuertemente apoyados en la mesa.

¡Dios me castiga! exclamó; no he sabido dominar mis pasiones: mi cuerpo está en el claustro, pero mi alma en el mundo; soy un miserable hipócrita. Amo... á una mujer casada... á la esposa de mi rey... de mi hijo... porque yo soy su confesor... Yo que le reprendo sus malos deseos, sus debilidades, no sé acallar el grito de los míos, no sé ser fuerte... y al saber... al oír que ella ama á otro, por más que esto pueda ser una equivocación, una calumnia, me estremezco de celos, y siento odio... un odio terrible á ese hombre... que dicen ama ella... y le haría pedazos entre mis manos...

El padre Aliaga echó violentamente hacia atrás su pesado sillón, se levantó y se puso á pasear irritado á lo largo de su celda.

¿Y si no es una calumnia?dijo con voz cavernosa, después de algunos minutos de meditación¿si en efecto ella... olvidada de todo, le amase?... ella me escribió anoche... él trajo su carta... anduvo muy reservado en sus contestaciones... y es joven y hermoso... tiene esa figura, esa expresión... ese conjunto... esa alma... ese todo que tanto agrada á las mujeres... y la carta de la reina... me le recomendaba eficazmente... veamos otra vez esa carta...

Y se fué á su mesa, abrió los cajones y los revolvió inútilmente.

La carta no parecía.

¡Oh!exclamó recordando; ¡la quemé!... pero... yo la recordaré entera... la recordaré porque quiero recordarla... la memoria obedece á la voluntad.

Y con toda su voluntad, con todo su deseo, el padre Aliaga procuró recordar el contenido de la carta de la reina.

Y le recordó, pero de una manera truncada, á trozos.

¡Oh!dijo; la reina me decía que importaba mucho que ese joven estuviese en palacio... en la guardia española... me mandaba comprarle una provisión de capitán... y me hablaba con calor de él...

El alma del padre Aliaga se ennegreció más.

¡Oh!exclamó; ¡la gratitud de las mujeres! las mujeres no saben tener por un hombre un afecto profundo, sin que aquel afecto las lleve al amor... ¡si al verse salvada de un peligro por ese joven!... pero en todo caso... si nunca ha estado ese joven en Madrid... si anoche le vió ella por primera vez, no puedo suponerla tan liviana que... aún hay tiempo... indudablemente... obrando con sagacidad y energía podrá evitarse... pero si todo esto no fuese más que una locura de Montañó... una exageración de mi recelo...

El padre Aliaga detuvo su paseo y miró á las vidrieras.

Ya obscurecedijoy el bufón no ha venido... ¡el tío Manolillo! acaso el tío Manolillo pudiera darme alguna luz.

¿Se puede hablar con vuestra señoría?dijo á la puerta el bufón, como si le hubiera evocado el pensamiento del padre Aliaga.

Entrad, entraddijo con mal encubierta ansiedad el padre Aliaga; ¡cuánto habéis tardado!

Decid más bien, que habéis estado muy entretenido. Pero cerrad bien la puerta, padre Aliaga, cerradla bien, que tenemos que hablar cosas que no conviene que las oiga nadie.

Dejad, antes es necesario que nos traigan luz; ya ha oscurecido.

Y decidme, ¿hay por aquí algún lugar donde yo me oscurezca, de modo que no me vea el que traiga la luz?

¿Y qué os importa que os vean ó no?

Tanto me importa, como que esperando á que concluyéseis vuestra larga audiencia con el cocinero mayor, me he estado en el claustro bajo mirando los cuadros uno detrás de otro, y volviéndolos á mirar esperando á que saliese el bueno de Montaña, y luego me he paseado otro gran rato en el claustro alto, á fin de encontrar un momento en que nadie me viese para colarme en vuestra celda.

No comprendo la razón de este recelo; pero puesto que no queréis ser visto, escondéos aquí, en mi alcoba.

Escondióse el bufón, y el padre Aliaga pidió luz.

Cuando se la hubieron traído y se quedó de nuevo solo, cerró la puerta.

Entonces el bufón salió de la alcoba, y puso en la puerta, colgado de la llave, su capotillo.

¿A qué es eso?dijo el padre Aliaga.

A fin de que no puedan verme; y hablo muy bajo, á fin de que no puedan reconocirme por la voz.

Nadie escucha ni observa lo que se dice ni lo que se hace en mi celda.

¿Olvidáis que la Inquisición quiere teneros tan cerca que os tiene á su cabeza?

¡La Inquisición! ¡la Inquisición es mía!

¿Y no teméis que sea más bien del duque de Lerma?

Tío Manolillodijo con reserva el padre Aliaga, nada tengo que temer; sirvo á Dios y al rey...

Pero no servís, sino que más bien estorbáis á algunos hombres.

Muy quieto me estaba yo en mi convento de Zaragoza, sin salir de él sino para mi cátedra en la Universidad, cuando el duque de Lerma me sacó de mi celda para traerme á la corte; muy alejado de toda codicia, cuando me hicieron provincial de la Tierra Santa y visitador de mi Orden en Portugal, y muy ajeno de que más adelante me nombrasen archimandrita del reino de Sicilia.

Y consejero de Estado... y á más, á más inquisidor general.

No sé por qué se han empeñado en engrandecerme.

Porque á un mismo tiempo os temen y os necesitan.

Vano temor: yo me limito á dirigir la conciencia del rey.

Vos conspiráis, padre.

¡Cómo!

Como conspiro yo y como conspiramos todos: ¿acaso no conspira también el cocinero de su majestad?

Movióse impaciente en su silla el padre Aliaga.

Henos aquí juntosdijo el bufón: vos fuerte en la apariencia, y yo en la apariencia débil; ¡sabe Dios cuál de entrambos es el fuerte!

Tío Manolillo, no os entendiódijo con gran indiferencia el padre Aliaga. ¿Qué habláis de fuertes ni de débiles? Si no recuerdo mal, yo os he llamado.

Es verdad; esta mañana en la recámara del rey, me dijísteis: os espero esta tarde en el convento de Atocha.

Necesitaba preguntaros...

Sí, por una mujer... y por esa mujer he venido yo. Y á propósito de esa mujer, ¿tendréis que hablarme también de algún hombre?

Y de algunos.

Esa mujer... la madre... se llamaba Margarita como la reina.

Coloróse levemente el semblante del padre Aliaga.

En efectodijo; Margarita...

Ha sido siempre vuestra desesperación. Debe de ser para vos fatal ese nombre.

¡Para mí!

¡Esto de que hayan de llamarse Margaritas todas las mujeres que amáis!...

¡Que yo amo!

¡Bah! ¡ya lo creo! un hombre, al hacerse fraile, no se arranca el corazón.

Creo que os atrevéis á hacer suposiciones muy arriesgadas.

Pero las hago en voz muy baja. Estamos solos. Vos tenéis el corazón hecho pedazos, yo también; vos amáis, yo también amo; pero amo con más heroísmo que vos, y lo sacrifico todo á mi amor... todo... hasta los celos.

Venís muy donosamente loco, tío; yo creí que os habríais dejado á la puerta de mi celda vuestros cascabeles de bufón.

En efecto, ni aun en los bolsillos los traigo. Soy ni más ni menos un pobre enfermo del corazón que viene á buscar á otro enfermo y á decirle: busquemos juntos nuestro remedio. En este momento, ni vos sois el padre grave de la Orden de Predicadores, maestro, provincial, visitador, confesor del rey, inquisidor general, y qué sé yo qué más, ni yo soy el loco, el simple, el cura fastidios del rey. Somos dos hombres. Si vos os empeñáis en manteneros puesta la carátula, nada tengo que hacer aquí... me habéis llamado en vano. Adiós.

Y el tío Manolillo se levantó y se dirigió á la puerta.

Esperaddijo el padre Aliaga.

El bufón volvió atrás, se sentó de nuevo y miró audazmente al padre Aliaga.

¿Nos quitamos al fin el antifaz?dijo.

El padre Aliaga no contestó directamente á esta pregunta.

Esta mañanadijome contásteis una historia muy triste.

Margarita, cuando estaba más loca, llamaba á su hermano Luis... vos os llamáis Luis, padre Aliaga; hace muchos años que pasó esto, y entonces debíais ser muy joven; ¿sois vos, acaso, el Luis que recordaba Margarita?

Me habéis dicho que la hija de esa desdichada se parece mucho á su madre; cuando la vea podré deciros...

¿Queréis verla?

¿Y cómo puede ser eso?

De una manera muy sencilla; id ahora mismo á palacio.

¡A palacio!

Sí por cierto. Nadie extrañará que el confesor del rey entre á estas horas en palacio. Yo estaré esperándoos en la escalerilla por donde se sube al cuarto del rey.

Lo que no alcanzo es cómo pueda ir á palacio esa comedianta.

La llevaré yo.

En verdad, en verdad, tengo una obligación grave de averiguar quién es esa mujer. ¿No se llama Dorotea?

¿Quién os ha dicho que la hija de Margarita se llama Dorotea?exclamó con acento amenazador el bufón.

Cuando se trata de esa mujerdijo sonriendo tristemente el padre Aliaga, todo os espanta.

Como os espanta á vos todo, cuando se trata de la otra.

El padre Aliaga pareció no haber oído la contestación del tío Manolillo.

Sólo quiero ver á esa jovendijopara salir de una duda; y puesto que vos podéis mostrármela en palacio, á palacio voy.

Y el padre Aliaga se levantó.

En aquel momento sonaron pasos en el corredor.

Al oírlos el bufón se levantó, y escuchó con atención.

Luego se escondió precipitadamente y sin ruido en la alcoba del padre Aliaga.

CAPÍTULO XXVI

DE LO QUE OYÓ EL TÍO MANOLILLO, SIN QUE PUDIERA EVITARLO EL CONFESOR DEL REY

Abrióse la puerta y asomó el hermano Pedro.

Nuestro padredijo; tras mí viene el señor Alonso del Camino.

¡A qué hora!murmuró para sí el padre Aliaga.

Y fué á la puerta con la visible intención de salir de la celda, pero Alonso del Camino no le dió tiempo.

Se entró de rondón en la celda.

Aquí tenéisdijo como quien se apresura á dar una noticia agradablela provisión de capitán para el señor Juan Montaña.

No era ya tiempo de tapar la boca al montero de Espinosa, y por otra parte, el padre Aliaga no se atrevía á dar ninguna señal de desconfianza al bufón del rey, que estaba en posición de verlo y oír todo desde detrás de la cortina de la alcoba.

Tomó la provisión y la miró.

Aquella provisión había sido vendida á un soldado viejo llamado Juan Fernández, y éste la había revendido al señor Juan Montaña.

Ya veis si he sido eficaz; esta mañana cobré los ochocientos ducados de la casa del señor Pedro Caballero, y en seguida me fuí á buscar á un tal Santiago Santos, secretario de Lerma, en su misma casa. Le hablé, tratamos el precio, dile trescientos ducados, fuése él á casa del duque, y al medio día me dió la provisión firmada por su majestad. He invertido lo que me ha quedado de tiempo hasta ahora en comprar armas y caballo para el dicho capitán, y la reina queda completamente servida.

¡La reina!murmuró profundamente el padre Aliaga, lanzando una mirada recelosa á la cortina, tras la cual se ocultaba el bufón.

¡La reina!dijo con extrañeza el tío Manolillo, detrás de aquella cortina.

Además, no he perdido el tiempo; como he estado esperando en la antecámara del rey á que saliese el duque de Lerma, á quien esperaba también el secretario Santos para recoger la provisión firmada por el rey, he visto algo bueno.

El padre Aliaga no preguntó qué era lo bueno que había visto, á pesar de que Alonso del Camino se detuvo esperando esta pregunta.

El padre Aliaga estaba inclinado hacia la chimenea, arreglando los tizones y pidiendo á Dios que el montero de Espinosa callase, porque no se atrevía á imponerle silencio ni con una seña.

Sin saber por qué, no quería dar una muestra de desconfianza al bufón.

Esperaba mucho de aquel hombre, y lo esperaba de una manera instintiva.

Alonso del Camino continuó:

Se murmuraban en la antecámara muchas cosas.

Allí siempre se murmura.

Decían que don Francisco de Quevedo había venido á la corte y que había dado de estocadas á don Rodrigo Calderón.

¡Bah! siempre persiguen al bueno de don Francisco las acusaciones... ya sabéis que no ha sido Quevedo... ¿pero está en efecto en Madrid?

Todos lo aseguran; y como todos le desean por su ingenio festivo, todos se preguntan: ¿quién le ha visto? ¿quién le ha hablado?

¿Y hay alguien que le haya hablado ó visto?

No; no, señor; es uno de esos rumores que suenan, y cunden y se saben en un momento en toda una ciudad.

Estaba preso.

Pues porque estaba preso, y por saber que le han soltado y que al verse suelto se ha venido á la corte, son hablillas y la admiración de todos.

¡Bah!dijo el padre Aliaga.

Se asegura que va á haber variación en el consejo y en la alta servidumbre.

¿Porque ha venido don Francisco?

Dicen que anoche estuvo don Francisco en palacio.

Bien, ¿y qué?

Añaden que la duquesa de Gandía se fué á su casa mala, porque el rey pasó la noche en el cuarto de la reina.

¡Que pasó el rey la noche en el cuarto de la reina!dijo con la voz ligeramente afectada el padre Aliaga. No me ha dicho nada su majestad.

Pues preguntádselo al duque de Lerma, que dicen pasó la noche rabiando en el despacho del reydijo alegremente Alonso del Camino.

Tened en cuenta, amigo mío, que en palacio se miente mucho.

Don Baltasar de Zúñiga va de embajador á Inglaterra.

Nada tiene de extraño; don Baltasar ha nacido para embajador.

Y entra en su lugar en el cuarto del príncipe el obispo de Osma.

Así aprenderá su alteza mucho latín.

No parece sino que nos escuchandijo bruscamente Alonso del Camino, según andáis de reservado.

Pues no nos escucha nadie. Yo acostumbro á escuchar siempre con indiferencia las hablillas de antecámara.

Podrán ser hablillas, pero á la verdad, lo que yo he visto...

¡Ah! vos habéis visto...

Sí por cierto, y algo que significa mucho; en primer lugar, he visto que el mayordomo mayor, duque del Infantado, ha tenido que volverse desde la puerta de la cámara del rey, porque el ujier no le ha dejado pasar.

Pero eso no prueba nada.

Tenéis razón; eso no probaría nada si, después de no haber podido entrar tampoco el duque de Pastrana, ni el de Uceda, á pesar de su oficio de gentileshombres de la cámara del rey, no hubiese salido el duque de Lerma tan risueño y alegre que parecía decir á todo el mundo: ya no tengo enemigos... Díome lástima, porque en sí mismo tiene el mayor enemigo Lerma.

Nada de lo que habéis dicho prueba nada.

Se dice...

¿Se dice más?

Sí por cierto, que se arma un ejército contra la Liga.

Ejército que será vencido.

Pero todo eso prueba que el duque de Lerma tiene miedo y quiere contentar de algún modo á España; para eso... ya sé lo que vais á decirme, lo mejor era que empezase por irse á una de sus villas y dejar el gobierno.

Perdonadme, señor Alonso, si no os he escuchado como debieradijo el padre Aliaga que se impacientaba, pero estoy enfermo.

¡Enfermo!

Sí; sí por cierto, tengo vaguedad en la cabeza, frío en los pies... la celda me anda alrededor.

¡Ah! perdonad... yo no sabía... llamaré...

No, no... me voy á acostar... con vuestra licencia...

¡Oh! lo siento mucho, no os descuidéis...

Esto pasará.

Ahí se quedan los cien ducados que han sobrado.

Bien.

Perdonad... pero... mañana vendré á informarme...

Muchas gracias... esto pasará...

Quiera Dios aliviaros, y quedad con El.

Id con Dios, y que Él os pague vuestra buena voluntad, señor Alonso.

El montero de Espinosa salió, y al atravesar el corredor que conducía al claustro, dijo:

¡Es extraño! ¡ponerse malo de repente! ¡y á mí me parece que está muy bueno! ¿qué habrá aquí?

Apenas había salido Alonso del Camino de la celda, cuando salió de la alcoba el tío Manolillo.

¿Por qué os tratáis con gente tan habladora?dijo; pero nada importa que yo lo haya oído, porque ya sabía yo que conspirábais: ignoraba, en verdad, que tuviéseis vuestros espías tan cerca del rey. Y es un buen hombre ese Alonso del Camino.

Me habéis dichocontestó el padre Aliaga, como si nada le hubiese hablado el bufónque si voy á palacio me mostraríais á esa Dorotea.

Indudablemente; pero es necesario que os detengáis en ir lo menos una hora.

¿Y por qué?

Porque necesito ese tiempo para llevar á la Dorotea á palacio. Ya debe de haber salido de la función del corral del Príncipe; pero como ha ido acompañada muy á su gusto, podrá suceder que después de la función se haya metido con su compañía en alguna hostería apartada. Ya veis, el hablar mucho, el cantar y el bailar abren el apetito, y cuando se han hablado y cantado amores y se está enamorado...

¿Y de quién está enamorada Dorotea?dijo con interés el padre Aliaga.

De una persona á quien vos conocéis.

¿Que yo conozco?

Sí, ciertamente, y de la cual tenéis celos.

¡Celos!

Sí por cierto; unos celos concentrados, crueles, que queréis ocultaros á vos mismo.

¡Os equivocáis! exclamó con precipitación el padre Aliaga, yo no puedo tener celos de nadie; yo estoy retirado del mundo, muerto para el mundo.

¡Bah! allá lo veremos.

Os he preguntado de quién está enamorada esa comedianta.

¿No lo adivináis por lo que os he dicho?

No ciertamente.

Llegará un día en que me habléis con lisura: la Dorotea está enamorada con locura...

El bufón se detuvo como devorando con cierto placer maligno la ansiedad del padre Aliaga.

¿De quién? dijo el fraile con impaciencia.

De cierto mancebo á quien ha hecho capitán la reina con vuestro dinero.

El padre Aliaga sintió el golpe en medio del corazón; se estremeció.

¿Y ama el señor Juan Montaña á Dorotea?

Debe amarla, porque le ama ella: pero si no la ama, y la engaña, peor para él.

Repúsose el padre Aliaga.

¿Conque... vais á buscar á esos dos amantes? dijo.

No por cierto, voy á esperarlos á su casa... y como pueden tardar...

Esperad, cuando la hayáis encontrado, en la galería de los Infantes.

Esperaré...

Cuando yo llegue, os avisarán.

Muy bien.

Y para que los encontréis más pronto, id al momento.

Quedad con Dios, padre Aliaga; quedad con Dios y hasta luego.

El bufón salió.

Cuando se hubo perdido el ruido de sus pisadas, el padre Aliaga llamó y se presentó el lego Pedro.

Que pongan al instante la silla de manos.

Algunos minutos después, dos asturianos conducían á palacio al padre Aliaga.

Había cerrado la noche y seguía lloviendo.

CAPÍTULO XXVII

EN QUE SE VE QUE EL COCINERO MAYOR NO HABÍA ACABADO AÚN SU FAENA AQUEL DÍA

En el mismo punto en que el confesor del rey salía del monasterio de Atocha, salía del de las Descalzas el cocinero mayor.

El padre Aliaga.

Todo aquel tiempo, es decir, el que había transcurrido desde la ida de Francisco Montiño de un convento á otro, lo había pasado Montiño bajo la presión despótica de la madre Misericordia.

El haberse quedado Quevedo con la carta de la abadesa para Lerma, había procurado al cocinero mayor aquel nuevo martirio.

Porque cada minuto que transcurría para él fuera de su casa, era un tormento para el cocinero mayor.

Aturdido, no había meditado que necesitaba dar una disculpa á la madre abadesa, por aquella carta que la llevaba del padre Aliaga. Montiño no sabía lo que aquella carta decía; iba á obscuras.

Esto le confundía, le asustaba, le hacía sudar.

Si decía que Quevedo le había quitado la carta, se comprometía.

Si decía que la había perdido... la carta podía parecer y era un nuevo compromiso.

Si rompía por todo y no llevaba aquella carta á la abadesa, ni volvía á ver al duque de Lerma, y se iba de Madrid...

Esto no podía ser.

Estaba comprometido con el duque.

Estaba comprometido con la Inquisición.

Montiño se encontraba en el mismo estado que un reptil encerrado en un círculo de fuego.

Por cualquier lado que pretendía salir de su apuro, se quemaba.

Decidióse al fin por el poder más terrible de los que le tenían cogido: por la Inquisición.

Y una vez decidido, se entró de rondón en la portería de las Descalzas Reales, á cuya puerta se había parado, tocó al torno y, en nombre de la Inquisición, pidió hablar con la abadesa.

Inmediatamente le dieron la llave de un locutorio.

Al entrar en él, Montañó se encontró á obscuras; declinaba la tarde y el locutorio era muy lóbrego.

Detrás de la reja no se veían más que tinieblas.

Poco después de entrar en el locutorio, Montañó sintió abrirse una puerta y los pasos de una mujer.

No traía luz.

Luego oyó la voz de la madre Misericordia.

El triste del cocinero mayor se estremeció.

¿Quién sois, y qué me queréis de parte del Santo Oficio?había dicho la abadesa con la voz mal segura, entre irritada y cobarde.

Yo, señora, soy vuestro humildísimo servidor que besa vuestros pies, Francisco Martínez Montañó.

¡Ah! ¿sois el cocinero mayor de su majestad?

Sí; sí, señora.

Pero explicadme... explicadme... porque no comprendo por qué os envía el Santo Oficio de la general Inquisición.

Ni yo lo entiendo tampoco, señora.

¿Pero á qué os envían?

Perdonad... pero quiero antes deciros cómo he trabado conocimiento con el inquisidor general.

¿Es el inquisidor general quien os envía?

Sí, señora.

¿Pero sois ó érais de la Inquisición?

No sé si lo soy, señora, como ayer no sabía otras cosas; pero hoy como sé esas otras cosas, sé también que soy en cuerpo y alma de la Inquisición; pero á la fuerza, señora, á la fuerza, porque todo lo que me está sucediendo de anoche acá me sucede á la fuerza.

Pero explicáos.

Voy á explicarme: salía yo de aquí esta mañana con la carta que me habíais dado para su excelencia el duque de Lerma, mi señor, cuando he aquí que me tropiezo...

¿Con quién?

Con un espíritu rebelde, que me coge, me lleva consigo, y me mete en la hostería del... Ciervo Azul; y una vez allí me quita la carta que vos me habíais dado para don Francisco de Quevedo.

Yo no os he dado carta alguna para don Francisco.

Tenéis razón; es que sueño con ese hombre. Quise decir la carta que me habíais dado para el señor duque de Lerma.

¿Qué, os la quitó?...

Me la sacó... sí, señora... no sé cómo... pero me la sacó... y se quedó con ella.

¡Que se quedó con ella!... ¿y por qué os dejastéis quitar esa carta? exclamó con cólera la abadesa.

Ya os he dicho que me la ha quitado...

¿Pero quién era ese hombre que os la quitó?

Sudó Montaña, se le puso la boca amarga, se estremeció todo, porque había llegado el momento de pronunciar una mentira peligrosa.

El hombre que... me quitó vuestra carta, señoradijo con acento misterioso, era... era... un alguacil del Santo Oficio.

¡Un alguacil!

Sí, señora. Un alguacil que me había esperado á la salida de la portería.

¿Os vigilaba el Santo Oficio?... ¿es decir, que el Santo Oficio vigila la casa de mi tío?

Yo no lo sé, señoradijo Montaña asustado por las proporciones que iba tomando su mentira. Yo sólo sé que el alguacil me dijo:Seguidme.Y le seguí.

¿Y á dónde os llevó?

Al convento de Atocha, á la celda del inquisidor general.

¿Y qué os dijo fray Luis de Aliaga?

Nada.

¿Nada?

Sí; sí, señora, me dijo algo:Desde ahora servís al Santo Oficio. Volved esta tarde.Como con el Santo Oficio no hay más que callar y obedecer, me fuí y volví esta tarde. El inquisidor general me dió una carta y me dijo:Llevala al momento á la abadesa de las Descalzas Reales.

¡Ah! ¿traéis una carta para mí... del inquisidor general? ¿Dónde está?

Aquí, señora.

Dádmela.

No veo... no veo dónde está, señora.

La abadesa se levantó y pidió una luz, que fué traída al momento.

Entre el fondo iluminado de la parte interior del locutorio y la reja, había quedado de pie, escueta, inmóvil, la negra figura de la abadesa, semejante á un fantasma siniestro.

No se la veía el rostro á causa de su posición, que la envolvía por delante en una sombra densa.

Tampoco se podía ver el del cocinero mayor, que estaba de pie en la parte interior del locutorio.

El reflejo de la luz atravesando la reja, era muy débil.

Esto convenía á Montaña, porque si la abadesa hubiera podido verle el semblante, hubiera sospechado del cocinero mayor, que estaba pálido, desencajado, trémulo.

Dadme esa carta repitió la abadesa.

Montaña metió la mano con dificultad por uno de los vanos de la reja, y dió á la madre Misericordia la carta.

La abadesa se fué á leerla á la luz.

Para comprender esta carta, es necesario insertemos primero la que el duque de Lerma escribió aquella mañana para la abadesa, y después la contestación de éste.

La carta del duque decía:

«Mi buena y respetable sobrina: Personas que me sirven, acaban de decirme que han visto entrar á mi hija doña Catalina en vuestro convento y en uno de sus locutorios, y tras ella, en el mismo locutorio, á don Francisco de Quevedo. Esto no tendría nada de particular, si no hubiese ciertos antecedentes. Antes de casarse mi hija con el conde de Lemos, la había galanteado don Francisco, y ella, á la verdad, no se había mostrado muy esquiva con sus galanteos. Apenas casada, por razones de sumo interés, me vi obligado á prender á don Francisco de Quevedo y enviarle á San Marcos de León. Púsele al cabo de dos años en libertad, y anoche se me presentó trayéndome una carta de la duquesa de Gandía, que le había entregado doña Catalina, que estaba de servicio en el cuarto de la reina. Esto prueba tres cosas, que no deben mirarse con indiferencia: primero, que Quevedo no ha escarmentado; segundo, que está en inteligencias con mi hija; y tercero, que estuvo anoche en el cuarto de la reina. Por lo mismo, y ya que en estos momentos tenéis á mi hija y á Quevedo en uno de los locutorios de ese convento, observad, ved lo que descubris en cuanto á la amistad más ó menos estrecha en que puedan estar mi hija y Quevedo, porque lo temo todo, tanto más, cuanto peor marido para doña Catalina, y

peor hombre para mí, se ha mostrado el conde de Lemos. Avisadme con lo que averiguáreis ó conociéreis, dando la contestación al cocinero del rey, que os lleva ésta. Que os guarde Dios.El duque de Lerma.»

La carta que en contestación á ésta escribió la abadesa, y que entregó á Montañón y que quitó al cocinero mayor Quevedo, contenía lo siguiente:

«Mi respetable tío y señor: He recibido la carta de vucencia tan á tiempo, como que, cuando la recibí, estaba en visita con mi buena prima y con don Francisco de Quevedo. Doña Catalina me había dicho que su único objeto al verme, era hacerme trabar conocimiento con Quevedo, y éste me había hablado tan en favor de vucencia, que me tenía encantada, y me había hecho perder todo recelo. La carta de vucencia, sin embargo, me puso de nuevo sobre aviso, y tengo para mí que doña Catalina y don Francisco se aman, no dentro de los límites de un galanteo, que siempre fuera malo, sino de una manera más estrecha. He comprendido que don Francisco quería engañarme para inspirarme confianza, y que no ha sido el amor el que le ha llevado á hacer faltar á sus deberes á doña Catalina, sino sus proyectos: porque poseyendo á doña Catalina, posee en la corte, cerca de la reina, una persona que puede servirle de mucho, y por medio de la cual puede dar á vucencia mucha guerra, y tanto más, cuanto más vucencia confíe en él. Mi humilde opinión, respetando siempre la que estime por mejor la sabiduría de vucencia, es que debe desterrarse de la corte á don Francisco, ya que no se le ponga otra vez preso; lo que sería más acertado, en lo cual ganaría mucho la honra de nuestra familia, impidiendo á doña Catalina que continuase en sus locuras, y en tranquilidad y tiempo vucencia; porque don Francisco es un enemigo muy peligroso. Sin tener otra cosa que decir á vucencia, quedo rogando á Dios guarde su preciosa vida.Misericordia, abadesa de las Descalzas Reales.»

Ahora comprenderán nuestros lectores que, al leer esta carta Quevedo en la hostería del Ciervo Azul, la retuviese, saliese bruscamente y dejase atónito y trastornado al cocinero mayor.

Veamos ahora la carta que el padre Aliaga había escrito á la abadesa, y que ésta leía á la sazón:

«Mi buena y querida hija en Dios, sor Misericordia, abadesa del convento de las Descalzas Reales de la villa de Madrid: He sabido con disgusto que, olvidándoos de que habéis muerto para el mundo el día que entrásteis en el claustro, seguíis en el mundo con vuestro pensamiento y vuestras obras. Velar por el rebaño que Dios os ha confiado debéis, y no entremeteros en asuntos terrenales, y mucho menos en conspiraciones y luchas políticas, que eso, que nunca está bien en una mujer, no puede verse sin escándalo en una monja, y en monja que tiene el más alto cargo á que puede llegar, y por

él obligaciones que por nada debe desatender. Escrito habéis una carta á vuestro tío el duque de Lerma, y entregádola á Francisco Martínez Montañón, cocinero mayor del rey, á fin de que al duque la lleve. El señor Francisco, contra su voluntad, y bien inocente por cierto, no puede llevar esa carta al duque, é importa que el duque no eche de ver la falta de esa carta. Escribid otra, mi amada hija, pero que sea tal, que ni en asuntos mundanos se entremeta, ni haga daño á nadie. Recibid mi bendiciónEl inquisidor general.»

Sintió la madre Misericordia al leer esta carta primero un acceso de cólera, luego un escalofrío de miedo. Porque si bien su tío, como ministro universal del rey, era un poder casi omnipotente en España, la Inquisición no lo era menos, y cuando Lerma había nombrado inquisidor general al padre Aliaga, ó le necesitaba ó le temía.

La madre Misericordia, pues, tuvo miedo.

Y no solamente tuvo miedo al padre Aliaga, sino también al cocinero mayor, que estaba temblando al otro lado de la reja.

Era aquella una de esas situaciones cómicas que tienen lugar con frecuencia cuando el poder hace uso del misterio, cuando explota el recelo de los unos y de los otros, y cuando sus agentes no saben ni pueden saber á qué atenerse.

Por esto estaban en una situación casi idéntica la abadesa de las Descalzas Reales y el cocinero del rey.

Pero era necesario tomar una determinación, y la madre Misericordia abrió el cajón de la mesa en que se apoyaba, y sacó un papel, le extendió, le pasó la mano por encima, permaneció durante algunos segundos irresoluta, y luego tomó una pluma.

Pasó un nuevo intervalo de vacilación.

¿Y qué digo yo á mi tíoexclamó con despechoque le satisfaga y no le obligue á recelar de mí? ¿Cómo contestar á su carta sin incurrir en el enojo del Inquisidor general?

La abadesa empezó á dar vueltas á su imaginación buscando una manera, un recurso.

Montañón veía con una profunda ansiedad á la abadesa, pluma en mano, meditando sobre el papel.

¿Qué iría á decir la abadesa al duque?murmuraba el asendereado Montañón. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡y quién me hubiera dicho ayer que esto iba á pasar por mí!

Al fin se oyó rechinar la pluma sobre el papel bajo la mano de la madre Misericordia.

He aquí lo que la abadesa escribió debajo de una cruz, y de las tres iniciales de Jesús, María y José:

«Mi venerado y respetado tío y señor: He recibido vuestra carta en el momento en que estaba en el locutorio en una doble visita con mi prima y con don Francisco de Quevedo. Y digo una doble visita, porque cada cual de ellos había venido por su intención, primero doña Catalina, y después don Francisco. Doña Catalina, muy al contrario de lo que vucencia ha sospechado, venía con la pretensión de apartarse de la corte y del mundo, y encerrarse en este convento durante la ausencia de su marido. Yo procuré disuadirla, y tanto la dije, que al fin ha renunciado á su propósito. En cuanto á don Francisco, ya sabe vucencia, porque lo sabe todo el mundo, que mató á un hombre que en la iglesia de este mismo convento se había atrevido á insultar á una dama. Don Francisco, que es muy buen cristiano, y muy caballero, venía á darme una cantidad de ducados, á fin de que mandase decir misa por el alma del difunto, y celebrar una solemne función de desagravios á su Divina Majestad por haber sacado de su templo un hombre para darle muerte. Esto es cuanto ha acontecido. De lo demás que vucencia dice en su carta, no sé nada, ni me parece que haya nada, porque aunque después de leer la carta de vucencia observé cuidadosamente á entrambos, sólo vi que se trataban como conocidos, sin interés alguno. Doy á vucencia las gracias por la prueba de confianza que me ha dado en su carta, y quedo rogando á Dios por su vida. Misericordia, abadesa de las Descalzas Reales de la villa de Madrid.»

¡Perdóneme Dios, por lo que en esta carta miento! dijo la monja cerrándola; la Inquisición tiene la culpa; para que no me cojan el embuste será necesario avisar á mi prima y á don Francisco, y gastar algunos doblones en la función de desagravios. ¿Quién había de pensar que el cocinero del rey era alguacil, ó familiar, ó espía de la Inquisición?

Después que la cerró, se levantó, pero se detuvo y volvió á sentarse y sacó otro papel y escribió otra carta.

Aquella carta era para el padre Aliaga.

Decía así, después de la indispensable cruz y de las iniciales de la sacra familia:

«Ilustrísimo y excelentísimo señor inquisidor general: He recibido la carta en que vuestra excelencia ilustrísima tiene la bondad de reprenderme. Yo, desde que abominé del mundo y busqué la paz de Dios en el claustro, no he incurrido en el pecado de dejar la contemplación de las cosas divinas por las terrenales. Si en la carta que vucencia ilustrísima conoce, escrita por mí á mi tío el señor duque de Lerma, hay mucho de

mundano, consiste en que mi tío me ha pedido informes acerca de lo que media entre don Francisco de Quevedo y la condesa de Lemos. Faltaría yo á lo que debo á Dios y mi conciencia, si en lo que digo en la tal carta mintiera. Doña Catalina y don Francisco, á no dudarlo, cometen el crimen de mancillar la honra de dos familias ilustres. Por lo que toca á los consejos que daba á mi tío, los creo lícitos y buenos, porque he visto que don Francisco es su enemigo. Si he pecado escribiendo más, sin intención ha sido, pero sin embargo, espero la penitencia, para cumplirla, que vucencia ilustrísima se digne imponerme como padre espiritual y sacerdote, y por otra parte he escrito la carta para mi tío que vucencia ilustrísima me manda escribir en la suya, y en la cual carta desvanezco completamente las dudas de mi tío acerca de los deslices de su hija y de la enemistad de Quevedo. Además, para que vucencia ilustrísima vea cuán sin culpa estoy, inclusa va la que me escribió el señor duque de Lerma.»

Detúvose al llegar aquí la abadesa.

Para que el padre Aliaga desconfie menos de mí murmuro debo enviarle copia de la carta que escribo á mi tío... Es necesario andar con pies de plomo... Hago, es verdad, traición al duque... ¡pero la Inquisición!...

La madre Misericordia se acordó con horror de que el Santo Oficio había quemado viva á más de una monja.

Este recuerdo la decidió; copió la carta que había escrito para Lerma y continuó la que estaba escribiendo para el inquisidor general, de esta manera:

«Además, incluyo la que á mi tío escribo, y creo que vucencia ilustrísima quedará completamente satisfecho de mí. Recibo de rodillas su bendición y se la pido de nuevo. Dios guarde la vida de vucencia ilustrísima como yo deseo. Humilde hija y criada da vucencia ilustrísima. Misericordia, abadesa de la comunidad de las Descalzas Reales de la villa y corte de Madrid.»

Puso la abadesa bajo un sobre la carta para el padre Aliaga y las dos copias adjuntas á ella, y con la dirigida al duque de Lerma, la entregó á Montño.

Dadle un pliegole dijo al señor duque de Lerma, y el otro al señor inquisidor general.

¡Al inquisidor general! ¿Y cuándo?

Al momento.

¿Y si me detuviere el duque de Lerma?

En cuanto os veáis libre.

¿Tenéis algo que mandarme, señora?

Nada más. Id, buen Montaña, id, que urge, y que os guarde Dios.

Que Dios os guarde, señora.

El cocinero mayor salió murmurando:

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios quiera que estas cartas no me metan en un nuevo atolladero!

Entre tanto, la madre Misericordia, que se había quedado abstraída é inmóvil en medio del locutorio, se dirigió de repente á la salida en un exabrupto nervioso, y dijo, saliendo á un espacio cuadrado donde estaba el torno, á una monja que dormitaba junto á él:

Sor Ignacia, que vayan á buscar al momento á mi confesor.

CAPÍTULO XXVIII

DE LOS CONOCIMIENTOS QUE HIZO JUAN MONTIÑO, ACOMPAÑANDO Á LA DOROTEA

Debemos retroceder hasta el final del capítulo XXII.

Esto es, al punto en que Dorotea salió de su casa con Juan Montaña.

La litera era, en efecto, grande; la conducían dos mulas, una detrás y otra delante, y un criado vestido decorosamente de negro; ya que la comedianta, en razón de su oficio, que estaba declarado infame por una ley de partida, no podía llevar á sus criados con librea, llevaba del diestro la parte delantera.

Arrellanóse el joven en un blandísimo cojín, y sintió á sus espaldas y á su costado derecho otro no menos blando y rehenchido.

Aunque Juan Montaña no se admiraba de nada, causóle impresión aquel lujo, no por sí mismo, sino porque le usase Dorotea.

La litera estaba forrada de raso blanco, con pasamanería de galón de oro, cristales de Venecia en las portezuelas, ricas cortinillas tras los cristales y una rica piel de oso en el fondo.

Podía asegurarse que muchas damas principales y ricas no poseían un tan lujoso vehículo.

Es verdad que antes y ahora muchas señoras de título no podían ni pueden tener los trenes que usaban las comediantas.

Con decir que aquella litera era un regalo del duque de Lerma, está explicado todo.

Del mismo modo, despertado el joven por ella, sorprendido por el breve y extraño diálogo anterior á su salida de la casa, no había podido hacerse cargo de lo exquisitamente engalanada que iba la joven.

Al entrar en la litera, Dorotea se había echado atrás el manto, dejando descubierto su maravilloso traje de brocado de tres altos plata y oro sobre azul de cielo, con bordaduras en el cuerpo y en las cuchilladas de las mangas de oro á martillo, que no parecían sino verdaderas bordaduras hechas al pasado; una rica gola de Cambray que realzaba lo blanco, lo terso, lo dulce, por decirlo así, de su cutis; un largo collar de gruesas perlas

prendido en el centro del pecho por un joyel de diamantes; herretes de lo mismo en la cerradura del cuerpo, guarnición de perlas en las pegaduras de las mangas sobre los hombros, y un grueso cordón de oro con rubíes y esmeraldas ciñendo su cintura y cayendo doble y trenzado en una especie de greca, por cima de la ancha y magnífica falda, hasta los pies.

Uno de estos pies, pequeño, deliciosamente encorvado, asomaba como al descuido bajo la falda, calzado con un zapatito blanco de terciopelo de Utrech y con un lazo de oro y diamantes en la escotadura.

Con decir que bajo los puños rizados de encaje, sobre las manos preciosas por sí mismas y riquísimas por sus sortijas, se veían dos pulseras asimismo de perlas y diamantes, y que también diamantes y perlas salpicaban las anchas trenzas negras de la Dorotea, está hecha la descripción de su atavío.

Todo aquello, y otra infinidad de trajes y de alhajas, era regalo también del duque de Lerma.

Esto no quería decir que Lerma amase demasiado á la comedianta, sino que era la mujer de moda en el teatro, y la envidiada fuera del teatro, lo que bastaba para que la ostentación de Lerma la hubiese deseado para querida pública; y siéndolo, no podía buenamente presentarse al público de otro modo sin desdoro del duque.

Además, este lujo escandaloso de la Dorotea, servía al duque de prospecto para con otras mujeres. Sólo que la mayor parte de las que se suscribían á las obras del duque, se encontraban con que las obras no correspondían, ni con mucho, al lujo del prospecto.

Pero á Juan Montiño que, á pesar de todo, conservaba un fondo de candor y virginidad en el alma, le maravilló todo aquello.

No se dió razón de la razón de aquel lujo, aturdido por él.

Dorotea, como mujer y como atavío, se le había subido á la cabeza; le había embriagado.

Y era muy difícil defenderse de la embriaguez causada por aquella portentosa armonía de formas, por aquella riqueza de cabellos, de color, de atractivos; por aquella mirada dulcísima y ardiente que le sonreía, le enamoraba, le acariciaba, le chupaba, por decirlo así; por aquella nobleza de lo bello, por aquella magia de lo maravilloso.

Encanta una mujer hermosa vestida de blanco ó de negro.

Pero una mujer hermosa, matizada, abillantada por brocados y pedrerías, y saturada de blandos y exquisitos perfumes, embriaga.

Por eso estaba embriagado don Juan Montiño.

Y como cuando estamos dominados por la embriaguez no somos dueños de nuestra razón y lo olvidamos todo, el joven, dentro de aquella litera y en aquella situación, se había olvidado completamente de doña Clara Soldevilla.

En verdad que la embriaguez pasa, y que después de haber pasado, quien tiene dignidad en el alma, se avergüenza de su pasada embriaguez.

Brillaba, relucía la mirada del joven, fija en Dorotea; su semblante tenía esa dulce seriedad del sentimiento que sólo modifica á veces una indicación de sonrisa, sensual, característica, que parece decir á una mujer ó á un hombre: no vivo, no siento más que para ti.

A más que por la expresión de su semblante, el estado físico y moral del joven se revelaba para Dorotea en el ardor febril de sus manos, que estrechaba una de las suyas, y en el temblor leve y sostenido de su cuerpo.

Dorotea era entonces feliz.

Durante algún tiempo, sólo se hablaron con la mirada lúcida y fija, y con la involuntaria y expresiva presión de las manos.

Hubo un momento en que Juan Montiño acercó demasiado su semblante al de Dorotea.

Dorotea retiró el suyo, y dejó ver en él una dolorosa seriedad.

Perdonaddijo Juan Montiño, estoy loco.

Perdonad vos más biendijo Dorotea, pero por vos y para vos soy una mujer nueva.

No hablaron más durante algunos segundos.

La seriedad de la joven pasó, como pasa un nubladillo por delante del sol.

Estoy pensando una cosa, Juan. ¿No os llamáis Juan?

Sí; sí, señora, Juan me llamo; ¿en qué pensábais?

En que me expongo llevándoos al teatro.

¡Que os exponéis!

Sí por cierto; allí veréis á mis compañeras.

¡Bah!dijo con desprecio el joven.

No seáis fanfarrón; no despreciéis al enemigo antes de conocerle.

Me habéis puesto fuera de combate; me habéis hechizado.

Quiéralo Diosdijo suspirando la Dorotea, y oprimiendo dulcemente las manos de Juan Montaña.

Pues miradepuso el joven, yo pensaba en otra cosa.

¿En qué?

En que antes de salir de vuestra casa...

De nuestra casa, caballero...

Bien; pensaba en que antes de salir de casa nos hablamos de tú.

Es verdad; hay momentos en que... pero eso no debe ser... figuráos que yo soy la mujer más honrada y más respetable del mundo.

Y qué, ¿no lo sois para mí?

Y tanto como lo soy; ya veréis.

¿Os habéis propuesto desesperarme?

Me he propuesto que me améis.

¡Qué! ¿no os amo ya?

No, ni yo os amo tampoco.

¡Cómo! exclamó con acento severo el joven, creyéndose objeto de la burla de una cortesana.

Dorotea comprendió su intención por su acento, y se apresuró á decir:

Antes de pensar mal de mí, escuchadme.

Habéis dicho una herejía.

No por cierto. Suponed... que por un accidente cualquiera nos separásemos... hoy; que no nos volviésemos á ver...

Pero eso no puede ser.

Todo puede ser... por ejemplo: si os prendiesen y os sacasen de Madrid y no pudiéseis escribirme... ó bien, si á mí me prendiese... la Inquisición, por ejemplo, y me empozase y no volviéseis á saber de mí; ni siquiera que estaba presa.

¡Ah, no digáis eso!

Es una suposición. Pues bien, ¿sabéis lo que sucedería, caballero? Me buscaríais y yo os buscaría, á medida que pasara el tiempo nos buscaríamos el uno al otro con menos interés; al fin sólo nos quedaría el uno al otro, ó tal vez á los dos, esa impresión vagamente dolorosa de una esperanza desvanecida; sí, de una esperanza; porque lo que somos el uno respecto al otro... ó para hablar con más seguridad: lo que vos sois para mí, no es más que una bella esperanza, una esperanza que yo no había alentado, porque no había comprendido que el amor es la vida de la mujer; que el amor es lo único que puede hacerla buena, casi santa... el amor como yo le comprendo... desde que os vi... porque antes yo no había amado sino deseado... y del amor al deseo, hay la misma diferencia que creo existe entre vuestra alma y la mía.

¡Ah! ¡señora! ¿creéis que mi alma?...

No, yo no pienso mal de vuestra alma... entonces no desearía vuestro amor... pero me parece que sólo os inspiro deseo.

Yo no sé lo que me inspiráis, señora.

Puede ser que algún día sintáis amor por mí... pero eso sólo puede hacerlo el tiempo... espero... espero con ansia... y esperando os amaré más cada día.

¿Pero es cierto que no me amáis aún, señora?

No quiero engañaros; he meditado mucho en el breve tiempo que ha mediado desde que nos conocimos hasta ahora, y me he convencido de que soy otra mujer... cuando os vi, sentí... voy á probar si puedo haceros conocer lo que sentí... sentí que un no sé qué desconocido, dulce, inefable, se entraba en mi alma, se mezclaba con ella, la fecundaba, la iluminaba; y eso... eso lo siento ahora... pero de una manera tranquila, sin deseos... como no he sentido por ningún otro hombre.

Y sin embargo, ¿no queréis ser mía por completo? dijo con acento de queja Juan Montiño.

No... no... mi amor no es eso... y por eso tiemblo, por eso temo llevaros al teatro. Vos sois como todos; más materia que alma... al menos para mí... en el teatro veréis á la Angela, á la Andrea, á la Mari Díaz, que es muy hermosa, alta, gallarda, con un cuello de cisne, unas manos de diosa, un talle de clavel, y sus grandes ojos azules... los ojos más graciosamente desvergonzados del mundo; cuando os vea tan hermoso... sobre todo, cuando os vea conmigo, de seguro se pone en campaña, y empieza á disparar contra vos... mejor dicho, contra mí, toda su batería de miradas y de suspiros enamorados. ¡Oh! tengo miedo... y sin embargo, os llevo porque quiero probaros... si me hacéis traición, mejor... os olvido... os perdono... y me quedo libre de un galanteo que puede acabar por romperme el corazón; si os mantenéis firme... ¡oh! eso sería una felicidad... porque me probaría que vos sois para mí lo mismo que yo soy para vos.

¿Y podéis dudarlo?

Pero si no dudo... tengo... por el momento al menos... una certeza; puede haberos enamorado mi cuerpo, pero mi alma... ¡bah! cuando yo veía en una comedia de Lope unos amores repentinos, me decía siempre riéndome del autor: eso es escribir como querer, y nada más. El amor no es obra de un momento... el amor es hijo del tiempo, del trato continuo y apasionado... lo demás... si yo no sintiese por vos más que una impresión causada á primera vista, si me hubiese enamorado, hubiera caído en vuestros brazos como en los de tantos otros, y os hubiera dicho que os amaba. Pero me hubiera engañado, como me he engañado respecto á otros... hubiera mentido de buena fe y luego... os hubiese abandonado.

Confieso que no os comprendo, señora.

No importa, ya me comprenderéis. Pero ya estamos cerca del teatro, oíd: delante de las gentes, en presencia de los comediantes, os trataré de tal modo, como si fuese vuestra querida. Que eso no os aliente para exigirme igual conducta cuando estemos solos.

¿Y eso por qué?

Si yo no os tratase delante de esas gentes como á un amante favorecido, creerían que me burlaba de vos. Yo no quiero que nadie pueda creer tal cosa. Os aprecio y os respeto demasiado para que yo os ponga en ridículo delante de nadie. Pero cuando estamos solos... ¡oh! dejadme que sea á vuestros ojos una mujer digna y pura... dejadme que yo, mujer perdida, realice para vos ese hermoso sueño de la mujer virgen y honrada... dejadme soñar, ya que soy tan infeliz que la realidad me mata... dejadme buscar un cielo aunque sea fingido.

En aquel momento la litera se paró en la calle del Lobo, delante de un portalón feo que se veía en una fachada irregular.

Llovía, y el criado que hasta allí había conducido la litera, abrió un enorme paraguas, y luego la portezuela; Dorotea salió, y cubierta con el paraguas, salvó de un salto, sobre las puntas de los pies, y la ancha falda recogida con suma coquetería, el espacio enlodado de la entrada, y ganó la parte seca del interior.

¡Oh, reina de las reinas!dijo al verla un joven de aspecto aristocrático por sus maneras y por su traje; dignáos tomar mi brazo para subir esas endiabladas escaleras del vestuario.

Gracias, don Bernardinodijo la Dorotea sonriendo; pero viene conmigo persona tal, que no cambiaría su brazo por el del rey.

Al mismo tiempo Juan Montiño salía de la litera, y Dorotea se asió á su brazo.

¡Ah, perdonad, señora!...dijo don Bernardino siguiendo á los jóvenes, que se encaminaban á unas estrechas, negras y horribles escaleras; yo ignoraba que... como dicen que don Rodrigo Calderón...

Está herido y medio muriéndose, ¿no es verdad?dijo Dorotea.

Subían por las escaleras.

Me espanta la serenidad con que habláis y las galas que vestís.

Como que estoy de boda.

¿Os casáis?

Con Sancho Ortiz de Rodas.

Todos los que conocen las comedias de Lope de Vega, saben que Sancho Ortiz era el amante ó novio de la Estrella de Sevilla, comedia que se representaba aquella tarde, y en la que desempeñaba la parte de protagonista Dorotea.

¡Ah, sí, es verdad! ¡venís vestida desde vuestra casa!

Sí, por cierto.

Habéis hecho bien, porque la función se ha empezado; la loa está casi á la mitad, y han empezado á correr por el patio unas noticias que tienen disgustado al público.

Seguían á la sazón por un corredor estrecho alumbrado por candilejas, á cuyos dos costados había puertas.

¿Y qué noticias eran esas?dijo la Dorotea avanzando por el corredor delante de Juan Montño.

Detrás de los dos iba Don Bernardino.

Esas noticias eran que vos, á consecuencia de la herida de don Rodrigo, estábais desesperada y no representábais.

Ya veis que no.

Ya lo veo. Y os anuncio que al salir os van á vitorear con frenesí. El público está enamorado de vos.

Pues no se conoce, porque me paga poco.

Eso consiste en que Gutiérrez es un judío. Tiene en vos una mina de oro.

¿No queréis entrar?dijo Dorotea empujando una puerta al fondo del corredor, y entrando en un pequeño aposento.

A pesar de que como había sido pronunciado aquel ¿no queréis entrar? suponía lo mismo que esta otra frase: haréis bien en iros, porque estorbáis, don Bernardino se hizo el desentendido y entró.

El aposento, aunque reducido, era muy bello; estaba ricamente tapizado y alfombrado, tenía un ancho canapé ó sofá con almohadones de damasco y sillones de gran lujo, y al fondo había una puerta con cortinaje de seda.

En medio se veía un brasero de plata con fuego.

Petradijo Dorotea á una doncella que estaba esperándola en su cuarto, ve y di al autor que por mí no tiene necesidad de detener la función.

La doncella, después de tomar el manto de su señora, salió á cumplir su encargo.

Juan Montaña, á una indicación de Dorotea, que se había sentado en el canapé, se sentó en un sillón y se descubrió.

Don Bernardino se descubrió también, aunque con suma impertinencia; se sentó en otro sillón con el mayor desenfado del mundo, puso un brazo sobre el respaldo del sillón y cruzó una pierna sobre la otra.

Juan Montaña, que no había hablado una sola palabra, empezaba á amostazarse.

Era don Bernardino uno de estos jóvenes fatuos, que han frecuentado siempre los vestuarios de los teatros en busca del desinteresado amor de una bailarina, sin encontrarlo jamás, y que acaban por creerse adorados de una especie de desecho del mundo, que les hace pagar el vidrio como si fuera diamante; galanes que se creen hermosos y discretos y valientes, y junto á los cuales no se puede estar un minuto sin sentir desprecio ó cólera.

Don Bernardino de Cáceres era un segundón de una familia principal de Córdoba; gastaba más vanidad que doblones, y por razón de su vanidad andaba siempre perdonando vidas.

Hacíalo con tal aplomo y se creía tan de buena fe valiente, que los demás acabaron por creerlo y por respetarle.

Esto había acabado de hacer insoportable á don Bernardino.

¿Es pariente vuestro este hidalgo, Dorotea?dijo cuando se hubo sentado, y con cierto espíritu de protección.

Algo más que parientedijo con descaro la Dorotea; es... mi amigo, y el amigo á quien más quiero.

Miró de alto á bajo don Bernardino á Juan Montiño, como buscando la razón, el por qué del cariño de Dorotea hacia aquel hombre.

Debéis ser forastero dijo don Bernardino.

Juan Montiño hizo una señal afirmativa con la cabeza.

¿Es paisano vuestro, Dorotea?

No lo sé, porque yo no sé de dónde soy.

¡Ah! vos sois del cielo.

Pues entonces no somos paisanos dijo Juan Montiño con mal talante, porque yo soy de la tierra.

¿Habéis estado alguna vez en la corte?

Ayer vine por vez primera.

Y como en la corte no conoce á nadie, ha venido á parar á mi casa.

Os doy la enhorabuena por haber hallado tal posada dijo don Bernardino, y estimando yo como estimo á vuestra... amiga, no puedo menos de ofreceros mi amistad.

Y tendió la mano á Juan Montiño, que se la estrechó fríamente.

En aquel momento se oyó una voz de hombre que decía en el corredor:

¡Dorotea!

La escena me llama, señores dijo la joven; venid, venid conmigo, Juan, y me veréis trabajar desde adentro.

Montiño siguió á Dorotea; don Bernardino siguió á Montiño.

Siguieron un trozo de corredor, bajaron unas pendientes escaleras y se encontraron en la parte interior del escenario.

En los tiempos de Felipe III empezaban á usarse ya los bastidores, en vez de las tres cortinas que antes cerraban la escena.

El lugar comprendido fuera de los bastidores, estaba lleno de gente, toda alegre y toda non sancta: comediantes y comediantas, poetas, galanes de bastidores y criadas; se hablaba, se murmuraba, se mentía; y al pasar Dorotea junto á un grupo de hombres, en medio del cual había una joven sumamente hermosa, dijo á uno de los del corro, haciéndole reparar con una indicación en Juan Montaña:

Dejad estar entre bastidores á este caballero, que es cosa mía.

Después se dirigió á un bastidor, para esperar su salida.

El escándalo estaba dado.

Y decimos el escándalo, porque en la manera de presentar Dorotea á Juan Montaña, había dicho á todos:

Ese joven es mi amante.

Y presentarse con un nuevo amante, en un momento en que corría por la corte la nueva de que don Rodrigo Calderón estaba herido, era un verdadero escándalo.

¿Qué decís á esto, Mari Díaz?dijo un comediante rechoncho á la joven, que hemos dicho estaba en medio del grupo.

Digo que debe ser muy grave el estado en que se halla don Rodrigo, cuando la Dorotea se atreve á tanto.

¿Qué es eso?dijo otro de los del corro. ¿A quién aplauden de ese modo?

¿A quién ha de ser sino á Dorotea?dijo encubriendo mal su despecho la Mari Díaz; ¿pues no sabéis que en los locos gastos del duque de Lerma por ella, entra una compañía de mosqueteros que hacen salva en cuanto abre los labios ó se mueve la señora duquesa? La Dorotea tiene mucha suerte.

Los aplausos se repitieron fuera, nutridos, espontáneos, persistentes.

No, pues esos no son los mosqueterosdijo un poeta; ó si lo son, es mosquetero todo el público.

¿Qué sabéis vos?repuso Mari Díaz; hay tardes en que están de humor, y en sonando una palmada, allá se van todos detrás, como borregos.

Pues yo voy á ver qué maravillas está haciendo Doroteadijo don Bernardino de Cáceres.

Soberbio modregodijo la Mari Díaz apenas había vuelto la espalda el presuntuoso hidalgo; si tuviera tantos doblones como vanidad, no andaría la Dorotea tan desdeñosa con él.

Pues no tiene trazas de ser muy rico el nuevo amantedijo otro.

Pero es muy hermosoreplicó la Mari Díaz.

¿Os habéis ya enamorado de él?

¡Yo!...

Dicen que sois muy enamoradiza.

Por eso los llevo detrás haciendo cola.

Es que dicen que los lleváis delante.

Pues mienten. Sólo he tenido uno, y ese ha sido bastante para que no quiera tener más. Pero volvamos al asunto del día: ¿conocéis á ese nuevo amante de la Dorotea?

Yo no le he visto nunca, y eso que voy á todas partesdijo un comediante.

Ni yorepuso otro.

Tiene cierto aire de buen muchacho, que me indica que hace poco tiempo que está en la cortedijo la Mari Díaz.

¡Bah! ¡pues si es altivo como un rey, y lleva su capilla parda como si arrastrase un manto ducal! ¡como vos cuando hacéis de reina, reina mía!dijo un poeta.

Eso quiere decir que no es un cualquierarecargó la comediante.

¿De qué se trata?dijo un alférez de la guardia española que se había acercado al grupo.

¿De qué se ha de tratar, señor Ginés Saltillo, sino de un acontecimiento extraordinario?contestó un comediante.

¡De un escándalo!añadió un poeta.

¡De una enormidad!recargó un tercero.

¿Pero qué milagro, qué escándalo y qué enormidad son esas?

Ya sabréis, porque lo sabe todo el mundodijo la Mari Díazque don Rodrigo Calderón tuvo anoche una mala aventura no se sabe con quién.

Pero eso no es un milagro.

Escuchad: sabréis además que está muy mal herido.

Pero eso no tiene nada de escandaloso; donde las dan las toman; don Rodrigo la echa de guapo, y si se ha encontrado con la horma de su zapato... conque vamos al negocio y veamos en qué consisten el milagro, el escándalo y la enormidad.

El milagro consiste en que la Dorotea se ha enamorado de un pobredijo la Mari Díaz.

¡Ah! eso ya es distinto; comprendo que estéis asombrados: vamos al escándalo.

El escándalo consiste en que se haya presentado al público con sus mejores galas, cuando no es un misterio su trato con don Rodrigo.

En efecto, esto tiene algo de escandalosodijo el alférez. Pero la enormidad... veamos la enormidad.

¡La enormidad! ¿no os parece una enormidad el que nos haya presentado á todos su nuevo amante?

Efectivamente; esa muchacha se va echando á perder más de lo justo. Y es lástima, cuando se trata de la mujer más hermosa del ejercicio... perdonad, Mari Díaz, la más hermosa después de vos.

Afortunadamente estoy aquí para daros las gracias, señor Ginés Saltillodijo la comedianta sin poder dominar completamente su mortificación.

¿Y quién es él?

No le conoce nadie.

¿Es forastero?

Y altivo.

¡Aunque pobre!

Pobre soy yodijo el alférez, y en punto á orgullo no me trueco por un portugués. ¿Y qué tal? ¿es buen mozo?

No tanto como vosdijo la Mari Díaz, pero aun así puede presentarse sin miedo donde haya galanes... se entiende siempre, después de vos.

Muchas gracias por la fineza, prenda mía; aunque no me satisface mucho vuestra opinión.

¿Y por qué no?

Jamás os he visto acompañada de un hombre que valga seis maravedises. Y esto que, sin contar conmigo, que hace un siglo me estoy muriendo por vos, os siguen y os persiguen más de cuatro gentileshombres. Por eso, porque en vuestro gusto particular no confío, y porque no es cosa de preguntar á estos señores, que por envidia podrán informarme mal, quisiera conocer á ese portento.

Pues allí está, en el primer bastidor... con don Bernardino de Cáceres que, como sabéis, es el perro de la Dorotea.

Voy, voy á verle; pero antes tengo que pagaros vuestras noticias con otras no menores.

¡Qué! ¿Qué sucede? exclamaron todos.

El alférez se metió más al centro y dijo en voz baja y con sumo misterio:

¡Hay novedades!

Novedades, ¿y en dónde?

Novedades en palacio.

¡Ah!

¡Oh!

¡Eh!exclamaron todos.

Pero hablemos muy bajo, porque como por todas partes hay espiones, no se puede uno fiar de su camisa.

Dicen que lo de las estocadas que tal han puesto á don Rodrigo, tiene su intrínquilis.

¿Su qué?...

Su misterio, señores, su misterio. Dicen que esas estocadas han venido de lo alto.

¿De que alto?

De palacio.

¡Ah!

Parece que Don Rodrigo quería alzarse con el santo y la limosna.

Siempre ha sido Don Rodrigo muy alentado.

Y que tal zancadilla tenía armada al duque, que éste ha echado por el camino más corto para no perder tiempo.

¿Conque acusan á su excelencia...?

Sí; pero hablad más bajo, vida mía, si no queréis dormir esta noche sin más compañía que las ratas.

Seguid, señor Ginés, seguid; vos, Mari Díaz, no interrumpáisdijo uno.

Todos los cuellos estaban estirados, todas las cabezas extendidas hacia el noticiero, todos los oídos atentos, porque han de saber nuestros lectores, que en todos los tiempos los comediantes, como gente libre, se han tomado gran interés por los negocios públicos.

Se diceañadió el narrador, que el duque... pues... su excelencia... no hay que citar nombres, tiene en su casa como preso al herido.

¡En su casa!

Como que le hirieron junto al postigo de su casa.

¿Y no se sabe quién le hirió?

Todavía no. Pero nadie hay preso ni mandado prender... De modo que... ¿qué más prueba queréis de que estas estocadas han venido de lo alto?

Esto es gravedijo uno.

Gravísimoañadió otro.

Y á mí me parece lo más fastidioso del mundodijo Mari Díaz; ¿qué nos importa todo eso? Por mi parte me voy.

Id con Dios, princesa, id con Diosdijo el alférez; si no fuera por dejar con su curiosidad á estos señores, os acompañaría.

Muchas graciasdijo la Mari Díaz alejándose.

Allá va al primer bastidordijo uno.

A ponerse en guerra con la Dorotea.

Esas chicas acabarán por arañarse.

No, porque la Dorotea es magnánima; ¡como siempre vence!

Dejémonos de mujeres, señores, y vamos á lo que importadijo el alférez, que reventaba por soltar sus noticias.

Sí, sí; seguid.

Decíamos que las tales estocadas habían venido de lo alto, según todos los indicios. Pues bien, hay más. Ha entrado el rasero, señores.

¡El rasero!...

Como que acabo de llegar de haber dado escolta de honor á don Baltasar de Zúñiga, que va de embajador á Inglaterra.

¡Pero si don Baltasar no se mete en nada!

¿Cómo que no se mete y estaba metido de hoz y de coz en el cuarto del príncipe? Don Baltasar es muy suave, pero eso no quita, no, señor; don Baltasar conspiraba... Y si no, ¿por qué andaban hoy en palacio tan graves y tan cariacontecidos el conde de Olivares y el duque de Uceda sin poder entrar en la cámara del rey? ¿Y por qué estaba tan alegre el duque?

Verdaderamente todo esto es gravedad uno de los del grupo, que tenía el vicio de verlo todo desde el punto de vista de la gravedad.

¡Gravísimo! dijo el alférez. ¡Pues ya lo creo! Pero hay una cosa más grave aún.

¿Qué?

¿Qué?

No se ha dejado salir de su cuarto al príncipe don Felipe de orden del rey.

¡Ah! Pues esto es tres veces grave.

Se creyó el alférez que Lerma se haya puesto del lado de la reina.

¡Bah! eso no puede ser dijo uno.

La reina odia al duque añadió otro.

Creo más fácil que la Mari Díaz deje de ser envidiosa dijo un tercero.

Prueba al canto contestó el alférez.

Veamos.

El confesor del rey, fray Luis de Aliaga, es á todas luces del partido de la reina.

Indudablemente.

Pues bien, el padre Aliaga ha sido nombrado inquisidor general.

¡Inquisidor general! ¿Pues y cómo ha quitado esta dignidad á su tío don Bernardo de Sandoval y Rojas, el duque de Lerma?

Don Bernardo de Sandoval, se ha quedado con el arzobispado de Toledo y tiene bastante. Cuando el duque de Lerma se ha expuesto á enojar á su tío, dando al confesor del rey la dignidad de inquisidor general, le importará mucho tener de su parte al padre Aliaga. Es indudable... indudable; el duque se ha puesto del lado de la reina.

¿Pero cuándo han nombrado inquisidor general al padre Aliaga?

El nombramiento ha sido cosa de hoy, y no es extraño que no lo sepáis; lo saben muy pocos. ¡Cuando os exageraba que había novedades...!

¿Pero qué interés tiene el duque...?

¡Oh! la zancadilla que se le había preparado era feroz. Se le iba á acusar de traición, de estar vendido á la Liga.

¡Oh!

Y uno de los que más han trabajado en esto, ha sido el duque de Uceda.

¡Su hijo!

Los grandes no tienen hijos ni padres. Al duque de Uceda le tarda llegar á la privanza y no perdona medio.

Todo esto es grave, gravísimodijo el que todo lo veía por el lado serio.

Pues hay además algo que aumenta la gravedad de estos sucesos.

¡Qué!

¡Qué!

Se cree...dijo el alférez, bajando más la voz y con doble misterio.

¡Pero traéis un saco de noticias, alférez!

Que doy de balde. Pero oíd lo que se dice en palacio, por los rincones, por supuesto, y en voz muy baja: en estas cosas anda el duque de Osuna.

Se tiene la manía de atribuirlo todo al duque de Osuna, que, sin duda, para huir de estos enredos, se ha ido á ser virrey de Nápolesdijo un autor de entremeses.

Aunque el duque de Osuna esté en Nápoles, vieron anoche en Madrid á su secretario don Francisco de Quevedo y Villegas.

¡Que está don Francisco en Madrid!exclamó el autor de la compañía, ó como diríamos en nuestros tiempos, el representante de la compañía; ¡bah! eso es mentira. Hubiera venido por aquí y yo le hubiera encargado un entremés.

En cuanto á lo de venir, quizá no pueda porque está escondidodijo el alférez.

Pues si está escondido, ¿quién le ha visto?

Le vieron anoche en palacio.

Creerían verle.

Allá lo veremos; ¿pero qué esto?

Lo que había motivado la pregunta del alférez, era un ruido particular, un alboroto que provenía del primer bastidor de la derecha del escenario.

Todos corrieron allá.

Lo que había sucedido, lo verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XXIX

DE CÓMO JUAN MONTIÑO, CON MUCHO SUSTO DE LA DOROTEA, SE DIÓ Á CONOCER ENTRE LOS CÓMICOS.

La Mari Díaz, dejando en su chismografía política al alferez, á los comediantes, á los poetas é tutti cuanti, se fué decididamente, pero como al descuido, al hueco del primer bastidor de la derecha del escenario.

En él estaban solas dos personas: Juan Montiño y el finchado hidalgo don Bernardino de Cáceres.

¿Me permitís, caballero?dijo la Mari Díaz tocando Suavemente en un hombro á Juan Montiño, y con la voz más dulce del mundo.

El joven se volvió y vió á la comedianta que le saludó Con una graciosa inclinación de cabeza y una sonrisa.

Esta debe ser una de las que me ha hablado Doroteadijo el joven para sí. Y es hermosa esta muchacha... si no fuera tan desenfadada...

Y se volvió á mirar hacia el escenario, donde trabajaba Dorotea.

Don Bernardino se encontraba relegado á un último lugar: la comedianta delante, detrás Juan Montiño, y él á sus espaldas.

Permitidme, caballero dijo don Bernardino.

Juan Montiño no se movió.

Don Bernardino guardó silencio.

Pasó así algún tiempo.

Mari Díaz seguía arrojando sobre Juan Montiño mirada tras de mirada, sonrisa tras de sonrisa, á vuelta de algunas frases de elogio á la Dorotea.

Juan Montiño contestaba con otra frase, pero era tan económico y tan liso en sus contestaciones, que Mari Díaz se impacientaba.

¿Hace mucho tiempo que conocéis á mi amiga?dijo la comedianta entablado ya decididamente una conversación.

Es un conocimiento nuevodijo don Bernardino, que tenía el vicio de introducirse en todas las conversaciones, por más que nada le importasen.

Este caballero dijo secamente Juan Montiño, se ha tomado el trabajo de responder por mí.

Pero es que yo os he preguntado á vos.

Lo que ha dicho este hidalgo es la verdad.

¡Oh! yo sé siempre lo que me digocontestó con fatuidad don Bernardino, atusándose el bigote izquierdo.

Menos cuando no dijo la comedianta.

Mejor será que callemos, prenda, que os estará bien.

En mal hora se metió don Bernardino con la comedianta.

Esta, que quería tener un motivo sólido de entablar conocimiento con Juan Montiño, forzó la situación.

¿Y por qué hemos de callar? veamos: ¿qué tenéis vos que echarme en cara, como no sea el no hacer caso de vos, por impertinente?

Si como sois de desvergonzada, fuérais de hermosa y discreta, seríais un prodigio.

Como vos, si no fuérais grosero y mal nacido.

¡Vive Dios, doña perdidaexclamó don Bernardino todo fuera de sí, que me la habéis de pagar!

¿Me hacéis el favor de iros á cien leguas de aquí?dijo Juan Montiño volviéndose y encarándose en don Bernardino, á tiempo que levantando éste la mano sobre la Mari Díaz, la hacia ampararse de Juan Montiño, y decirle:

¡Defendedme de este hombre, caballero! ¡es un infame!

Idosrepitió Juan Montiño con una calma inalterable.

¡Que me vaya!exclamó todo cólera don Bernardino.

Me estáis cargando la paciencia hace una hora, y no quiero ya más peso. ¡Idos, ó vive Dios!

Mirad no os tire yo en medio de la escena, don bravatasexclamó el hidalgo, que echaba fuego por los ojos.

¡A mí! ¡echarme vos á mí!...exclamó Montiño poniéndose pálido.

Y en seguida sonó una bofetada, y luego un hombre cayó, como lanzado por una máquina, del lado de adentro de los bastidores.

Juan Montiño había dado aquella bofetada.

Don Bernardino la había recibido.

Juan Montiño era el que había arrojado.

Don Bernardino el que había caído.

Este era el estruendo que había distraído de su chismografía política al alférez de la guardia española Ginés Saltillo y á sus oyentes.

Montiño se había vuelto con suma tranquilidad á su bastidor.

Mari Díaz estaba temblando ó haciendo que temblaba junto á él.

Don Bernardino, empolvado por el tablado, que no estaba muy limpio, se había levantado trémulo de cólera, había desenvainado la espada, y se había ido hacia Juan Montiño.

El alférez y sus acompañantes se interpusieron.

Dejad que mate á ese hombre que me ha afrentadodijo don Bernardino.

Y como no le dejasen acercarse á Juan Montiño, empezó á llenarle de improperios.

Si no queréis que os tengamos por mujer, calláosdijo Juan Montaña acercándose al grupo; y si queréis tomar satisfacción de esa afrenta, decidme dónde y cuándo podremos vernos, á fin de que yo os pruebe que no están fácil desagraviarse de mí.

Ahora mismo... fuera...

No puede ser ahora; tened un poco de paciencia, que tiempo sobra.

...cayó, como lanzado por una máquina.

Dice bien ese caballero dijo el alférez, que se parecía por este género de lances; además, que las pragmáticas son rigurosas, y en esto de duelos es necesario irse con pies de plomo. Cerca de San Martín hay unas casas echadas por tierra: el sitio es medroso y apartado... y allí... hasta se puede enterrar un muerto entre los escombros... á las doce de la noche...

Acepto por mi partedijo Juan Montaña, y como soy nuevo en Madrid y no conozco sus calles, desearía que uno de vosotros me acompañara, señores.

Yodijo el alférez.

Y yo acompañaré á don Bernardinodijo un poeta.

En hora buena. A las doce estaré en las casas derribadas de San Martíndijo don Bernardino, y salió.

¿Y dónde nos veremos nosotros, señor alférez?dijo Juan Montaña á Ginés Saltillo.

¿Sabéis á las gradas de San Felipe?

Sí.

Pues á las once y media, en las gradas de San Felipe.

Montaña saludó y se volvió al bastidor.

Todavía estaba allí la señora Mari Díaz.

Gracias, caballero, graciasle dijo; os estoy tan agradecida, que no sabré cómo demostraros...

No hay por qué, señoracontestó brevemente Montaña.

Vivo en la calle Mayor.

Muchas gracias.

Número sesenta...

Gracias, señora.

Me encontraréis allí todo el día...

En aquel momento la Dorotea salía de la escena, y oyó las últimas palabras de la Mari Díaz.

La Dorotea era una verdadera reina, una leona de la escena, y aunque la estremecieron aquellas palabras que había cogido al paso, no dió el más leve indicio de haberlas escuchado.

Devoró sus celos, se mantuvo serena y miró á Juan Montaña.

Entonces se aterró.

El semblante del joven estaba demudado aún de cólera.

¿Qué ha sucedido? exclamó; ¿qué tenéis, Juan? ¿Os habéis visto obligado acaso?...

Se ha quitado una mosca de encima el alférez Saltillo... y de una manera brava... estos señores pueden testificar.

Ha sido una bofetada digna de que la cante un Homerodijo un poeta.

Eneas haciendo rodar á Aquilesañadió otro.

Un lance por una... hermosadijo otro.

De cuyo lance resultarán estocadas.

¿Queréis hacerme un favor, señores? dijo Juan Montaña.

Miraron todos con atención al joven.

No hablemos más de estodijo.

¡Pero!...exclamó Dorotea...

En resumidas cuentas...dijo un comediantecomodo don Bernardino de Cáceres es vuestra sombra, y se ha encontrado con otra sombra mayor...

¡Ah!

Pues... nada... estas son cosas que suceden en el mundodijo el alférez, y que una vez sucedidas, no tienen más que un remedio... este caballero lo sabe, y yo lo sé, y todos lo sabemos... conque no hay que hablar más de ello.

Dorotea se asió del brazo de Juan Montaña, y se lo llevó entre los telones, en donde estuvo paseando con él, dando lugar á las murmuraciones del corro, que crecieron.

¿Por quién habéis pegado á don Bernardino?dijo Dorotea; ¿por mí ó por Mari Díaz?... estamos solos, Juan, y quiero que me digáis la verdad... cuando yo salía, la Mari Díaz os citaba.

He pegado á ese hombre, por él mismo; y en cuanto á esa mujer, no tenéis motivos para enojaros conmigo.

¿Y qué pensáis hacer?

¿Que he de hacer más que matar á ese hombre, y dejar ir por su camino á esa mujer?

¡Ah! ¡Dios mío! ¿pero sabéis quién es don Bernardino?

Un impertinente.

Todos le temen.

Hacen muy mal.

Os matará ú os estropeará.

Creo que ese hombre tiene la espada más virgen del mundodijo con desprecio Montaña.

¡Ah! ¡no lo creáis! cuando él habla todos callan.

Razón más para dudar de su valentía. Cuando todos temen á un hombre es cuando menos debe temérsele.

Vos no iréis.

¡Cómo! ¿me pedís vos que me deshonne? ¿Consentiríais vos á vuestro lado á un hombre que hubiese perdido la vergüenza?

Os quiero vivo.

Y vivo me tendréis.

Pero suponiendo que... lo que es suponer mucho... venciéseis á don Bernardino...

Anoche vencí dos veces á Calderón.

¡Ah! ¡es verdad! y don Rodrigo es muy valiente y muy diestro... me había olvidado... pero ¡Dios mío! aunque eso sea, de todos modos os pierdo: si le matáis tendréis que huir.

No le mataré.

¡Oh! gracias... ¿no iréis, no es verdad? esperaréis á que se acabe la función y os vendréis conmigo... yo haré... yo diré al duque de Lerma que destierren á ese hombre.

¿Qué estáis diciendo?... Iré á encontrar á don Bernardino al lugar donde me ha citado... y no le mataré, pero le escarmentaré... ¡Miserable! ¡Vive Dios que ningún hombre se ha atrevido como él á probarme la paciencia!

¡Malhaya la hora en que os traje al teatro!

¿Y por qué? Nada temáis; yo haré de modo que me conozcan esos señores, y cuando me conozcan, me respetarán, os lo juro.

¡Dorotea! ¡Dorotea! dijo una voz cerca de ellos.

¡Otra vez á la escena! exclamó la joven; ¡oh, malditas sean las comedias y mi suerte!... Esperadme, no os vayáis.

Y desasiéndose del brazo de Juan Montiño, atravesó rápidamente el espacio comprendido entre los telones, y salió á la escena.

Poco después se oyeron fuera estrepitosos aplausos.

Es mucha, mucha mujer esadijo una voz junto á Juan Montaña, y no me extraña que la améis.

Volvióse el joven, y vió junto á sí á Ginés Saltillo.

¿Quién os ha dicho que yo amo ó dejo de amar á esa señora? Y, sobre todo, ¿os importa á vos?dijo el joven, que estaba resuelto á sostener la cuerda tirante hasta que saltase.

Tenéis una manera de contestar...dijo contrariado el alférez.

Cada cual tiene sus costumbres, como vos las tenéis en meteros en lo que no os va ni os viene.

Perdonad, yo creí que un hombre que se ha ofrecido á servirlos de testigo...

¿Y qué falta me hacen á mí testigos para mis asuntos?

¡Ah! Pues os digo que si lo tomáis así, vais á tener mil camorras todos los días, si no es que á la primera os escarmientan.

Os suplico que me dejéis en paz.

Señor míodijo el alférez, retorciéndose su mostacho, yo soy un hombre que lo tomo todo con mucha calma, que antes de tirar de la espada, miro si hay motivo para ello, y que antes de ofenderme de las palabras de otro hombre, procuro conocer en qué estado se halla al decirlas. Vos estáis irritado, no sé si con razón ó sin ella. Habéis abofeteado á un hombre, ignoro con qué motivo: ese hombre os ha pedido que le desagraviéis riñendo con él, y vos habéis aceptado; yo era el único hombre de espada que estaba presente, y me ofrecí...

Y yo he aceptado... graciasdijo seca y brevemente Juan Montaña.

Cuando un hombre acepta de otro esta clase de servicios, es ya casi un amigo, y cuando un hombre es amigo de otro, puede decirle... lo que os he dicho acerca de Dorotea, y tanto más cuanto me había quedado solo, porque los otros se han ido, para servirlos. Ahora...y el alférez se retorció el otro mostacho y dió una entonación singular á su vozsi encontráis en mí impertinencia... es distinto, caballero... decídmelo para que yo sepa á lo que debo atenerme, y obrar como obrar deba.

Perdonaddijo Juan Montaña; estaba, y lo estoy, fastidiado; os he confundido con esa turba que me miraba sonriendo, y acaso por equivocación os he ofendido... Perdonad, yo no os conocía, no os había visto hasta hoy.

Y tendió su mano al alférez.

Hubiera sentido reñir con vosdijo éste apretando con fuerza la mano del joven; tenéis para mí un no sé qué... algo que me habla en vuestro favor. ¿Sois soldado?

Puede ser que á estas horas lo sea de la guardia española.

¡Ah, vive Dios! ¡Pues si sois de la guardia española, y de la tercera compañía, de la que soy alférez, seremos camaradas! Y ya que eso puede ser, me alegro de vuestro lance con don Bernardino.

¿Por qué?

A todo el que entra en la guardia española, se le piden pruebas de valiente: conqu hayáis reñido bien con don Bernardino de Cáceres, las lleváis hechas.

Me parece poco hombre para prueba ese hidalgodijo con desprecio Juan Montaña.

¡Bah! Don Bernardino es una espada valiente, y muy bravo y sereno. Con que salgáis de un lance con él sin que os mate, no hay más; habéis quedado recibido en todas partes y por todo el mundo por valiente y buena espada.

¿Sabéis á cuántos ha matado don Bernardino?

Saber por mí mismo... no... pero se dice de él...

¡Eh! Del dicho al hecho...

Pues bien; alégrome de que estéis tan bien alentado... Pero por allí pasa la Dorotea, y os hace señas... id... que aquí os espero.

Mas bien; cuando se acabe la función, y yo haya dejado á Dorotea en su casa, esperadme en las gradas de San Felipe.

Pues hasta la noche.

Hasta la noche.

Montiño siguió á la Dorotea, y el alférez, harto pensativo por lo que había mostrado de sí Juan Montiño, salió del vestuario.

CAPÍTULO XXX

DE CÓMO HIZO SUS PRUEBAS DE VALIENTE ENTRE LA GENTE BRAVA, JUAN MONTIÑO

Eran las doce de la noche.

Dos hombres adelantaban por la calle del Arenal, hacia la subida de San Martín.

Era la noche obscura, continuaba lloviendo, y no podía conocerse á aquellos bultos.

Encamináronse á San Martín, llegaron, tomaron á la izquierda por la estrecha calleja del postigo, revolvieron á la derecha, y se entraron por unos tapiales derribados, en un ancho hundimiento.

Treparon aquellos dos hombres sobre los escombros, y á poco les detuvo una voz que les dijo:

¿Quién va?

El alférez Saltillodijo uno de los que llegaban.

¿Viene con vos el difunto?dijo otro.

No sé por qué decís eso, amigo Velludo, si no es porque aquí hay un olor á muerto que vuelca.

Yo creo que traéis ese olor metido en las narices, amigo Saltillo.

Pronto hemos de ver si está ese olor aquí, ó si le traemos nosotros. ¿Está don Bernardino?

Impaciente.

Pues aún no han dado las doce.

Es que el reloj de la honra adelanta siempre.

Pues adelante.

Adelante.

Me habéis prometido no desenvainar la espada, señor alférezdijo Juan Montaña.

Es verdad que os lo he prometido, aunque no es la costumbre: los padrinos siempre riñen.

Lugar tendréis de reñir si me matan; pero entremos bajo techado, porque llueve muy bien.

Eso es: en estas casas hundidas han quedado algunas habitaciones en pie. ¿Estáis ahí, amigo Velludo?

Aquí estoy.

¿Habéis traído linterna?

Sí. ¿Y vos?

También.

Pues hagamos luz.

En aquel momento salieron dos linternas de debajo de las capas de los padrinos.

A su luz turbia y escasa, se vió una habitación destartada, ennegrecida, polvorienta, en estado de inminente ruina, y sin maderas en los vanos de las puertas y ventanas, que se habían convertido en boquerones.

Al fondo de la habitación había dos hombres.

Don Bernardino de Cáceres y su padrino.

Creo que podemos empezar cuanto antesdijo don Bernardino desnudando la espada y tomando la linterna de mano de su padrino.

Por nosotros no hay inconvenientedijo el alférez, dando su linterna á Juan Montaña. Pero antes de empezar debo advertiros una cosa, amigo Velludo.

¿Qué?

Nosotros no reñiremos.

La costumbre es que los padrinos riñan.

Cierto; pero yo no soy padrino del señor Juan Montaña, sino su amigo, que viene á ver lo que va á pasar aquí para contarlo después á todo el mundo, si es que este hidalgo lleva á cabo lo que se ha propuesto.

¿Y qué se ha propuesto este hidalgo? dijo con desprecio don Bernardino.

Se ha propuestodijo el alférezdaros á los dos una vuelta.

¡Una vuelta! ¡vive Dios exclamó don Bernardino, que este hidalgo debe de ser de Andalucía!

Una vuelta de cintarazosañadió el alférez.

Pues á verlo exclamó don Bernardino avanzando ciego de furor hacia Juan Montaña.

Al primer testarazo de éste decimos testarazo, porque no encontramos otra frase mejor, la linterna de don Bernardino cayó al suelo, se rompió y se apagó.

Montaña y Saltillo se echaron á reir.

¿No decía yo que os íbais á divertir, alférez? dijo Montaña, parando un tajo de don Bernardino; pues ya os habéis reído, y ahora veréis. ¿Qué hacéis ahí, don murciélago, puesto á la sombra?añadió, dirigiéndose al que el alférez había llamado Velludo.

Y tras estas palabras le metió un cintarazo.

Velludo dió un rugido, desnudó su espada, y se fué á Montaña.

El joven tenía delante dos enemigos que le acometían ciegos de furor; pero alcanzaba con su espada á uno y otro lado de la habitación, y no les dejaba avanzar.

El alférez, con la espada envainada, estaba detrás del joven.

Juan Montaña volvía la luz de su linterna, tan pronto sobre el uno como sobre el otro de sus enemigos.

De tiempo en tiempo les metía un furioso cintarazo.

El alférez soltaba una carcajada.

Otra carcajada de Juan Montiño contestaba á la del alférez.

Los aporreados blasfemaban y apretaban los puños.

Pero Juan Montiño los había acorralado en un rincón, y dominados ya, les sacudía que era una compasión.

Aquello había pasado á ser una burla feroz.

Era el desprecio mayor que podía hacerse de dos hombres.

Juan Montiño demostraba, no sólo que era valiente y bravo, sino que su destreza era maravillosa.

El alférez se tendía de risa, y cuando Montiño, tras una doble parada difícil, sacudía dos cintarazos, aplaudía.

De repente vió un resplandor vivo, y sonó una detonación.

Don Bernardino, aturdido ya por los golpes, irritado, mortificado, fuera de sí de cólera, había desenganchado un pistolete de su cinturón y había hecho fuego.

Pero, por fortuna para Juan Montiño, éste vió el pistolete, y tocó con el único tajo que había tirado al brazo de don Bernardino; el tiro fué al suelo; don Bernardino, que había cambiado la espada á la mano izquierda para apelar á aquel recurso villano, estaba fuera de combate; no podía valerse del brazo derecho.

Velludo estaba acobardado, y había bajado la espada.

Basta de lección dijo Juan Montiño; idos, don Bernardino, á curar, y vos, estiráos, don encogido, y largáos más que á paso. Y en adelante, mirad con quién os metéis, que no todos los caminos son andaderos.

Lo que habéis hecho es una iniquidad dijo don Bernardino.

¡Cómo! ¡he reñido contra dos y llamáis esto inicuo! exclamó Juan Montiño; ivos, que habéis tenido la cobardía de disparar contra un hombre con quien reñáis con ventaja!

Mirad, don Bernardino dijo Saltillo; os aconsejo que os vayáis de Madrid.

¡Me vengaré!...

Dejáos de simplezas... lo mejor es que os vayáis, porque cuando se sepa lo que aquí ha pasado, os van á tirar tomates los muchachos por la calle.

Os prevaléis de que tengo herido un brazo.

Yo no creía que érais tan cobarde y tan torpedijo el alférez. Ea, idos, si no queréis que os eche á puntapiés...

Nos veremos, señor alférezdijo don Bernardino, y salió.

Velludo se iba á escurrir tras él, pero le detuvo el alférez.

¡Eh! ¿á dónde vais vos, señor Diego?

Me voy avergonzado.

No lo extraño, porque sois valiente.

Yo no soy nada... lo que me ha sucedido esta noche...

Si sois valiente y honrado, siento lo que os ha acontecido, amigodijo Juan Montiño; yo lo he hecho sin intención.

Pero esto es un milagro... ¿Quién os ha enseñado á esgrimir?

¡Bah! ya lo creodijo el alférez cruzando con su palabra la contestación de Juan Montiño, es verdaderamente maravilloso; ya sabéis que yo meneo bien los hierros.

Sí por cierto.

Pues bien, antes de venir aquí, supliqué á ese caballero tuviese la bondad de manifestarme su destreza, porque ya sabéis que don Bernardino es diestro. Yo no quería ser testigo de un asesinato. Nos fuimos casa del maestro Tirante, y este caballero ha tirado con él. Le ha plantado en un santiamén cinco botonazos y tres tajos; entonces me dijo el maestro Tirante:

Aunque riña solo contra dos, dejadle, señor Saltillo, que no se le acercarán.

Gracias á mi pobre tíodijo Juan Montiño.

Gracias á vuestra ligereza, á vuestros puños, á vuestra vista, á vuestra serenidad... pero vamos á otra cosa: ¿vos, señor Velludo, sentiríais mucho que esto se supiera?

Yo me voy de Madrid.

No por cierto; nosotros callaremos, pero vos habéis de contar la villanía obrada por don Bernardino, y la paliza que este caballero le ha dado.

Pero don Bernardino se irá.

Don Bernardino dirá que hemos venido dos contra él.

Pues no, eso nodijo Velludo; lo que ha pasado lo sabrá todo el mundo.

No hay necesidad de hablar de esto una palabradijo Juan Montiño; si ese hombre sigue haciéndose molesto, yo le daré una nueva lección delante de todo el mundo, ó vosotros, señores, si se os viene rodado. Por ahora me parece mejor otra cosa.

¿Qué?

Que nos vayamos á una hostería.

¿Y Dorotea, que estará con cuidado?

Se la avisará.

Pues á la hostería.

¿Y á dónde que no nos molesten?dijo Juan Montiño.

A la Cava Baja de San Miguel. Allí hay truchas y perdices frescas.

Pues á la Cava Baja.

Los tres jóvenes se pusieron en marcha.

El aporreado parecía haber olvidado su aporreo, y charlaba como los otros dos.

Los tres se burlaban de don Bernardino.

Y entre burlas y risas se encontraron en la Cava Baja de San Miguel, delante de una puerta.

Ante todo, señores, nadie paga más que yodijo Montño.

Concedidodijo el alferez.

Muy bienañadió Velludo, pero á condición que yo he de pagar otra vez.

Bueno; pero esta noche, esta noche es mía.

Enhorabuena.

Y acercándose el alferez á la puerta, llamó.

Nadie contestó de adentro.

No nos abrirándijo Velludo; ha pasado hace mucho tiempo la hora fijada de las ordenanzas.

Va veréisdijo el alferez tocando de nuevo á la puerta: ¡abrid al alferez Saltillo!

Como si aquel nombre hubiera sido un conjuro, la puerta se abrió.

Entraddijo una voz recataday no arméis ruido, no os oigan los vecinos y den parte á una ronda.

¡Vaya unos vecinos!

Como que de la multa de diez ducados que nos sacan, dan dos al acusador; y están los tiempos tan malos... las gentes dan en la tentación... ¡si se llevaran quince millones de demonios al duque de Lerma!...

Cuando el hostelero se atrevió á decir estas palabras, había ya cerrado la puerta y estaba bien adentro de su casa.

Mirale dijo el alferez, llévanos arriba, á aquella sala azul pequeña que tienes tan cuca, y que nos sirva aquella muchacha de los ojos verdes; aquella Inés...

Está durmiendo...

Que despierte.

Y si para que nos sirva mejor se necesita muestra, hela aquídijo Juan Montiño poniendo en las manos del hostelero un doblón de á ocho.

Sonaron otros muchos en el bolsillo del joven.

El alférez y Velludo se miraron con asombro.

Juan Montiño había crecido para ellos dos palmos.

En cuanto al hostelero, se había avanzado á un corredor exclamando:

Inesilla, hija, despierta y vístete y ponte maja, que tres gentileshombres te favorecen queriendo que tú los sirvas. Al momento viene, señores. Vamos á la sala azul. Luego yo bajaré á disponer los manjares y á sacar las botellas de la bodega. Eh, ya estamos en la sala azul. Es muy buena, en ella sólo comen personas principales; he comprado esta docena de sillones y estos espejos á un indiano que se volvía á las Indias. Vais á estar como príncipes; os traerán brasero, que hace frío... y... necesito dejaros para serviros mejor... conque... ya veréis, caballeros, ya veréis.

El hostelero salió, y los jóvenes acababan de sentarse cuando se oyó en la calle una voz angustiosa y desesperada que gritaba:

¡Ladrones! ¡Ladrones!

La voz se apagó instantáneamente, pero los tres jóvenes estaban ya de pie y se habían dirigido instintivamente á la salida con las manos puestas en las espadas.

Juraríadijo Juan Montiño saliendo y precipitándose por las escalerasque esa era la voz de mi tío.

¡De vuestro tío!

Sí; abrid, abrid la puertagritó Montiño al hostelero.

¿Y quién es vuestro tío?dijo el alférez, que le seguía.

Francisco Montiño, cocinero mayor del rey.

Os aconsejo que no salgáis dijo el hostelero; nadie se mueve de noche aunque oiga lo que oiga.

¡Abrid, vive Dios! exclamó Juan Montaña, ¿os abro la cabeza.

El hostelero abrió sin replicar.

Los tres jóvenes se lanzaron en la calle.

Un hombre estaba rodeado de otros cuatro.

Otros dos hombres se llevaban un bulto.

Seguid á aquellos y detenedlos dijo Juan Montaña, yo me quedo con éstos.

Pero antes de proseguir, necesitamos ocuparnos de ciertos antecedentes, que empezarán en el capítulo que sigue.